

NOSOTROS

(SEGUNDA EPOCA)

Directores:

Alfredo A. Bianchi - Roberto F. Giusti



AÑO I - TOMO I



BUENOS AIRES

1936

N O S O T R O S

PROPOSITOS

CON el número 300, correspondiente al último volumen del año 1934, desaparecía la revista NOSOTROS, que había sido fundada veintisiete años antes, en 1907. Sus fundadores y directores explicamos, al despedirnos del lector, por qué entendíamos que era inútil ya proseguir esa empresa intelectual, cuyos servicios a la causa de la cultura argentina fueron siempre unánimemente reconocidos en el país y en el extranjero. No faltaron los amigos que procuraron disuadirnos de esta determinación largamente meditada —y cumple a nuestra gratitud recordar en particular modo entre aquéllos al actual Intendente Municipal de Buenos Aires, el doctor Mariano de Vedia y Mitre, antiguo colaborador de la revista, quien generosa e insistentemente nos ofreció su valioso apoyo, aconsejándonos y rogándonos perseverar en la tarea—; pero en aquellos días no les era posible a los directores de NOSOTROS, porque conocían el ambiente, acceder a ninguna de estas instancias amistosas. Entendían que era su deber dejar el campo libre a la iniciativa de otras energías más jóvenes o mejor inspiradas. Pero también dijeron: “Nos despedimos, tal vez no para siempre, de quienes han confiado en nosotros

y nos han acompañado hasta hoy. Estamos seguros de que si volviéramos a solicitar el apoyo de nuestros colaboradores y lectores para una empresa de diverso género, los más nos prestarían como antes, ese apoyo”.

Esta NOSOTROS que hoy renace, dispuesta a vivir empezando por la prueba del bautismo, el número 1, cristaliza en una realidad esa doble esperanza. Como ninguna revista nueva ha surgido desde aquella muerte, para ocupar con diferente orientación el lugar dejado vacante, hemos resuelto ofrecerles una a los lectores de habla castellana. Han aventado nuestro mortal desaliento de ayer, estímulos materiales y morales tan fuertes y generosos, que era imposible resistirlos cuando se siente la vocación de estas tareas desinteresadas. Una primera certidumbre nos asiste, probada con el folleto ampliamente difundido en cuyas páginas hemos recogido las respuestas a nuestra encuesta sobre la reaparición de NOSOTROS, y es que contamos con la adhesión de todos nuestros amigos de ayer acrecida por la de muchísimos recientes. A todos hemos tendido la mano y todos nos la han tendido, viejos y jóvenes.

El momento es propicio para lanzar una gran revista, ágil y nueva; pero hay que trascender de la voluntad al acto. De la primera NOSOTROS, ésta conservará la amplitud acogedora, sin ceder a ninguna influencia de tendencia o de círculo, y además su propósito de ser órgano, no ya sólo del pensamiento y el arte argentinos, sino hispanoamericanos. Pero a la vez tiene que ser cosa distinta, y para ello se dirige a todos los escritores y estudiosos, principalmente a los jóvenes, solicitándoles su colaboración decidida en este empeño de renovación. Quiere NOSOTROS recoger en sus páginas la curiosidad

e inquietud intelectuales de la hora presente; quiere informar sobre cuanto toca a ese presente y al pasado y al porvenir de la Argentina y de América, sin desdeñar la voz de las ciudades y centros de cultura menores, donde también hay trabajadores y creadores de mérito, aunque no los veamos en la luz proyectada por las orgullosas metrópolis. Quiere NOSOTROS revelar talentos nuevos, como lo hizo su antecesora, y que también de ella pueda decirse en lo futuro que alumbró a los escritores más representativos y mejor dotados, aunque después éstos hayan podido olvidarla. Quiere ser removedora e interesante, sin renunciar a ser seria; enseñar e informar sin aburrir; criticar y discutir sin agraviar; juzgar imparcialmente, pero con fe en nuestras creaciones; no juntar moho en sus páginas, pero sin entregarse por ello a la frivolidad. La Dirección está resuelta a la obra, a la cual convoca a sus colaboradores antiguos y a los nuevos valores. No hace distinción de edades. Confía en la juventud y cree en la experiencia: a cada una su lote de responsabilidad. La primera agita y vivifica; la segunda madura o decanta.

Nace NOSOTROS rodeada de una confianza y simpatía casi unánimes, que comprometen muy seriamente a sus fundadores. Pero ¿qué podrán hacer ellos, si abandonados a sus propias fuerzas? Estas empresas son colectivas, no personales. Viven o mueren según tengan o no el necesario oxígeno espiritual. Hace poco más de un año, el aire nos parecía mortalmente irrespirable. ¿Será una ilusión más la que hoy nos ensancha los pulmones a hálitos nuevos?

LA DIRECCIÓN.

MARTA Y MARIA

¿HABRÁ sonado ya la hora de la muerte para la pura creación artística, despojada de preocupaciones y objetivos no estéticos, o morales o políticos? ¿La letra impresa en adelante será solamente arma —maza o escudo—, o cartel de propaganda, o cartilla de doctrina?

Estas preguntas que al crítico le inquietan de un tiempo a esta parte, todos los días en el mundo millares de artistas se las contestan con un sí, sin vacilar, y producen conforme a esa respuesta afirmativa. La verdad es que somos los otros los que dudamos y vacilamos, los que en nuestro fuero interno oponemos un no cada vez más cobarde a la avasalladora corriente pragmática. En la encuesta recientemente publicada por NOSOTROS sobre la conveniencia de su reaparición, ya quedó planteada esta oposición en sus términos generales.

El arte al servicio de un ideal social: tal es el credo y el grito de guerra, no ya solamente de jóvenes vanguardias enardecidas, sino de grandes artistas, antes probados como creadores serenos, y de las revistas todavía dichas literarias, y de los congresos de escritores.

No son tiempos éstos para la solitaria delectación del individuo con los hijos libérrimos de su espíritu, sino de hacer del espíritu el intérprete y vocero de las necesidades urgentes de la hora. Muere el arte individualista, fruto de clases ociosas, la patricia, la cortesana o la burguesa. El arte debe ser ariete que abra brecha en la bastilla de la burguesía y derribe el capitalismo, o luz que ilumine la marcha del proletariado por los caminos de su redención.

Tal piensan, también en nuestro país, muchos jóvenes poetas y narradores, y si bien no me parece mal que el escritor adopte una actitud combativa o docente cuando se

siente con ganas de luchar o enseñar, me aflige que se condene a eterno destierro el arte puro y desinteresado, culpándolo de estéril y odiosamente egoísta.

Además es el caso que dividida la humanidad en bandos irreconciliables, igual función le asignan al arte los teorizadores de los regímenes totalitarios calificados como *fascistas*, encadenándolo a la misma faena de propaganda. Donde unos escriben *la Revolución, la Humanidad o el Proletariado*, los otros dictan *la Nación o la Raza*, ¡y con qué modos perentorios para el que no se persuade!

“No debe haber un solo artista que al crear no lo haga partiendo de la nación y en vista de la nación; el que así no lo entienda debe ser perseguido como un enemigo de la nación hasta que renuncie a su intolerable resistencia”, hemos leído en un manifiesto alemán publicado hace tres años. No es ésta una voz aislada. Voces semejantes, más o menos imperiosas, se las oye en todas partes, ordenando también a la filosofía y a la ciencia.

Pero el arte no debe servir a falsos ideales sociales, sino a los legítimos, contestan los contrarios. Dicho esto por uno y otro bando con la misma convicción, ahí lo vemos al pobre arte tironeado de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, para que sirva de *ancilla politicae*, del mismo modo que la filosofía fué en la Edad Media *ancilla teologiae*, antes de emanciparse victoriosamente.

¿Pues no se podrá ya publicar el canto que alabe la dulzura de un amanecer de otoño o un corazón tibio y fiel, sin incurrir en la tacha, editor y poeta, de antisociales y tediosos perdedores de tiempo?

Sin embargo ésta no es la sola época habida de vasta remoción social, aunque la actual sea extraordinaria. Ahora bien, las anteriores conocieron junto a la literatura docente y combativa, la que se complace con la desinteresada creación de fantasmas poéticos para recreo, descanso o elevación del espíritu. Entre los desgarramientos de una Europa que alumbraba un nuevo orden político, aun quedaba tiempo para crear y celebrar una elegía de Goethe, un *lied* de Heine, una oda de Shelley, *El lago, La tristeza de Olimpio, La*

muerte del lobo, las estancias a la Malibran, una canción de Leopardi, himnos o gemidos inmortales del corazón humano, el cual, cuando en la soledad ahonda en sí mismo llega hasta las napas profundas y oceánicas del dolor universal. Lo que no les impidió a esos poetas esgrimir también, combativos, las armas de la poesía satírica y civil.

Y cuando se me diga que aquellos magníficos poemas son resabios del arte burgués, expresión de los sentimientos de una clase, me negaré a creerlo. Aunque no ignore la verdad de que cada creación artística es hija de su tiempo y lleva en sí las limitaciones del medio social en que fué concebida, me es imposible leer con ojos de sociólogo o moralista el *Orlando Furioso*, el *Polifemo* o la *Fedra*, obras que, según es notorio, no tienen ninguna utilidad práctica inmediata y que, antes bien, fueron primeramente destinadas al solaz de príncipes, damas y cardenales ociosos, como en el caso del Ariosto, o de cultas "peñas" de poetas y eruditos, para quienes escribía Góngora, o de la propia corte del Rey Sol, a la que servía Racine.

Pero se dice, los de ahora son otros tiempos y los artistas han abierto los ojos sobre su misión social. ¡Quién sabe, contestamos, si todos han elegido la mejor parte de su lote de deber y responsabilidad, y si a algunos no les agradeceríamos más que entendieran diferentemente su misión de creadores! Este arte puesto exclusivamente al servicio de gigantescos planes de dirección política y económica o de ideales de redención nacional o humana, no es más libre que el de un Cervantes, que mendigaba la protección de un Béjar o de un Lemos, ni del de un Rafael, que pintaba madonas con la fantasía encendida por la Fornarina. Se dirá: el de ahora es más útil porque sirve al *hombre*; pero ¿hay acaso un solo modo de servir y ser útil? ¿La acción es todo? ¿La contemplación nada vale?

Jesús, que si he de juzgar por el Evangelio, creía en su misión y fué hombre de guerra, nos enseña a distinguir:

"Y aconteció, que como fuesen de camino, entró Jesús en una aldea: y una mujer, que se llamaba Marta, lo recibió en su casa;

Y ésta tenía una hermana llamada María, la cual también sentada a los pies del Señor, oía su palabra.

Pero Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa: la cual se presentó, y dijo: ¿Señor, no ves como mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude.

Y el Señor le respondió, y dijo: Marta, Marta, muy cuidadosa estás y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada".

(LUCAS, X, 38-42).

Entiéndase esto como se quiera. Yo lo entiendo a mi modo. Y creo que ese arte que por emplearse con fervor sincero (o por obligación y miedo) nada más que en *servir*, olvida las voces de la eterna naturaleza y cómo suena el corazón del individuo solo, triste, aislado, enfrentado quizás al mundo entero, y cómo ve la fantasía que juega sin otra ley que el propio capricho, se convierte en un vacío muñeco de serie dentro del cual el hombre, el individuo, cuando no consigue evadirse, se muere por asfixia. Y yo he nacido desgraciadamente en una edad en la cual quedamos muchos ciegos que, aun haciendo el debido lugar a los derechos de la colectividad, no sabemos renunciar del todo a nuestro propio ser y libertad. A menos que, y ésta es una consoladora esperanza, no se cumpla la predicción de Oscar Wilde, otro artista individualista y burgués, de que el socialismo está trabajando, quiéralo o no, en servicio del nuevo Individualismo, armonía cabal que los griegos y el Renacimiento trataron de realizar sin conseguirlo del todo y en la cual el hombre alcanzará su perfección.

Y ahora, después de haber procurado aclarar mis propias dudas, razonándolas con el lector, pienso con espanto que algunas de mis proposiciones sonarán como pestilentes herejías en los oídos de muchos buenos amigos, escritores que han puesto su pluma al servicio de la acción *soi-disant* revolucionaria, y que lo único que puede conservarme su simpatía personal, si no su aprecio intelectual, es que me compadezcan por mi ceguera. Pero yo, renanista impenitente, me consuelo diciéndome que mientras puedo comprender su posición, ellos están incapacitados para comprender la mía. Y ésta es una pequeña satisfacción que me halaga.

ROBERTO F. GIUSTI.

VERSOS DIVERSOS

EL SUEÑO.

AGUAS sutiles manan
de la alfombra celeste;
levántanse del suelo
en láminas muy tenues;
ni zócalos ni lámparas
en su cristal invierten:
de imágenes de formas sin presencia
sólo el espejo puéblase...

Hijo mío, ¿contemplas
cómo las aguas, en silencio, crecen?
Ya tu sillón rodean,
quietas y diligentes;
hacen un nuevo esfuerzo:
mojar tus pies pretenden.
Pájaros, nubes, ángeles,
cayeron en sus redes...

¡Te alcanzan, niño mío!
¡Los pies hundidos, mutilados tienes!
Y ellas suben, las aguas, a prisa,
sin moverse...

Suyas son tus piernas, inmóviles, yertas,
y esa mano pendiente;
ahora pecho y brazos
te lamen y sumergen,
y un poco más, aun,
elevan sus niveles...

¡Te ahogan, te ahogan!
Entran en tu boquita sonriente;
apagan tus ojos;
llegan a las sienes.
¡Toda tu cabeza, pesada, caída,
les pertenece!
Y no se conforman;
y no se detienen...

Matan la luz de las lámparas;
otra, de estrella, encienden.
La noche entra en la estancia
por inadvertidos boquetes.
La noche inmensa es una esfera
de agua verde.
El techo se aleja, volado;
caen sin ruido las paredes.
La estancia es un gran lago sin riberas visibles.
El lago tiene islas, cadenas de islas, islas iguales a serpientes.
Las islas tienen bosques, coronas de bosques, bosques
[como cavernas ondulantes...
En un bosque te pierdes.

¡En el bosque del sueño,
niño mío, te pierdo!

RETORNO.

AHORA, desolado
jardín lleno de todo
lo nuestro que no pudo ser,
devuélvenos la llave del tesoro:
el latido primaveral
entre la hojarasca de otoño...

LA PERSECUCION.

HUÍA. Quien la persigue
lleva los ojos vendados.

Caminos... Bosques... Riberas...
El sol, todavía, alto.

Huía. Quien la persigue
busca en el aire sus rastros.

Ya la alcanzaba: en el aire
flota un aroma soñado...

Y la perdía: los vientos
agitan sus incensarios.

Ya la alcanzaba: en el aire
perdura un arpegio aislado...

Y la perdía: los vientos
sueltan las voces del ámbito.

Ya la alcanzaba: en el aire
queda algo en éxtasis, algo...

Y la perdía: los vientos
acuchillan el espacio.

Logró arrancarse la venda...
¡No veía ni sus manos!

SOMBRA.

EL claro muro, páramo
de vertical lisura, es tierra y cielo
del súbito ramaje. Holgadamente
contiene la esponjada
frondosidad y la desierta zona
de su límite aéreo,
por si fuere a danzar. Acaso un nido
busca su rama, y frutos
fuliginosos madurar esperan,
quizá, esta noche misma,
al argentino rayo que transmuta
en fantasma del muro de la calle
su árbol frontero...

Luna, sólo falta
tu ruiseñor, oculto entre el follaje
de sombra.

LOS EPIGRAMAS DEL MAR.

SOBRE los mármoles móviles,
¿qué fugaz
epigrama inscribe el tiempo
con vana tenacidad?

Crece la ola, y su dorso
devorador, en afán
de crecer, se enarca y vuelca...

Sólo consigue arrollar
y moler la glauca lápida.

Y en un racimo de sal,
arroja al viento y al sol
los epigramas del mar.

ALGUNA VEZ.

H^{UYE,}
huye la Noche,
desgarrada por jaurías
de nuevos soles.

Huye,
huye de los hombres,
de las ciudades
insomnes.

Túrdigas de piel morena,
mechones
de cabellera sombría
deja aún, entre las llamas
sólidas —arcos y torres—
por callejas olvidadas
donde entierra, al huir, sus gérmenes de dioses...

Huye,
huye la Noche,

hacia el mar, hacia los últimos
bosques,
con su antiguo secreto
pegado a los pezones...

Alguna vez, alguna vez,
irán a buscarla los hombres
desde las ciudades ardientes
e insomnes;
con las antorchas apagadas
y pasos de ciego,
irán los hombres,
los incendiarios
de ojos abiertos y muertos.

Y ella no devolverá
nunca —¡nunca más!— el sueño.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

SUS VIVENCIAS Y SUS TENDENCIAS SIMBOLISTAS

COMO casi todas las corrientes literarias modernas, también el simbolismo nace en Francia. La exageración romántica del sentimiento y de lo irracional, las alteraciones revolucionarias de la forma, son características que parecen desafinar en el país clásico del racionalismo. Esto hasta se ha tratado de explicarlo por el abolengo germánico de muchos de los simbolistas franceses. No puede, en verdad, ser más que una circunstancia concurrente. El simbolismo francés como fenómeno cultural obedece a la lógica y a la necesidad de su desarrollo.

Con el naturalismo de Zola el realismo había llegado a un punto muerto. La concentración exclusiva sobre el medio externo había cobrado tal extensión y exactitud que no cabía esperar mayores conquistas por la exploración racional. El conocimiento del alma humana también había agotado todas sus posibilidades por esta vía. La primer consecuencia fué una sensación de decadencia. Después de haber alcanzado el apogeo sobrevino por fuerza el descenso. Penetró los ánimos un tedio difundido, una resignación amplia. Luego disturbios políticos contribuyeron a acentuar aún más esta disposición "fin-de-siècle".

En este ambiente el arte se apoya adrede en factores irracionales. Cuanto la razón y la reflexión no logran captar, cuanto supera a la vigilia de los sentidos, se trata de sorprender en los escondrijos del alma, en lo inconsciente y en lo subconsciente.

Más aún que en otros países, en Francia el simbolismo es una reacción. Distingue al arte, a menudo artificioso, de

los simbolistas franceses, el divorcio consciente de la tradición literaria. Mediante un cúmulo de triquiñuelas, escogidas con sagacidad, se intenta escudriñar las galerías más recónditas del alma. No se rehuía ni el empleo de los agentes del estupor o de la embriaguez. Por otra parte algunos simbolistas, como por ejemplo, Régnier, consecuentes con el genio francés, no abandonaron el clasicismo. Los simbolistas aspiran todos a expresar las vivencias más variadas y profundas del alma; sólo pocos lo lograron.

Una reacción siempre suele iniciarse con un vigor impulsivo. El simbolismo se impuso no solamente en el medio francés; invadió luego países saturados, como Alemania, de materialismo, o como España, abatidos por desastres nacionales. Ya habían nacido en estos pueblos análogas tendencias espontáneas más o menos conscientes.

Pero fuera de Francia el simbolismo adoptó formas más morigeradas; se conciliaba mejor con los antecedentes literarios. Sobre todo en Alemania y España, donde el romanticismo ya había frecuentado los dominios de lo irracional.

No así en la América de habla española, que, después de la emancipación política, en procura de la emancipación cultural se abrió decididamente a la influencia francesa. De ahí que el modernismo —o sea el simbolismo español— se anticipara en América, sujeto más que en la madre patria al modelo francés. Al copiar con preferencia los abalorios postizos, el modernismo hispano-americano incurre en la exageración verbal, no sin abusar de los galicismos.

En España, en cambio, el nuevo concepto poético deriva más orgánicamente de los anhelos de renovación. Cuando en 1898 España pierde sus últimas colonias se revisa en un pavoroso balance hasta la raigambre de la cultura del siglo.

Desde luego la influencia francesa sobre los modernistas españoles se limita a señalarles una vía nueva. Pudo el ejemplo extraño fecundar la inspiración sin afectar su desarrollo autónomo ni amenguar su originalidad, como ocurrió con la obra de los hispano-americanos.

Agréguese que el primer contacto con el simbolismo francés no fué directo. El segundo viaje a España de Rubén Da-

río, en 1898, coincide con la publicación de revistas de nombres significativos —*Revista Nueva, Vida Nueva*— que reproducen trozos de las *Prosas Profanas*, publicadas dos años antes. Les cupo un éxito inesperado al operar oportunamente sobre la predisposición simpática de la nueva generación. Diez años antes, *Azul*, que pasa por ser el momento inicial del modernismo, no había encontrado aún el punto de madurez requerido. Unicamente Juan Valera supo proclamar su valor.

Prosas Profanas respondió en primer lugar a experiencias literarias del autor. A los poetas españoles les descubrió la moderna poesía francesa. Se empezó por trabar conocimiento con el simbolismo francés y luego se fijó la atención en los propios antecedentes literarios. Con este motivo no pudo escapar que en las *Rimas* de Becquer y en la poesía de Querol y Rosalía de Castro, caracterizados todos por un intenso sentimiento lírico interior, ya se esboza la nueva evolución.

Este movimiento literario no constituye propiamente una escuela, porque, como ya había ocurrido en Francia, la índole de este arte subjetivo no lo favorecía. Dentro del impulso común, prevalece el carácter individual. Los poetas simbolistas no presentan todos en grado igual los rasgos típicos; cada uno ha de juzgarse con una medida especial.

En general ha de decirse que toda la generación del 98, sacudida por los acontecimientos del fin de siglo, experimenta un renovado arraigo en la tierra y la historia españolas. Un hermoso ejemplo es la personalidad de Antonio Machado. La pena y la añoranza que el áspero paisaje castellano despierta en estos poetas remueve la expresión íntima y la hace sencilla y sincera.

Valga esto especialmente para Juan Ramón Jiménez.

*

* *

La simplicidad y el retraimiento de su vida abonan la honestidad de su obra, de fondo tan melancólico. Lo dice él mismo: "Mi vida ha sido siempre dulce y aislada. Se puede decir que no he vivido nunca en las calles".

Andaluz, nacido en Moguer en 1881, frecuenta un colegio que le pareció "grande y frío". Estaba a punto de ingresar en la Compañía de Jesús cuando lo vence la decisión de vivir como pintor en Sevilla. Es interesante comprobar en esta situación problemática, el vuelco en favor del arte. Una angustia ante la vida, ante lo positivo y activo que, sobre todo en la juventud, le distingue a él, a su existencia y a su vocación peculiar, pudo sugerirle el deseo de refugiarse en la Orden de Jesús.

Dice el melancólico Samain, con quien Jiménez tiene alguna semejanza: "La vie est une fleur que je respire à peine—car tout parfum terrestre est douloureux au fond". Jiménez es aún más expresivo: "Para qué quiero la vida si para nada me sirve". La resolución de liberarse por la obra de arte, aunque en otra forma, al fin se había de imponer. Hoy treinta volúmenes publicados justifican el acierto de aquella corazonada.

En el aislamiento de frecuentes enfermedades se dedica por primera vez con ahinco al estudio de la literatura, después de haber escrito sus primeras composiciones. Una permanencia más o menos prolongada en hospitales de Burdeos y de Madrid debió de intensificar sus disposiciones de esteta suprasensible. Semejantes experiencias debieron influir de otra manera que los múltiples viajes cosmopolitas sobre el periodista y diplomático Rubén Darío. Más tarde, es cierto, un viaje prolongado llevó a Jiménez a la América del Norte, pero tampoco esto consiguió arrancar al poeta a su querida soledad. Sus impresiones, reunidas en el *Diario de un poeta recién casado*, si bien atestiguan un interés abierto para el mundo de las cosas, asimismo lo revelan como el soñador ensimismado en su mundo interior, amigo del alma de las cosas según lo vemos a través de toda su obra.

Es difícil obtener datos biográficos sobre el poeta que aún hoy se recluye en su intimidad. Pero los pocos y deficientes que quedan expuestos, bastan para señalar la razón de su simbolismo. Los repetidos estados morbosos, muy especialmente una afección a la vista que tiende a agravarse, determinan una hiperestesia dispuesta a reaccionar ante toda

impresión con la sensibilidad de un sismógrafo: —el ideal de los simbolistas franceses.

De esta delicadeza física y del enervamiento se derivan un terror ante lo estridente, lo vital, lo macizo. Lo constriñe a buscar la soledad y el asilo del fuero interno, vivencia fundamental de la poesía simbolista. Las exigencias de un organismo endeble engendran un estado pasivo, favorable a la recepción y a la contemplación, un sentido cósmico más bien estático que dinámico, con un predominio de lo espacial. El sentido estático de la vida en quien pensó alguna vez dedicarse al arte de la pintura le habría llevado al impresionismo, pero la atracción de los valores espirituales, que por un momento le sugirieron el deseo de entregarse a la contemplación mística, le inducen a ver en el abigarrado mundo de las cosas, más que lo sensible, los símbolos suprasensibles, un mundo del alma y del espíritu: el mundo del propio yo.

La concentración en el yo, el sentido estático del cosmos y, por último, la sensibilidad exaltada, determinan las vivencias decisivas de la vocación artística de Jiménez. Por ellas es simbolista. De los tres factores mencionados el más importante es la concentración en el yo. Esta condiciona en primer lugar la relación espacial con el mundo externo:

La tierra duerme. Yo, despierto,
soy su cabeza única.

(BELLEZA, pág. 71).

Frente al yo poético, este mundo exterior es siempre un elemento subordinado; no un fin, sino un medio utilizado para estructurar la conciencia. O bien el mundo externo se impregna con las fuerzas anímicas del poeta, su convivencia intensifica la vivencia propia, y las cosas, símbolos de su alma, pintan el estado de ánimo de aquel, a menudo tan triste y melancólico:

Todo
esta noche tiene lágrimas,
las estrellas están tristes,
la luna muerta, y el agua
de la fuente llora tanto

que da fatiga escucharla:
lloraré como la luna
y las estrellas y el agua.
Hay que llorar...

(ARIAS TRISTES, pág. 138).

O sino el mundo exterior le transfiere sus funciones,
enriqueciendo las vivencias del poeta:

21 DE OCTUBRE

¡No sois vosotras, dulces, bellas ramas,
rojas, las que os mecéis
al viento último; es mi alma!

(BELLEZA, pág. 24).

En el poeta joven es mayor la exaltación intensiva; en el poeta maduro, la exaltación extensiva. Pero siempre esta postura espiritual impregna todos los elementos del estilo, en primer lugar la metáfora, que somete el objeto a la voluntad simbolizante.

La actitud estática frente al mundo tiende a simplificarlo en una concepción espacial reducida a la visión del presente. (Falta a Jiménez el sentido histórico, tan notable en la mayor parte de los modernistas españoles. Sorprende cuan pocas reminiscencias se encuentran en sus poesías, a no ser que se refieran a una esfera personal o irracional). Realiza sus valores espirituales por una ampliación infinita del espacio que suprime los límites y desvanece los contornos.

*Allá en el valle dorado
por el sol de primavera
entre el humo azul, está
el idilio de la aldea:*

(ARIAS TRISTES, pág. 211).

*Y, más allá de todo, se sueña un río límpido
que, atropellando perlas, huye hacia lo infinito...*

(SEGUNDA ANTOLOGÍA POÉTICA, pág. 204).

Así el yo poético se satisface en una añoranza expansiva. Su voluntad se manifiesta en el afán de unificar todas las funciones espaciales y todos los eventos de abarcar la totalidad en una concordancia recíproca de las cosas para hacer

posible la vivencia más compleja y amplia. Esto se expresa con preferencia mediante las partículas de la lengua —preposiciones— que suministran, como indican los ejemplares citados, junto con los adverbios, la expresión más feliz para traducir su sentimiento característico del espacio.

Otras modalidades constituyen el tercer factor que depende más bien de disposiciones físicas: la sensibilidad exagerada que, en contraste con la influencia unificadora del sentido estático, imprime al mundo de las cosas, en su relación con el yo, una multiplicidad excesivamente variada. La visión sensitiva de Jiménez recoge los movedizos aspectos del ambiente y, sin apartarse de la percepción estática, les halla la expresión más adecuada, trasmitiéndoles, mediante su recurso preferido —el epíteto— todo el brillo y el embeleso del mundo externo visto desde adentro:

Un oleaje rosa,
malva, opalino, tiembla, ilusionado...
al fin, en aguas vagas, entre músicas
silenciosas, se extingue, suave y blanco...

(LABERINTO, pág. 92).

una cosa espectral,
negra, amarilla, llena de abandono muy triste...

(LABERINTO, pág. 135).

Vida de instantes
dulces, malvas, perdidos en la noche,
eternos..... y fugaces!

(LABERINTO, pág. 194).

La importancia de este recurso estilístico ya se revela en la frecuente inversión sintáctica del epíteto:

Bajo el azul-pastel del cielo de la tarde

(LABERINTO, pág. 79).

El poeta, reacto a toda precisión positiva, en persecución de valores espirituales, acaba por desmaterializar la realidad. Si bien se empeña en captar el espacio lo hace con preferencia como movimiento, posición que no se ha de confundir con

la dinámica de los expresionistas, atentos al devenir. Alguna vinculación persiste con el impresionismo en cuanto este también disuelve el paisaje en vibraciones luminosas. Pero para Jiménez los fenómenos naturales mismos se convierten en movimiento; tales el río, el mar, el aire movido de la brisa o del viento, las nubes flotantes. El paisaje se le vuelve humo:

Allá en el valle sin flores,
sin esquilas y sin ecos,
se esfuman entre humo blanco
las casas del pueblo viejo.

(ARIAS TRISTES, pág. 39).

El grado más alto de la desmaterialización se manifiesta en presencia, no de la materia sino de sus emanaciones — el perfume, el sonido:

Estas violetas mustias... Oh, que olor tan lejano!
¿es un olor que viene de otro mundo, en el viento?
o es que el olor, mujer, les llega por tu mano,
desde tu corazón, jardín de sentimiento?

¿Quedó, tal vez, su aroma, entre las negligencias
vagas y melodiosas de un aire distraído?
¿es música fragante de ensueños y de ausencia
de un parque verde y triste del reino del olvido?

(MELANCOLÍA, pág. 67).

El movimiento infinitamente tenue, casi incorpóreo, se reduce a substancia sutil, a una emoción del ánimo:

Tenía un aroma vago
que voló al instante; queda
sólo el recuerdo del sueño,
del placer de aquella esencia.

(LA SOLEDAD SONORA, pág. 97).

Al mismo tiempo se coordinan los fenómenos externos entre sí, cuanto al mundo y al yo, hasta tocar el alma cósmica. Esta expansión del yo hasta sus últimos límites expresa sin duda la aspiración más alta del poeta. A este fin concurren todas sus potencias. El amor a la desmaterialización impreg-

na todos los medios estilísticos y otra vez halla en el epíteto su expresión más pura.

Estas vivencias fundamentales y sus tendencias artísticas se expresan en modos distintos. La expresión negativa es la que mejor refleja el sedimento melancólico de la soledad y de la distancia vital. Predomina en las primeras obras:

—Y la flor de tu alegría
no sabes si perfumó
una soledad *sin flores*
y *sin besos y sin voz?*

(ARIAS TRISTES, pág. 120).

A este modo de expresión se agrega el que dilata y responde al anhelo de crear un ámbito infinito. La transgresión de los límites y la movilización de lo espacial da lugar a la insinuación vaga y a la ausencia de perfil. La hiperestesia conmovida por la impresión más leve percibe matices que se resisten a la formulación concreta. Asociada a las tendencias expansivas sugiere el giro complejo, alguna vez disonante, que tiende a aprehender toda la plenitud del hecho. A veces una disposición más abierta al mundo externo, cae en el afán de retener un mundo fugitivo. Para el poeta espiritualizado, más tarde, estas modalidades de la dicción se exaltan hasta la expresión absoluta llamada a captar, diáfana y exacta, lo infinito y lo eterno del ser en la comunión del yo con la conciencia universal.

La expresión indefinida matizada y compleja es carácter sobresaliente del simbolismo de Jiménez, pero el último sello se lo imprime a su obra la voluntad de aventar la materialidad de las cosas y la de levantarlas a la categoría de signos. Esto transmite a su lírica esa magia vaporosa e irracional que semeja la sutil emanación de un alma melancólica y solitaria:

Sé que mi obra es lo mismo
que una pintura en el aire,
que el vendaval de los tiempos
la borrará toda, como
si fuera perfume o música.

(BELLEZA, pág. 13).

No en todo tiempo Jiménez ha mostrado esta perfección simbolista. En sus primeras poesías, que alcanzan hasta las *Pastorales* y culminan en las *Arias tristes*, aún se halla preocupado de su soledad y de su tristeza con un dejo romántico. En su período medio, que se extiende hasta *Estío*, se afina su sensibilidad, su penetración espiritual y la delicadeza de sus visiones poéticas ya lo califican de simbolista. Pero aun quedan resabios de realista y de impresionista.

Es su última evolución la que calma todas sus vivencias en una expresión acabadamente espiritual. Con ella se ha acercado aparentemente al expresionismo en cuanto éste aspira a una realización estética espiritualizada y absoluta. Pero lo que lo separa del expresionismo, fuertemente caracterizado por una inquietud juvenil, es su irremediable sentido estático del cosmos resultante de su pasividad consubstancial. La expresión espiritualizada de su poesía no es la consecuencia, como en el expresionismo, de un impulsivo dinamismo remodelador del mundo y revulsivo del alma. Es nada menos que el sereno envejecer del poeta que alcanza las valoraciones supremas mediante una expresión "sencilla y espontánea", según él mismo la define. La expresión absoluta significa para Jiménez la segura cima final de un largo ininterrumpido ascender, mientras para el expresionismo es el trampolín inicial de su aventura. Por ello, acaso, pueda ser un modelo, pero nunca un colaborador de las nuevas generaciones. Ha sido consecuente con su camino predeterminado y su carrera perfecta es una parábola concluída.

EMMY NEDDERMANN.

ROBERTO B. CUNNINGHAME GRAHAM

EL ilustre escritor británico, a quien agasajábamos como huésped gratisimo vuelto al país que tanto amó, después de larguísimo tiempo, ha querido morir entre nosotros, cargado de sus 84 años. Lo más representativo de la intelectualidad argentina, las delegaciones oficiales y mucho pueblo anónimo, acompañaron reverentemente a pie el 25 de marzo a través de las calles de Buenos Aires, el ataúd que guardaba sus restos, hasta el mismo barco para el cual don Roberto ya había tomado el pasaje de retorno.

En la hora de la despedida, en la Casa del Teatro, donde sus restos fueron velados por la solicitud del P.E.N. Club y de la Sociedad Argentina de Escritores, con la adhesión de otras varias instituciones, entre las cuales el Círculo de la Prensa, el doctor Carlos Ibarguren habló en nombre de los escritores argentinos. Reproducimos entero su hermoso discurso, sólo publicado fragmentariamente, el cual es una semblanza animada del ilustre escritor; y a continuación, dos artículos sobre el hombre y el artista, escritos especialmente para NOSOTROS.

LA DIRECCIÓN.

UN GRAN ESPIRITU

Un gran espíritu, que parecía venir del fondo de nuestro pasado, acaba de apagarse en esta tierra que visitaba después de cincuenta años de ausencia. El destino tiene a veces

designios simbólicos. Don Roberto Cunningham Graham se ha extinguido en la senectud, como una tarde serena, junto a nuestra pampa que él creyó no volvería a ver jamás y cuya imagen lejana le acompañó cariñosamente en su larga vida y llenó de color y de evocaciones el alma de este artista.

Don Roberto era un hombre de otros tiempos. Su peculiar figura quijotesca representaba fielmente a su espíritu aventurero y soñador. Alto, elegante, fino, su apostura era señorial, sin afectación, su gesto y sus ademanes atraían con llaneza cordial, y en su andar garboso percibíase el donaire de un mosquetero de leyenda. Su noble rostro enjuto de amplia frente, ojos vivísimos y mostachos airoso se alargaba con la perilla puntiaguda que daba a su fisonomía la expresión de un hidalgo español del siglo de oro.

Sangre andaluza, cálida y vibrante de conquistadores hazañosos, y sangre escocesa de arrojados navegantes para quienes el mar ofrecía el encanto inefable del misterio y del infinito, corría en su nervioso cuerpo y lo encendía empujándolo tras de las quimeras. De aquí ese afán errante e inquieto del joven Roberto que lo llevó a peregrinar por los continentes y especialmente por Sud América, en busca de vida libre, azarosa, de mundos nuevos y de horizontes ilimitados. Ello explica su amor profundo y perenne a la llanura argentina que conociera y sintiera intensamente a mediados del siglo pasado y que —como dijera en carta íntima a un amigo— es un “océano terrestre cuyas olas no amenazan porque acarician”. Y en sus recuerdos —como él mismo escribiera— no se borró nunca aquel inmenso y silencioso mar de yerbas en el que todo era espacioso y vasto: la tierra, el cielo, los innúmeros ganados cimarrones, los maravillosos juegos de la luz; las tempestades furiosas y supremas, y por sobre todo el ánimo de los hombres que se sentían libres cara a cara con la naturaleza, bajo estos hondos cielos meridionales.

En sus correrías Cunningham Graham convivió íntimamente con los gauchos, traspasó la frontera, vagó por el desierto y peleó contra los indios. “Ya nadie viajará como una vez lo hice yo —nos ha contado— del Tandil hasta Sauce Grande, hallando solo casas quemadas y saqueadas,

salvo alguna estancia, protegida por las zanjás y llena de mujeres y heridos. ¡Vaya un viaje! Lo comenzamos en medio de la alarma en el Azul. Caían de todas partes, a galope tendido, campesinos en caballos jadeantes y cubiertos de espuma, con el grito aterrador: ¡Los indios! Entretanto el comandante, en una mecedora de junco saboreaba su mate y pasaba revista improvisada a su tropa recién reclutada. Luego en mi memoria vienen las noches pasadas en el Arroyo de los Huesos, en Quequén Salado y en las Tres Horquetas, y al fin, después de una semana atravesando campos barridos de yeguas y de ganados, encontrando al paso caballos muertos y cuerpos de hombres mutilados, la llegada al Sauce Grande en tiempo para tomar parte en una escaramuza, y ver a los indios huir arreando los pocos caballos que quedaban en el lugar. Ya se fueron esos tiempos —exclama nostálgicamente el escritor—, y el arado rompe el césped virgen e intacto desde la creación del mundo”.

En gran parte de su vasta obra Cunninghame Graham añora los años inolvidables de su estadía en el Río de la Plata y ha pintado magistralmente cuadros y tipos ya desaparecidos de nuestros campos agrestes entonces y hoy transformados por el extranjero.

Cunninghame Graham y Hudson han sido, sin duda, los escritores que han reflejado en la literatura universal con más vigor y con más poesía a la pampa argentina. Ambos la han sentido entrañablemente, no solo con cariño diríase filial, sino también con una intensidad y arte incomparables. Toda ella vibra en sus páginas: la luz y los colores, el aroma campero, el silencio, el viento y la voz genuina de la naturaleza, los pastos ondulantes y las bestias indómitas, las aves vistosas, los pájaros canoros, las lagunas quietas y los hombres libérrimos y altivos.

La pluma de Cunninghame Graham es ante todo y sobre todo descriptiva, pictórica. Su romanticismo contenido, de buena cepa y finísima ley, pone en las líneas y en los tintes una vibración honda y sugestiva. La exaltación que bullía en el alma del hombre era refrenada por el artista. Un episodio, una escena, un paisaje o un retrato estampado en sus páginas



R. CUNNINGHAME GRAHAM EN 1910.

bastan para hacernos sentir la vida toda de la región con su clima, su ambiente, su alma y su psicología.

En aquellos viejos tiempos, don Roberto traía a veces hacienda al saladero en las afueras de la ciudad y, entonces, hospedábase en la fonda de Claraz, cerca del bajo. Los vecinos de la grande y hospitalaria aldea porteña, le veían por las calles empedradas con piedra bola, cabalgando ufano con grandes espuelas de plata un "doradillo" escarceador y coscojero, primorosamente enjaezado.

Medio siglo después de dejar estas playas, el eminente escritor británico evocaba en una hermosa página su Buenos Aires de antaño y decía al referirse a nuestra metrópoli:

"Sé que es grande y próspera y rica, muy más allá del soñar de la avaricia; sé que incesantemente grandes barcos amarran en sus muelles de piedra tallada y que los pasajeros pueden saltar a tierra y entrar en sus automóviles. Todo eso que ha sucedido lo sé y me regocija sin convencerme". No quería ver a Buenos Aires transformado, y para explicar su alejamiento de ella hacíase esta reflexión deliciosa y melancólica: "Así sucede al hombre que en su juventud ha conocido a una bailadora gitana, ágil y cenceña, y que años más tarde vuelve a encontrarla casada con un capitalista, esplendorosa de joyas y trajes de París y que piensa que a sus ojos era más hermosa cuando niña, allá en el Burrero, envuelta en un raído mantón de Manila".

A pesar de su decisión de no volver a esta ciudad, el destino más fuerte y misterioso que la voluntad de los hombres le trajo ayer aquí como si hubiera querido que el anciano dejara el mundo en el suelo donde se abrió pujante su aventurera juventud. Como última impresión de su vida recibió la imagen febril de esta nueva Buenos Aires populosa y cosmopolita.

Lo veo el día de su llegada, abrumado por la fatiga, débil la voz, hundidos los ojos, sin brillo la mirada, endeble el cuerpo que antes fuera recio y esbelto. Con sonrisa impregnada de tristeza acogía a los admiradores que le saludaban. Entre el ruido de la ciudad, en medio de los rascacielos que ahogan las calles, envuelto en el tráfigo de esta urbe,

el viejo escritor en vísperas de su muerte no encontró nada que le materializara las visiones de su lejana juventud. De seguro deseaba que se esfumase la realidad circundante y que surgieran como las fantasmas de un sueño, como los espejismos de la pampa, los hombres y las cosas idas que hicieron felices en estos pagos, sus años mozos... "Bien sabe Vd. que una porción de mi corazón ha quedado en la Argentina", le dijo a un amigo.

Hoy despedimos sus despojos; pero ha quedado entre nosotros con su último aliento, el afecto hondo por esta tierra que irradian sus obras y perdurará su nombre, "Don Roberto", —como le decían sus amigos los paisanos— denominando a algún pueblo pampeano.

En nombre de los escritores argentinos y como expresión de sus sentimientos, coloco sobre este féretro un ramo de flores.

CARLOS IBARGUREN.

DON ROBERTO

Don Roberto era un hombre de vida valiente que se había metido un gaucho en el cuerpo, para provocar al destino. No le bastaba el tipo físico de "desfacedor de entuertos", quería para sí el alma trashumante de quien va de *pago* en *pago*, por una *prenda* hoy; mañana para darle lujo a su *parejero*. El mundo tenía *pagos* para este inglés de excepción. Así, un día me dijo de pronto: "He andado por South Africa y vuelvo desolado. Aquel país se despuebla de caballos. Una peste, que no es el tétano, los está diezmando". Otro día me escribe: "Ví quemar ocho frailes y cuatro curas en Oviedo. ¡Me parecía estar en México, en tiempos de Huertas!" En una tercera oportunidad, me manda un retrato de *El Chajá*, caballo comprado en el Rincón de Hae-do, en la Banda Oriental y en tiempos de la conflagración europea. Su gobierno lo mandó para elegir la remonta del ejército en guerra. Vino a su Río de la Plata, silencioso, como cuadra a un *tropero*. Ningún diario dió noticias de su arribo. Los reporteros no lo conocían, por supuesto. No les

dijo nada su nombre en la lista de algún barco inglés. No sé si alguien se ocupó de su persona. Creo que fueron pocos los enterados de su viaje. De los que le acompañamos hasta el "Almeda Star", era yo uno de los que le conocían personalmente, antes de este viaje suyo, tercero al Río de la Plata y último en su vida.

Recuerdo la caligrafía de sus primeras cartas, respondiendo al envío de mis novelas. Su rúbrica fué complicán-



*Roberto B. Amador Graham
a la Puerta de su casa y la suya / de
Nicolás, Gascón en el caballo
de Trochilley, después del "travé",
en la Puerta de su casa y la suya / de
Gascón en el caballo. 1934*

DE UN RETRATO CON DEDICATORIA, PERTENECIENTE A E. AMORIM.

dose con la vejez. Bajo su nombre, hacía una serie de círculos con la pluma. Con los años, era mayor el número de las vueltas, de aquella especie de *lazo a los tientos*, de su doble apellido. Poco a poco don Roberto fué perdiendo el control de las vueltas. Murió como *pialado* por el largo lazo que acompañaba a su firma. He visto sus últimas rúbricas y observé el curioso fenómeno de su pulso, día a día menos preciso.

Con Cunninghame Graham anduve por las calles de Londres. Me citó en el más elegante restaurante londinense. "Pregunte por mí —me dijo por teléfono— a cualquier empleado de la casa. Todos me conocen".

Cuando le ví entrar, el *maitre* se apresuró a señalármelo. Ya era tarde. Nos habíamos divisado como en una hondonada de la "Cuchilla de Haedo" en Río Negro. El, apareció allá en lo alto, en una loma. Yo le esperaba en el *bajo*. ¡Qué pronto se *apeó* de su celebridad, para acogerme con llaneza sin par, de viejo gran señor! Un verdadero gesto de *baquiano*.

Alguien me dijo en Londres: "Es un honor para cualquier inglés, andar por la calle con don Roberto". Y, también para un sudamericano, agregué yo.

Lo veo, sombrero de anchas alas, corbata negra de moño suelto, volandero, como desafío de artista. El talle ceñido de su saco cruzado. Una caña en la mano, amarilla, que más parecía marfil, en la neblina londinense. No se apoyaba en ella, manejándola como una fusta. Recuerdo su paso elástico, y al relatar esta impresión a su amigo de Buenos Aires, el generoso médico Dr. Pozzo, me enteré del andar indeciso, casi tambaleante, de don Roberto, en sus últimos días. Yo sólo recuerdo su gallarda vejez. Lo ví montar a caballo, en Hyde Park, y documenté en un film su apostura elegante y firme. El quería ver esta película que llegó a Buenos Aires conmigo, en el barco que lleva ahora sus restos. Llegué a esta capital, en momentos que agonizaba el gran escritor.

Así debía morir Cunninghame Graham, lejos de Escocia. Su muerte es la muerte del escritor que ni a la hora postrer, desmiente su condición. Así debía estar su ataúd, una noche, en una gris y tétrica esquina de Buenos Aires, en una pieza de muros plomizos y húmedos. Con tres amigos personales, cuatro escritores y uno que otro lector desconocido. Así mueren los escritores, así mueren los verdaderos provocadores del destino. Su primer noche de muerto, la pasó en un cuarto desmantelado, como celda de cárcel. Así debieron ser las noches vecinas al *malón*. En la cámara mortuoria de la empresa fúnebre, se hablaba en voz alta porque no era un entierro como los demás. Su vida no había sido como la de

los otros. Su muerte no podía ser vulgar. El debía saber que estábamos a su alrededor. Aventura en la vida, aventura en la muerte y en el más allá, "en un cielo con caballos", como lo pidió. Con caballos criollos. Para el largo viaje de don Roberto, no había *pingos* mejores en el mundo, que el *Gato* y el *Mancha*. Los vino a buscar desde Europa. Ya pueden morir tranquilos los caballitos criollos que llegaron hasta la borda del trasatlántico husmeando el mar, como a las apariciones. Con un jinete como don Roberto —él les trajo una bolsita de avena inglesa— nada les faltará.

Roberto B. Cunninghame Graham quiso tener cerca de sí solamente las cosas medulares del mundo. Anduvo siempre *por adentro*. Era como esos paisanos a los que les gusta el *caracú*, más que la carne. Por eso buscó en cada tierra, lo de adentro, y cuanto más puro, mejor. Nunca le oí citar un autor que no fuese representativo de algo cabal, genuino, terminante. Detestaba la literatura de molde extraño, los autores que beben en fuentes ajenas, los pastichistas hábiles de *engañapichanga*. Por eso era un disconforme y, sin duda, era un intolerante. Nunca pudo ser mucho tiempo socio de un club. Conozco alguna anécdota curiosa. Era lo menos *snob* que se puede ser. (S. N. sin nobleza. Su apellido se pierde en la historia de Inglaterra).

Este hombre, a quien se dice que apalearon en Trafalgar Square porque alzó la voz, más de lo debido, en un discurso político, muere como había vivido. Se va del mundo, como los troperos, con dos caballos de reserva... ¡Linda *muda* para tentar en el cielo alguna correría!

Lo que nos deja escrito en inglés, buscará pronto la aventura de estos climas que él amó, en ropaje criollo. Lo que no pudieron andar en vida sus *Caballos de la Conquista*.

La versión española de sus libros, será el homenaje más importante a este hombre valiente que supo provocar al destino y ganarle casi todas las partidas... Hasta los 84 años, en que pierde una hazaña, próximo a la soledad pampeana, pero como todas, *en su ley*.

ENRIQUE AMORIM.

DON ROBERTO *

Conversábamos pausadamente en el salón. El caballero de edad, con ademanes lentos y tono mesurado me citaba algunos incidentes de su vida en los países del Río de la Plata. Hablaba del caballo criollo, su tema predilecto, enunciando las características de la raza caballar sudamericana del pasado y comparándola con los caballos europeos.

El caballo, con su secuela lógica, el caballero —en la acepción más amplia de la palabra— he ahí la piedra angular, el principio fundamental de la obra escrita y de la vida vivida, y en sus mocedades incidentada, de R. B. Cunningham Graham. Varios periodistas lo han llamado un Don Quijote del Siglo XX, quizás por tener la barba gris, fina y puntiaguda, del preclaro héroe de Cervantes. Como la mayoría de las comparaciones hechas a la ligera, falla en lo general, aunque encierra indudablemente una verdad profunda, una verdad que por desgracia no tiene hoy día defensores de sobra. La hidalguía fué para Don Quijote la piedra de toque sobre la cual juzgaba toda acción, y la caballeridad, en la extensión más amplia de la palabra, resuena sin cesar en cada obra, grande o pequeña, emanada de la pluma del hombre a quien, un escritor inglés, crítico de renombre y amigo íntimo de Cunningham Graham, ha llamado: “el escritor *amateur* de más valor que hay en la Inglaterra contemporánea”.

Amateur, en el idioma inglés tiene doble sentido: el que le da quien quiere hablar despectivamente de la obra actual del aficionado referido, o si no, indicando con un tanto de adulación fachendosa, que el *amateur* no depende de sus obras para ganar el pan de cada día. Y efectivamente, Cunningham Graham cabe dentro de los escritores de la segunda categoría, lo cual le ha dado amplia libertad para tratar temas de su gusto y preferencia sin la necesidad de pesar

* El autor de este artículo lo escribió a pedido de la dirección de NOSOTROS, a modo de apuntes sobre la obra y personalidad de Cunningham Graham, pocos días antes de morir éste. — N. DE LA D.

la opinión pública o el efecto de ciertas modalidades sobre la venta de sus volúmenes de ensayos y novelas cortas.

Admitamos, aunque lo olvidemos por mil motivos, que la vida argentina en tiempos de la expedición al Desierto, de Pavón, y hasta más tarde, no fué tan ordenada ni tan circumspecta como lo es hoy día. *La Pulpería*, por ejemplo, novela corta de Cunninghame Graham traducida por el doctor Pozzo y publicada recientemente en la sección literaria de *La Nación*, no nos choca demasiado, pero muchas de las escenas tan virilmente pintadas en las obras del escritor que aparecieron en Londres entre 1895 y 1905 hubieran sido calificadas de *improper* si no fuera por el hecho de tener relativamente poca difusión entre las *misses* que se alimentan espiritualmente en los mostradores de los *circulating libraries*, bibliotecas donde por unos peniques se obtienen prestados por un tiempo determinado las novelas de última actualidad. Y la vida de los gauchos, de los gringos de todas las razas que siguieron siempre el avance de la civilización argentina hacia el Oeste, no era asunto propicio para describirlo en almibaradas y sentimentales romanzas; pero sí hierro candente para forjar luminosos cuadros donde en pocas palabras el lector, cuyos ideales y sentimientos eran acordes con el españolismo del autor, veía surgir de las crudezas y a veces bellezas de las escenas pintadas, la pujante estirpe de aquellos hombres, quienes, inconscientemente la mayoría de las veces, labraban tanto en el campo como en la ciudad una nueva y gloriosa nación.

Empero hay que tener dos cosas bien en cuenta cuando se empieza a leer las obras de Cunninghame Graham, donde los países del Río de la Plata forman el lienzo sobre el cual pinta, con su vocabulario riquísimo, con todos los matices del color, las escenas y la gente de estas tierras. Hay que acordarse de que Cunninghame Graham describe la época que media entre 1870 y 1880, y que la mayoría de sus ensayos y relatos fueron publicados de 1900 a 1910, cuando la América del Sud era casi desconocida para la totalidad de los lectores británicos.

Traducirlo a Cunninghame Graham es tarea ímproba y

sin satisfacción; pues su estilo está en todo en pugna con la composición literaria castellana. Su estilo es personalísimo, quebrado, martillado, vibrante, pero cosa paradójica, tiene más sabor castizo que cualquier escritor inglés contemporáneo. Ha vivido mucho en la Península, habiendo pasado allí años enteros en la inefable compañía de su finada esposa, oriunda de Chile, ferviente admiradora de la España histórica y autora de una vida de Santa Teresa de Jesús (*Saint Theresa: Her Life and Times*, 2 vol.) notabilísima tanto por su profundo conocimiento de las cosas de Avila como por su estilo viril, aunque penetrado de aquel donaire que la gran santa misma se permitía de vez en cuando en la intimidad de sus fundaciones. Esto, entre paréntesis, pero menester es anotarlo, por haber reaccionado sobre la obra del esposo la influencia de su espíritu fino y cultivado a la vez que profundamente devoto.

Cunninghame Graham comparte mucho la idiosincrasia de los gauchos de su juventud. Sin ser un solitario, ni mucho menos un recluso, nadie podrá decir que es ávido de ganarse fama popular. Escribe para los amantes de la fina prosa inglesa, y sus mejores obras, grandes y chicas, tratan de los asuntos de su predilección. Estas pueden clasificarse en tres grupos: las obras históricas, las novelas cortas y los ensayos. Sus estudios históricos abarcan una extensión vasta, pero menester es decir que sus obras más felices son aquellas en que trata de los países del Río de la Plata.

No es una exageración asegurar que la mayoría de los lectores de habla inglesa, conocedores de la historia de estas tierras de la época anterior a la Independencia y a la caída definitiva del poder español, deben sus conocimientos a Cunningham Graham. Pues por lo general los ingleses aprenden desde chicos a admirar solamente las hazañas de Sir Francis Drake, Walter Raleigh y varios otros héroes marinos británicos del siglo XVI. Sus correrías y el botín inverosímil que de vez en cuando llevaban en oro y plata para ofrecerlo a los pies de la reina Isabel, han seducido la imaginación de la juventud inglesa a tal punto que aun los textos de historia popular apenas hacen mención de la obra extensa y cons-

tructiva de España en los virreinos de Sud América. Entra también aquí en juego hasta cierto punto el *odium* teológico, pues Cunninghame Graham es nieto de española y además descendiente de una familia siempre fiel a lo que en Irlanda llamábamos “la vieja Fé”, y de ahí que muestre una más honda comprensión de la historia. Para dar un ejemplo: en un ensayo breve titulado *De Heretico Comburendo*, una disertación sobre los colegios escocés e inglés establecidos por Felipe II en Valladolid para preparar sacerdotes destinados a servir la fe en Inglaterra y Escocia, tiene la siguiente observación:

“Me encanta ponderar que si en efecto el cruel Duque de Alba torturaba y quemaba a los protestantes de Holanda, Isabel de Inglaterra no fué nada inferior a él en cuanto a sus relaciones con los católicos ingleses. Efectivamente, Pizarro y Cortés despoblaban imperios, pero ellos creyeron, una vez hallado el oro, que su misión era la de cristianizar a los indios. Además, sus matanzas cesaron con el siglo XVI. Las nuestras han seguido casi hasta hoy día. ¿A dónde están los indígenas de Tasmania, los negros de Australia, la gran mayoría de los maorís? ¿Debemos creer que exterminamos a estos hombres en el afán de salvar sus almas?”

Estas son palabras que suenan casi como alta traición para la mayoría de los ingleses del siglo XIX; pero que dan la pauta de muchas de las obras más admirables de nuestro autor. Cunninghame Graham tiene un sentimiento hondo y sincero de la justicia, y un odio que ni siquiera pretende disimular, contra la explotación de los pobres y de los inválidos. Si en su juventud fué socialista —habiendo sido durante unos años miembro del parlamento como representante del partido laborista— jamás fué un marxista doctrinario sino un defensor de los débiles, “defender of the underdog”, como dice la expresiva frase inglesa. Por esto mismo, en lo que muchos consideran su obra más perfecta, *A Vanished Arcadia*, en la cual pinta con lujo de detalles la vida y muerte de los jesuitas en las Misiones del Alto Paraná, su fervor y amor hacia España intensifican la fuerza de las palizas que da a la ineptitud y crueldad inconscientes

que caracterizaron a los dirigentes de la política española durante el siglo XVIII. Leyendo este libro y simpatizando con los padres de la Compañía de Jesús y sus greyes dispersas bajo los azotes de las fieras paulistas, uno no puede menos que entrever la próxima conclusión de tales errores. Todavía está en la penumbra el sol de mayo; pero, indefectiblemente, se levantará.

Aparte de sus obras que tratan de Colombia y las hazañas de Bolívar, Cunninghamame Graham no se ha dedicado mayormente a describir la época de la Independencia, y en sus escritos más amenos, sus cuentos y ensayos, elige por asunto hombres y cosas de Marruecos, de Escocia y de España, aparte de los precitados cuentos y cuadros de la vida gauchesca, así de la Argentina como de la Banda Oriental.

En efecto, hay toda una mina de literatura hispano-americana trabajada durante casi sesenta años por su fácil pero nunca descuidada pluma. Ya se ha escrito en Inglaterra una bibliografía de las primeras ediciones de la obra de Cunninghamame Graham, de aquellos tomos sin pretensiones donde humildemente, sin el lujo de fastuosas encuadernaciones ni *réclame* ruidosa, apareció por vez primera toda la magia y la genialidad de su prosa brillante y observación pujante. El bibliófilo les da cierto valor en efectivo, pero su verdadero, su hondo valor está muy, muy por arriba de las evaluaciones de los miopes de biblioteca. Pues hay algo más, hay el alma, la poesía, la historia y la apoteosis de lo caballeresco, de lo grande, de lo raro y precioso que ha sido la contribución de la raza hispano-americana a la civilización, una contribución intangible por su finura y sutileza, pero asimismo de valor inapreciable para la humanidad entera.

HUMPHREY HALLAM HIPWELL.

ENCUESTAS DE NOSOTROS

AMERICA Y EL DESTINO DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

Los primeros días de marzo, pocos antes de que se produjera el gravísimo acontecimiento de la ocupación militar de la Renania, la dirección de NOSOTROS hizo circular entre los escritores y estudiosos argentinos, que directa o indirectamente se han ocupado de problemas sociales, la carta siguiente:

Señor . . .

De nuestra consideración: Vivimos inquietantes vísperas de guerra. Una contienda armada en Europa y en Oriente, en la cual acaso zozobre la civilización occidental, para muchos no es ya una hipótesis pavorosa sino una fatalidad aceptada casi con resignación. Aunque admitida a título de hipótesis, debe hacernos meditar a los argentinos la suerte que correría nuestro país ante una contienda de la magnitud de la que se anuncia y que empalidece la guerra de 1914 a 1918. NOSOTROS, a principios de 1915 abría una encuesta entre nuestros intelectuales, sobre las consecuencias posibles de aquella conflagración y sobre la influencia que ejercería en la evolución moral y material de los países americanos. Las respuestas fueron treinta y cinco y ocuparon de febrero a mayo 200 páginas de la revista. Y es tanto el interés de aquella encuesta, que veinte años después, el 7 de noviembre ppdo., uno de los firmantes de la presente carta, ha podido comentarla con valor de actualidad, en un extenso artículo publicado en La Prensa.

NOSOTROS, al aparecer en su segunda época de vida, abre una nueva encuesta distinta de aquella por su forma y fondo y por la diversidad del momento histórico en que se realiza.

Si el terrible acontecimiento de todos temido se produce, ¿qué

será de la Argentina y de América? No nos referimos a la posibilidad de que el nuevo mundo se mantenga ajeno al conflicto armado, cosa que esperamos y queremos creer, o de que intervenga en él, sino a su destino en el caso de que la civilización de occidente, cuyo foco es Europa, se debilitara o apagara en una catástrofe que sólo admite comparación en los tiempos históricos con la ruina del Imperio Romano.

Concretando, preguntamos a Vd. entre un escogido grupo de publicistas que por necesidad profesional o vocación se ocupan de estos problemas sociales:

1º Frente a la probabilidad de una nueva guerra continental en el Viejo Mundo, ¿posee América recursos propios materiales y fuerzas espirituales suficientes para salvar su civilización y cultura y desarrollarlas en lo futuro?

2º Si la nueva guerra tuviera para la civilización universal las calamitosas consecuencias temidas, ¿cuál será la suerte de la Argentina?, ¿qué deberá hacer para no zozobrar en el naufragio?, ¿cómo se bastará a sí misma si ello fuera necesario por un tiempo más o menos largo?

Formulamos estas cuestiones a modo de guía; pero de ningún modo con la pretensión de que Vd. circunscriba a ellas su respuesta, la cual admite con la extensión que quiera Vd. darle, todas las consideraciones de orden político, económico, moral, intelectual y social, que Vd. crea atinentes al asunto propuesto.

Rogamos a Vd. no quiera ver en nuestra encuesta una frívola curiosidad de periodistas a caza de asuntos resonantes. NOSOTROS, al renacer, lo hace exclusivamente para servir a nuestra cultura, para ser tribuna de dilucidación y crítica de todas las cuestiones que pueden interesar a un argentino ilustrado. No dudamos que habrá de comprenderse la importancia de las que proponemos a Vd., que darán sin duda a esta encuesta, si contamos con el apoyo de los cultos espíritus interrogados, valor histórico, y quizá en un porvenir muy próximo le asignen una útil función orientadora.

Nos será muy grato publicar su respuesta, que esperamos con vivo interés y que desde ahora agradecemos.

A pesar de los breves días transcurridos desde el envío de esta circular, han empezado a afluir las respuestas, de muy autorizados escritores, algunas de ellas interesantísimas, a las cuales damos cabida en el presente número, prometiéndonos hacerlo en los próximos con las demás llegadas en los últimos días y con todas las que nos lleguen.

Advierte la dirección que ha enviado esta carta a gobernantes, políticos, sociólogos, juristas, escritores y periodistas, hombres de edad y hombres de las recientes promociones intelectuales, sin atender a sus diferencias ideológicas, es decir, a hombres de derecha, de centro y de izquierda, como se dice en el vocabulario político del día. La dirección no se hace juez ni parte de sus opiniones, que comunica a los lectores de NOSOTROS imparcialmente. Si ha incurrido en alguna involuntaria omisión, séale disculpada.



DE MANUEL UGARTE

El ilustre escritor MANUEL UGARTE, sociólogo, político, poeta y novelista, autor de más de veinte libros, conocido en todo el continente por sus campañas en pro de la solidaridad hispanoamericana, aún confía:

A mi juicio, sí. Tenemos recursos propios, materiales y espirituales, Y los tenemos en proporciones amazónicas. Lo que falta es un estallido que traiga a la superficie la savia ubérrima. América ha absorbido ya el caudal de conocimientos de Europa. Hay que sacar ahora de esa base técnica, libresca, inanimada diríamos, los valores superiores, el perfume espiritual de una civilización. Esto puede ocurrir al conjuro de una subversión mundial; y en ese sentido la catástrofe europea podría ser, como fueron otros cataclismos análogos a lo largo de la historia, la señal de nuestra elevación. Cuando se hunde un Continente surgen islas del otro lado del mar.

Esto en el plano de los grandes valores durables. En el de la actualidad efímera, que a veces regula la suerte de lo esencial, pienso que nuestra América jugará en la contienda sus destinos. Debe prepararse para preservarlos. Reuniendo las dos preguntas y for-

zando acaso el sentido que ellas tienen, insistiré en lo que ya he dicho tantas veces. La neutralidad latinoamericana apoyada en la neutralidad de los Estados Unidos es la fórmula. Del incendio universal puede quizá escapar un Continente.

En cuanto a nuestras necesidades, bien sabemos que las necesidades dependen de las posibilidades. Allí donde no hay faisanes, se come carne de foca. En la época ruda en que entramos no existe más que una necesidad esencial: la de mantenerse como núcleo, la de perdurar.

MANUEL UGARTE.



DE JULIO NAVARRO MONZO

El prestigioso pensador y ensayista JULIO NAVARRO MONZÓ, redactor de La Nación, crítico de arte, sociólogo, moralista e investigador de los problemas religiosos, (El renacimiento místico ante la tragedia europea, Principios básicos de la civilización moderna, Aspecto moral de la cuestión social, La evolución religiosa en el mundo antiguo, etc.), opone la civilización técnica a la de esencia espiritual, y señala el deber de América:

Charles Sarolea, escritor bilingüe, tan conocido en los países de habla francesa como inglesa, cónsul de Bélgica en Edimburgo, me invitó a cruzar un jardín, atrás de su casa, y me condujo al alto de una colina. Desde allí, hacia el mar, se abarcaba una parte de la capital de Escocia. Señalando las grandes barriadas obreras, me produjo un escalofrío. "En esas calles sucias, miserables —dijo— hay millares de personas que no han vuelto a trabajar desde 1918. Otras, que entonces eran niños, o nacieron después, no han trabajado jamás".

Después de treinta años de residencia, como profesor de literatura francesa en la Universidad de Edimburgo, Sarolea conocía bien la ciudad. Su información sirviome de explicación de algo que me había asombrado en muchos centros urbanos de Gran Bretaña, pero que allí rayaba en lo inverosímil. No me pidan explicaciones ni detalles. Algo que se podía ver, a toda hora, en esas colinas que rodean Edimburgo y aún en pleno centro de la ciudad,

en los jardines de Prince Street, que es la calle principal. Parejas tiradas sobre el césped. Prestidigitación. Bueno, escenas —en cierto sentido— como aquellas que, según cuenta Erland Nordenskjöld, ocurren, de noche, en ciertas fiestas de los indios matacos. Solo que, en el Chaco, son ocasionales y pasan en medio de las tinieblas. Allí se producían en plena luz, a todo momento, en aquellos jardines llenos de gente, mientras una banda militar ejecutaba su programa.

¿A qué viene este recuerdo? Sencillamente como comentario de las primeras palabras con que se inicia la segunda pregunta de la encuesta de NOSOTROS. Lo que sus redactores parecen indicar es el temor de que la civilización occidental naufrague en la gran conflagración universal que parece inminente. Mi respuesta es que tal temor es perfectamente injustificado. En la mayor parte de los países del occidente ya no queda, de la civilización, nada más que los elementos materiales legados por el pasado: catedrales, museos, bibliotecas y, naturalmente, los aspectos técnicos, que la mayoría confunde con la civilización misma.

El meollo de ésta, la cultura, empezando por la cultura moral y, todavía más hondo, la vida espiritual, hace mucho que ha naufragado. Los bárbaros ya están adentro de Roma. Las gentes aparentemente más civilizadas han revertido sencillamente a la barbarie. ¿Han leído ustedes el libro de Ben Lindsay *The revolt of modern youth*, acerca de la licencia de costumbres en la juventud norteamericana? La guerra que se aproxima, que muy bien pudiera haber estallado cuando estas líneas se publiquen, lejos de ser, por lo tanto, una causa que determinará el derrumbe de la civilización, no es sino uno de los aspectos de dicho derrumbe.

¿Causas? Muchas. Desde luego, aquella que señala Ortega y Gasset en su libro *La rebelión de las masas*. La población europea (y norteamericana) ha aumentado en una proporción superior a la capacidad de asimilación que tenía su tradición cultural. En realidad, acabo de escribir una tautología, puesto que la cultura no es sino tradición y la tradición, sociológicamente, es sinónimo de cultura. Se ha dado así lo que un autor alemán llama "la invasión vertical de los bárbaros". Millones de seres humanos, nacidos en el seno de la tradición occidental, de la cultura occidental, son extraños a ella.

Pero, si vamos más al fondo de la cuestión, habrá que agregar algo a lo que dice el pensador español. Esto ha ocurrido así, ante todo, por falta de vitalidad, por descomposición, por decrepitud de dicha cultura. Desde el Renacimiento, con la Reforma, su contemporánea ¿qué es lo que ha estado ocurriendo? Sencillamente, si no me engaño, una liquidación de aquella cultura que empezó a formarse, digamos, cuando Agustín de Hipona escribía *La Ciudad de Dios* en medio del desmoronamiento del mundo antiguo y que culminó, con el tomismo y las grandes catedrales, en los siglos XIII y XIV. Sólo que, si la liquidación es evidente, no lo es que se haya creado algo para reemplazar lo que se liquida.

La Reforma tiene, ante todo, un aspecto negativo. Es la liquidación, o tentativa de liquidación, del catolicismo. La prueba está en que, cuando quiere revestir un carácter verdaderamente positivo, una actitud que no sea de mera "protesta", de mera crítica, vuelve al catolicismo, a inspirarse y a imitar el catolicismo —como ocurre con el luteranismo ritualista o el anglicanismo "High Church", que son, seguramente, lo más serio que tiene el protestantismo.

El Renacimiento tiene un aspecto positivo. Ha creado algo nuevo: la ciencia experimental, a la cual tenía que corresponder, evidentemente, un nuevo concepto del mundo, una nueva filosofía. Tantas filosofías cuantas sean necesarias para teorizar los conceptos, siempre renovados, que la ciencia se vaya formando de la realidad. Pero lo malo del caso consiste en que, si bien la ciencia se ha dedicado a buscar afanosamente los secretos íntimos de tal realidad, lo que la mayoría de las gentes espera de ella no es eso. Espera los resultados técnicos, la utilización industrial. Le tienen sin cuidado las investigaciones de Millikan sobre la composición del átomo o los rayos cósmicos. Menos todavía lo que pueden escribir Bergson o Hans Driesch. Lo que le interesa es el último tipo de locomotora, de automóvil, de avión. Pero también los más recientes descubrimientos en materia de acorazados, de cañones, de explosivos.

A esto agréguese que, hasta los más recientes estudios de la moderna psicología, a la ciencia experimental no le ha interesado el aspecto emocional, instintivo, no racional, del hombre. Esencialmente racionalista, desde los albores de la filosofía griega, no ha dudado ni de que la razón tuviera capacidad cabal para explicar el

universo, la existencia, ni que la misma razón fuera el factor determinante, decisivo, de las acciones humanas. Así, la ciencia, con una gran desconfianza hacia la metafísica, con un absoluto desdén por las religiones, no se ha preocupado, en lo más mínimo, por ese factor tan determinante en la vida individual, tan decisivo en la colectiva, que es el sentimiento religioso. El mismo arte, hermano gemelo de la religión, confundándose con ella en la magia primitiva, preocupa poco a la mentalidad científica.

Así se creó una civilización técnica, unilateralmente objetiva, preocupada con lo externo, lo económico, lo práctico y lo útil. Pero la vieja cultura cristiano-medieval, perduración de la tradición clásica, vivificada por el fermento hebreo, no ha sido ni renovada ni substituída. En el peor y más común de los casos, hay un vacío abismal en que millones de seres (bárbaros tecnificados, dice Keyserling) viven a lo salvaje. En el mejor, otros millones viven, espiritualmente, de lo que subsiste de aquella cultura que, naturalmente, está en contradicción con la civilización científica que el Renacimiento originó.

Tal contradicción ha sido denunciada, millones de veces, por cuanto Monsieur Homais producen los fértiles viveros del llamado librepensamiento. Es tarea harto fácil y cualquier articulista populachero la puede realizar. Pero los espíritus científicos, serios, se han cuidado muy poco del problema profundo de cómo salvar, adoptándolos y adaptándolos, los altos valores espirituales y morales que la vieja cultura contiene. En cuanto a los defensores de ésta (meros glosadores, en su gran mayoría) poquísimos han sido los que se han ocupado seriamente, y no por meros fines de proselitismo comercial, de como ponerla de acuerdo con la ciencia moderna.

Con una civilización técnica dominando en todos los órdenes de la vida, anulando las preocupaciones espirituales a beneficio de las económicas, anarquizando la vida moral al racionalizarla, sujetando los *tabus* tradicionales al corrosivo de la crítica, el progreso social del hombre, naturalmente, no marchó a la par del técnico. Mas bien retrocedió. La lucha se hizo más violenta, de hombre a hombre, de clase a clase, de pueblo a pueblo. La solidaridad humana, que nunca necesitó ser tan grande como en una civilización cosmopolita, es hoy mucho menor, por ejemplo, que cuando Europa, feudalmente organizada, pulverizada en cientos de peque-

ños estados, se sentía espiritualmente y culturalmente unida. Cuando un alemán, como Alberto Magno, un italiano, como Tomás de Aquino, daban sus lecciones en la Universidad de París. Cuando en ésta, como en Boloña, Oxford, Salamanca, Coimbra, el convivio internacional era intenso entre millares de estudiantes de todas partes, hablando un idioma común: el latín.

La guerra, por lo tanto, no se ha suprimido, magüer todos los esfuerzos de los pacifistas, la ciencia de los internacionalistas y todas las instituciones creadas para asegurar relaciones jurídicas entre los pueblos. A todo eso falta una base ética: buena fé. Lo único que ha ocurrido fué que, con la organización de las grandes potencias, la guerra cobró mayores proporciones. Ahora son pueblos enteros, millones de hombres —mañana también serán las mujeres— los que luchan entre sí, en lugar de los pequeños ejércitos que antes podían permitirse la cortesía de invitarse mutuamente a iniciar el fuego. Y, naturalmente, una civilización científica no podía dejar de aplicar la ciencia a la guerra. Todas las manifestaciones de una cultura son solidarias, como lo saben muy bien los arqueólogos y lo ha recalcado Spengler.

Así tenemos, en nuestra civilización científica, técnica y cosmopolita, la guerra en gran escala, extensiva e intensiva. Tras la guerra, las barreras aduaneras que se levantan, las fronteras que se cierran, millones de seres humanos que se quedan sin hogar y sin trabajo, la desocupación, la miseria. Y, tras todo esto, la barbarie; mayor barbarie; los desocupados, vueltos al primitivismo, a la animalidad, entregándose a todos sus instintos sobre el césped de los parques públicos en los países antaño más civilizados, más disciplinados de Europa.

Es ésta la triste situación, que una futura guerra mundial no contribuirá sino a terminar de liquidar. ¿La cultura ha muerto? Hay, en cada país, un grupo más o menos nutrido de gentes cultas, pero ya no existen pueblos cultos. La cultura es cosa esotérica, sin influencia sobre las grandes masas, cada día más bárbaras. Lo que queda todavía de la vieja cultura, en el sentido sociológico y más extenso de la palabra, se ha refugiado aquí y allá en las poblaciones campesinas de algunos pueblos todavía no industrializados íntegramente. En las grandes ciudades lo que cada vez impera más es el salvajismo.

He estado pensando principalmente en Europa, al escribir lo anterior. Pero la situación en América —y empiezo a responder a la primera pregunta de la encuesta— no es mejor. Creo estar habilitado para decirlo, porque, después de diez años de viajar por él como conferencista, conozco bastante bien al continente, de norte a sur. He estado dos veces en el Canadá, varias en los Estados Unidos. Reiteradamente visité Méjico y Cuba. He pasado con frecuencia por el canal de Panamá, deteniéndome ante el contraste de la vieja capital y de la zona norteamericana. Mis visitas al Perú, Bolivia y Chile han sido tan demoradas como frecuentes. He recorrido el Brasil, desde Minas Geraes a Río Grande del Sur, resido durante años en el Uruguay, estoy compenetrado bajo toda forma con la vida argentina. Y todos aquellos viajes, antes aludidos, no fueron a lo turista sino hechos despacio, con trato con las gentes de gobierno, de las universidades, de las letras, del periodismo y, desde luego, del pueblo, que para mí es siempre lo más interesante de observar.

No muy lejos de Lima, pero ya en plena sierra, entre indios, recuerdo una aventura ejemplificante de lo que antes decía. Era la fiesta del santo patrón de la aldea y una riña de gallos produjo una riña de hombres. Para que no viéramos sus intimidades, el alcalde se acercó entonces a un norteamericano y a mí, que lo acompañaba, y nos invitó amablemente a que nos retiráramos. ¡Pero había que ver como lo hizo! Con la diestra puesta sobre el pecho, como un caballero español de la época clásica, empezó por hacer una reverencia cortesana. Luego tuvo palabras de prudencia y gentileza, para aconsejarnos que nos fuéramos. Era a esto a lo que me refería cuando hablaba de la vieja cultura refugiada en los pagos. Pero casi no necesito decir que si algo parecido he encontrado, en gran estilo, con el alto sabor de lo original, en ciertos ambientes selectos de Montreal y Toronto, de Filadelfia, Boston y San Luis, en Lima y Arequipa, en Santiago de Chile, en Río de Janeiro y algunos otros centros, no es esto con lo que uno habitualmente se topa por las calles de Chicago, Nueva York o Buenos Aires.

En todo el continente, de norte a sur, hay aquí y allí reliquias de las viejas culturas británica, lusitana o española que plasmaron a las naciones americanas, en algunos países con más intensidad que en otros y con las distintas modalidades, claro está, que

entre sí distinguen a tales culturas. En ciertos puntos, cada vez más raros, esas reliquias aún predominan social y culturalmente. En los más, han desaparecido.

Fué un proceso de descomposición que en los Estados Unidos se inició, desde 1829, con la presidencia de Jackson, poniendo término a la llamada "dinastía de Virginia": Wáshington, Jefferson, Monroe, John Quincy Adams. Lo termina la guerra de secesión, en la cual muere la flor de la vieja población colonial, para dar lugar a la ola inmigratoria. ¿Con ventajas? Que responda quien se dé el trabajo de comparar la antigua literatura norteamericana. Whittier, Emerson, Longfellow, con la actual.

Pero si he citado adrede el ejemplo de los Estados Unidos, por apasionarnos menos que lo nuestro, debo agregar que, a mi juicio, en todo el continente ocurrió lo mismo. Las antiguas oligarquías de terratenientes, digamos en la Argentina y Chile, eran escasamente intelectuales tomadas en conjunto. Tenían muchas limitaciones: rutinarias, engreídas, estrechas de criterio. Todo lo que se quiera. Pero yo, francamente, no veo qué ventajas hayan venido a estos países de que su hegemonía haya sido reemplazada por la de una horda de políticos profesionales (vale decir, sin otra profesión que la política), ambiciosos de poder, honores y dinero, aduladores del populacho de quien se burlan. ¿Estoy equivocado? Puede ser, pero la Historia dirá si, pongamos por caso, el señor Alessandri resulta realmente superior a Portales.

Volvamos al tema. Iba diciendo que, en cada uno de estos países, hay todavía apreciables núcleos de gente culta, en el sentido universal de la palabra. En algunos de ellos, su influencia es todavía apreciable. En otros es despreciable, en el sentido de la palabra francesa *négligeable*. Y en otros es francamente despreciada. Pero hay que agregar, para ser enteramente franco —y si no se tiene franqueza vale más no contribuir a una encuesta— que la cultura europea nunca penetró muy hondo en el suelo de América. Lo que aquí predominó siempre, de Alaska al Estrecho de Magallanes, fué siempre el espíritu del conquistador, del adelantado, del *pioneer*, sin grandes escrúpulos morales, sin grandes curiosidades intelectuales, dominado por muchas concupiscencias y codicias, pobre exponente de la cultura del país originario. Hartas veces inadaptable a ella.

En este sentido *cela va sans dire*, América hállase en una posición inferior a Europa, con todas sus grandes masas bárbaras pero con núcleos de cultura que representan siglos de civilización. Estamos más desarmados frente a la barbarie que una nueva guerra revelará definitivamente. Exponente máximo de esto que acabo de decir son, una vez más, los Estados Unidos, cuyo ejemplo debiéramos tener en cuenta para evitar aquello en que han naufragado. El espíritu del *pioneer* se auna fácilmente con una civilización técnica. La adora, como instrumento de poder, de riqueza. Pero cuanto más un pueblo se empeña por ese camino es obvio que tanto más se aleja de la verdadera cultura, desinteresada, espiritual.

Para salvar a ésta es posible que, como en la alta Edad Media, haya que crear refugios, cenobios, una nueva forma de monasticismo, que mantenga encendida la luz, en medio de las tinieblas de la barbarie invasora. Pero éste es un problema universal, no particularmente americano, si bien aquí, como en la Tebaida (que quedaba en la periferia del mundo romano) haya espacio suficiente para que levanten sus nuevos monasterios los futuros imitadores de San Basilio y San Benito. Lo particular, lo nuestro, es esto: ¿con qué recursos cuenta entonces América para hacer frente a la gran crisis de civilización, aún material, que una nueva guerra europea, quizás mundial, importaría definitivamente?

Creo que América tiene a su favor algo enorme: juventud, fuerzas intactas, vitalidad. Biológicamente, las razas europeas, por lo mismo que la tierra americana las absorbe, se revitalizan en contacto con ella. Todo se puede esperar de América, como todo se espera de un adolescente que todavía no ha definido sus condiciones... ni sus taras. Luego, tiene este continente sus grandes recursos materiales: territorios inmensos, montañas altísimas preñadas de minerales, ríos gigantescos, agros ubérrimos, selvas sin fin, fuentes de energía, materias primas de todo orden. Es un mundo casi virgen, apenas explotado, lleno de todas las posibilidades, una reserva para el mundo futuro.

Dentro de este gran conjunto, debemos hacer algunas distinciones, sin embargo. La primera, naturalmente, se refiere a la América sajona. Ya dije que temo el ejemplo de los Estados Unidos y, después de esto, solo me resta agregar que tengo el más alto con-

cepto del Canadá y las mayores esperanzas en su porvenir. Por lo que respecta, empero, a la América Hispana, conviene considerar, desde luego, la gran diferencia que media entre los países en los cuales predominan las razas autóctonas y aquellos en quienes priman los elementos europeos. *Grosso modo*: puede hacerse una separación diciendo Atlántico y Pacífico, colocando en el segundo grupo a Méjico que tiene costas sobre ambos. Países agrícolas los del primer grupo, países ante todo mineros los otros. También países de estructura democrática los de este lado, en donde el conquistador nunca dispuso de grandes masas indígenas a quienes dominar y en los cuales la misma agricultura le impuso el trabajo directo, el contacto con la tierra. Países de tradición aristocrática los otros, por las razones contrarias, a lo menos hasta una época harto reciente; hasta que Méjico, a la vanguardia de todos ellos, rompió tal tradición, lanzándose en una anarquía que es todavía temprano para decir si será o no fecunda.

En el grupo del Atlántico, la continuación de la tradición cultural europea es una misión impuesta fatalmente. En el Pacífico la cosa no me parece ya tan clara. Hay que tener en cuenta, en efecto, que una gran conflagración europea dislocará inevitablemente el eje de la civilización hacia el océano antes nombrado. De una conflagración así, en la cual todas las grandes potencias tienen que salir maltrechas, solo hay una que puede salir lucrando y resultar engrandecida. Esa potencia es el Japón que, ya en 1912, pactaba con el presidente Francisco Madero, de Méjico, una alianza en la cual se tenían en cuenta viejas afinidades de raza. Reales o supuestas, no quiero discutirlo, tales afinidades pueden invocarse en el Perú y llevar la influencia japonesa, llegado el caso, hasta el corazón del continente, hasta Bolivia. Y así América bien podría llegar a ser, no solo el crisol donde se funden todas las razas del globo, como ya lo es, sino el campo de batalla de dos culturas radicalmente opuestas, del Oriente y del Occidente.

En esa lucha, la misión de la Argentina, la más auténticamente europea de las naciones de Hispano América, la de menor proporción de sangre indígena y de aporte africano, está naturalmente indicada. Pero, a fin de desempeñar bien esa misión y de no zozobrar en el naufragio, precisa que, de la tradición cultural del Occidente, tome la esencia espiritual y la haga evolucionar. Con los

aspectos meramente técnicos de la civilización moderna, la Argentina no sería, en el mejor de los casos, sino una réplica austral de los Estados Unidos, conglomerado de razas europeas sin más vínculo que un concepto individualista y utilitario de la existencia.

JULIO NAVARRO MONZÓ.



DE ERNESTO MARIO BARREDA

ERNESTO MARIO BARREDA, *reputado poeta, novelista y cuentista* (Talismanes, La canción de un hombre, Un camino en la selva, El himno de mi trabajo, Desnudos y máscaras, Una mujer, etc.), *vincula sus reflexiones con las que le dictó, hace veinte años, nuestra primera encuesta, y aun no pierde la esperanza en el porvenir de América:*

En respuesta a la invitación de NOSOTROS, apuntamos algunas reflexiones que se nos han ocurrido.

Augurar ardientemente lo que se desea, es una manera de profetizar. Desde luego, deseamos ardientemente aquello que, bajo un aspecto u otro, constituye el ideal de nuestras convicciones. La inteligencia y el sentimiento han encerrado en ese marco su concepto de la verdad. Y aspiramos a ella para ser felices.

Por eso, cuando estalló la guerra de 1914, y esta misma revista nos pidió la opinión sobre los hechos que se desarrollaban y sus consecuencias futuras, respondimos vaticinando todo lo que nuestra conciencia y nuestro corazón anhelaban que sucediese. Y, en gran parte, así aconteció. Y era porque estábamos del lado de la justicia, del lado de Inglaterra y Francia, naciones que por aquel momento nos ofrecían el aspecto de civilización más equilibrado.

La violencia no debía ser la ley de la vida. Y nadie podía estar de su parte, cuando se ejercitaba por razas blancas sobre otras razas blancas y de una cultura igual. Inspirándose, por lo tanto, en un condenable intento de dominación.

Vencidos los imperios centrales, las circunstancias cambiaron de un modo imprevisto. Rusia, terriblemente castigada por la lucha sintióse sacudida por el movimiento social más intenso y extenso

que registra la historia. Inglaterra se apoderó de las colonias alemanas. Francia cobróse los gastos de la guerra en el enemigo vencido, recobrando además sus provincias cautivas. Italia que entró también en la guerra, hizo lo mismo con Trento y Trieste. El imperio Austro-húngaro se disgregó. Alemania proclamóse república socialista. Y todos por unos años quedaron más o menos tranquilos, pero ninguno satisfecho. Más o menos, pero en algunas partes menos que más. Combatido el movimiento social ruso por las fuerzas "blancas", apoyadas por Francia, Inglaterra y otras naciones, se constituía en una dictadura del proletariado, bella por el proletariado pero muy peligrosa por la "dictadura". Ella daba prestigio a esa tremenda palabra que luego habría de extenderse, bajo formas y fines menos justificables, por el resto del mundo.

Aplastado el intento comunista en Alemania y Hungría, parecía consolidarse en Italia. En aquellos momentos tuvimos oportunidad de conversar con un periodista italiano, analizando la crisis política y social por que atravesaba su patria. El triunfo de Lenin embriagaba a todos. El esperaba para Italia el advenimiento de un hombre así: "Algo grande, nos decía, van a producir estos acontecimientos. Una figura extraordinaria tiene que surgir..." Y parecía buscar en su imaginación aquel ser excepcional que presentía, sin duda, con instinto profético... "¿Quién le parece a Vd. que podría ser?", le preguntamos. "Creo que Turati", respondió, después de reflexionar un momento. ¡Turati!

Y resultó Mussolini. Era, por lo tanto, lo que en la subconsciencia él deseaba también ardientemente, puesto que ahora es fascista.

¿Cómo nació el fascismo en Italia? Nos referimos a la chispa que originó el incendio, a las circunstancias que favorecieron la posibilidad de un gobierno de fuerza, inspirado en altos principios de progreso. Cuando se lo preguntamos a un comunista, nos respondió: "Fuimos vencidos, porque la masa no estaba preparada..." Cuando le indagamos a un ex-combatiente, ésta fué su contestación: "Volvíamos de la guerra, después de horribles sacrificios. Y se nos insultaba en las calles, se escupía sobre nuestras medallas...". Aquella profunda crisis, fué aprovechada por un político de penetración genial y energía sobrehumana. Nació el fascismo que es, en el fondo, otra dictadura del proletariado, puesto que la nobleza y la burgue-

sía italianas son las que pagan casi todos los gastos. Los que suponen que el fascismo es un nacionalismo a la vieja usanza, caen en el más craso de los errores.

Hay una fuerza en la naturaleza que agita y mueve los impulsos del hombre, para destruir y crear constantemente. Las ideas dan origen a estos huracanes, que arrasan y vivifican. Es una ley perpetua que oscila entre el movimiento y el reposo. Desde luego que no todas las cosas que se destruyen son siempre malas, ni son siempre buenas las que brotan de tan hondos trastornos. También ocurre que resultan funestas algunas corrientes nacidas para el bien, y viceversa.

Aferrarse a la idea de la guerra es, sin duda, un crimen. Pero aferrarse a la idea de la paz es, por lo menos, un error. Las guerras deben cumplir, sin duda, sobre el mundo, alguna función muy esencial, puesto que subsisten a despecho de los siglos y las civilizaciones. No todo en este mundo es justificable, lo sabemos, desde que el mismo mundo no es tampoco justificable ni explicable en su principio ni en su fin. Pero, delante de los hechos, aceptemos el fenómeno, porque en la naturaleza nada se desperdicia, y anotemos en él los aspectos que tranquilicen nuestra conciencia, de acuerdo con su ética, y satisfagan nuestra inteligencia, de acuerdo con su idea del mundo.

Este momento de gran inquietud universal es el resultado de una preparación ya de muchos años, originada por el descontento, las ambiciones, el desequilibrio de las sociedades. Pero la causa inmediata la origina, sin duda, la conquista de Abisinia por los italianos. Yo no he esperado los triunfos de Italia para ponerme de su parte. Hay muchas razones que ennoblecen el procedimiento de agresión y de muerte que acompaña siempre a estas expansiones de una fuerza que lleva en sí la civilización. No de otro modo se iniciaron las conquistas de las Galias y la Germania, en aquellos siglos en que germanos y galos vivían bajo tiendas de cuero, comían carne cruda y se degollaban entre ellos con hachas de sílex. Roma llevaba a ellos la civilización greco latina, fruto del gran mestizaje que las razas de oriente venían realizando en Europa, y que no ha cesado hasta hoy. La llevaba con la espada porque el bárbaro es fuerte y no siempre se persuade por la palabra: como hoy lo hace Italia en Abisinia, el imperio africano, seminegro y salvaje.

No sólo la necesidad de civilizar, la necesidad de vivir, de respirar, justifica ese drenaje de su sangre, apretada como se halla su densa población en tan estrechos límites. No tuvo sin duda igual razón Inglaterra, dueña de extensas colonias en todos los continentes, cuando se abalanzó sobre las repúblicas boers de Sud Africa, democracias patriarcales, de raza blanca, con todos los derechos del mundo para gozar de libertad.

Este inexhausto apetito de tierras, de que padece secularmente la codicia británica, es uno de los hechos más injustos que puedan ocurrir sobre el mundo. Ello no obedece a ninguna necesidad vital, sino únicamente a la exigencia de emplear por todas partes los capitales de una insaciable plutocracia, que explota despiadadamente al proletariado inglés. Esa plutocracia es, en realidad, quien costea la famosa escuadra que defiende sus intereses, pero que, por primera vez en su historia, acaba de demostrar que tanto ella, como las otras formas de la prepotencia británica (su diplomacia, por ejemplo), ya no responden eficazmente a la estrategia de una técnica nueva, y se agitan envueltas por las mallas de una red que las inmoviliza. No se puede invocar siempre el derecho para defender solamente nuestros intereses, y el *bull-dog* británico que sabe gruñirnos con tanta sinrazón cuando se le reclaman las Malvinas, no nos va a convencer de la justicia de sus ladridos cuando se trata de la libertad de Abisinia.

Como desde el principio lo hemos pensado, Italia realizará totalmente la conquista de este territorio, llevando a él una parte de su exceso de población y poniendo en juego su actual capacidad de progreso de que no puede dudarse mientras le dure este aliento de vitalidad que, mañana, cuando le falte Mussolini, no sabemos si logrará emplearlo con igual eficacia. No creemos en el éxito de Inglaterra bajo ninguna forma, puesto que le falla la fuerza, que dió muchas veces el triunfo a su diplomacia. Pero si hoy invoca el derecho, consciente de su debilidad, mañana quizás recurra a los viejos y eternos medios de que todas las naciones echan mano, cuando apoyan su amor a la justicia con el número de sus bocas de fuego. Pero es difícil. Ya no es el mar, es el aire quien resuelve.

Lo demás nos parece confuso. Francia quiere la paz. Alemania, no. Quiere también sus colonias y Hitler espera que Inglaterra se las devuelva. Es el fondo de ingenuidad que todavía perdu-

ra en el alma del bárbaro, aun cuando no puede negarse la justicia que le asiste. Rusia quiere la paz, pero el Japón no. Sin embargo, no creemos en una conflagración que aniquile todos los siglos de cultura acumulados. Aun suponiendo que esta catástrofe se precipitara sobre el viejo mundo, la civilización cambiaría de forma, pero no es posible que desaparezca. Ya no es el patrimonio de una sola parte del mundo, como a la caída del imperio romano. Dos mil años de penetración mediterránea han llevado los gérmenes y hecho florecer en los demás pueblos de Europa una tal riqueza de arte, de ciencia, de industria, que nadie querrá exponerse a su pérdida, y que difícilmente podrá perecer en una conflagración, por más espantable que ella sea. Pero, volvemos a decirlo, no creemos que ésta sobrevenga otra vez. Los pueblos se hallan todavía fatigados para lanzarse de nuevo a una lucha estéril y miserable, como lo es toda lucha por el predominio de una raza blanca sobre las demás.

De allí deducimos que el futuro de América, por ese lado al menos, no debe inquietarnos en una forma demasiado pesimista. Por otra parte, y es elemental, son muy distintos los puntos de vista, mirados desde las dos Américas. La América del Norte o, mejor dicho, Estados Unidos, tienen una civilización ya hecha —a su modo, pero hecha—, y la nuestra está por hacerse. No es de Europa —ya sea por su influencia o su ausencia— de donde nos puede venir el peligro. Es del Norte, exclusivamente de allí. Y no tanto en la forma de una conquista de fuerza, lo cual no es posible por razones morales, aunque no imposible por el poderío militar, sino por la influencia de su cultura apresurada, toda ella viciada por sus orígenes casi exclusivamente nórdicos, sin ese equilibrio de la proporción, de la armonía; sin ese abolengo medular que nos hace a nosotros, latinos, venir del tronco mismo de la cultura occidental, y no partiendo de sus ramas, como un injerto, por más robusto que éste pueda ser. Los frutos de la influencia yankee van siendo ya desdichados, por lo que tienden a destruir nuestra hereditaria personalidad, desviándonos de las rutas seculares. Pueblos nuevos, debemos hallar la unidad de nuestro espíritu en la gran veta original, y no perdernos en un entrevero de moldes mal unidos, sin proporción ni gracia, que en su vulgar facilidad de adaptación traen su no menor incentivo de contagio.

Hace veinte años auguramos, con el triunfo de los aliados,

nuestra convicción de que la Argentina no entraría en la guerra, puesto que ninguna causa ni razón había para ello. Ahora pensamos que la Argentina nada tiene que temer de una conflagración europea, —por lo menos en la forma aniquilante que NOSOTROS sugiere,— puesto que puede sustentarse y defenderse a sí misma, en su espíritu como en su cuerpo, si realmente se lo propone.

Pero, como las ideas vuelan por el aire, no sería difícil, en tan tremenda y no deseada crisis, que algo fundamental repercutiera en su vida: algún sacudimiento profundo que rasgase su caparazón.

Aunque tampoco lo creemos. Nuestro país va tomando el carácter de esas repúblicas prudentes, que si no imprimen al mundo —siquiera sea nuestro mundo sudamericano— el sello de su originalidad, son en cambio por su índole asimiladora y administrativa, un ejemplo de vitalidad, no exento de sello propio. Esto no será genial, sin duda alguna, ni habrá de revolucionar la tierra. Pero, el trabajo siempre es fecundo. Y una obra colectiva puede valer tanto por su armonía como por su audacia.

ERNESTO MARIO BARREDA.



DE EMILIO RAVIGNANI

El doctor EMILIO RAVIGNANI, historiador, ex-Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, director del Instituto de Investigaciones Históricas de dicha Facultad, catedrático de las universidades de Buenos Aires y La Plata, diputado recientemente electo por la Capital en representación del Partido Radical, no teme por el porvenir:

1º En cuanto a recursos materiales, estimo que América posee medios, en caso de guerra europea, no sólo para bastarse a sí misma, sino para abastecer a los beligerantes. Precisamente la población americana tiene una capacidad de producción que día a día va acrecentándose con los progresos de la técnica y el crecimiento demográfico.

Con respecto a fuerzas espirituales estimo que aún no ha logrado la plenitud necesaria. En lo que atañe a la parte ibero-americana, queda aún mucho por hacer. Se sienten en ella demasiado las

influencias externas todavía; no se ha realizado aún la superación de las dificultades que engendran la imitación. Pero en cualquier forma la crisis espiritual de Europa siempre traerá aparejada una honda perturbación en todo el mundo civilizado.

2º La Argentina tiene un solo peligro a temer: que por espíritu de imitación alguien quiera aclimatar a nuestro ambiente la semilla venenosa de la reacción social. Económicamente creo que podríamos bastarnos con el intercambio americano.

No temo a la zozobra de nuestro país. Los últimos 50 años han creado, a mi juicio, reservas espirituales suficientes como para impedir la infiltración de males que puedan provenir del exterior. La generación presente tiene una tarea ardua, por cierto; mas considero que sabrá proseguir victoriosamente la obra de la que nos dió independencia en 1810 y organización nacional, republicana y democrática en 1853, reafirmada a partir de 1912.

EMILIO RAVIGNANI.



DE ALEJANDRO CASTIÑEIRAS

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS, *ensayista y político, diputado socialista al Congreso Argentino por la Capital Federal, autor de Máximo Gorki, El alma de Rusia, Soñadores y realistas, De Platón a Marx, Del pasado y del presente, etc., plantea a su vez un problema político:*

1ª cuestión. — Ante todo, conviene anticipar que no es posible prever las proporciones que alcanzaría un conflicto armado entre las naciones del Viejo Mundo. Si, como suponemos, la guerra se extiende a todos o casi todos los países de Europa, la magnitud de la catástrofe hará que América, en lo que concierne a sus recursos materiales, sufra un golpe muy recio. Dejando de lado una serie de importantes factores económicos de todo orden, cuya enumeración haría muy extensa esta respuesta, bueno es tener presente que no existe todavía entre los pueblos sudamericanos una franca política de intercambio comercial que pueda contrarrestar las consecuencias de un aislamiento más o menos acentuado.

Por otro lado, ¿podrá América librarse del poder que ejercerán las potencias para embarcarla en la contienda y aprovecharse, como aliados, no de sus fuerzas militares, sino, precisamente, de los recursos materiales que consideramos como propios? Todo dependerá de la duración de la guerra y de la marcha de los acontecimientos.

En cuanto a si América dispone de fuerzas espirituales suficientes como para salvar su civilización, y desarrollarla en el futuro, respondo en la siguiente forma: Si lo que entendemos como civilización europea sufre, durante o después de la guerra prevista, una transformación profunda, lo que no sería difícil, poco valdrán las todavía no muy homogéneas fuerzas espirituales de América para garantizar un futuro —moral, político, social e intelectual— que se distinga en lo esencial del que triunfe o impere en el Viejo Mundo. Partiendo de la base de que nuestro continente está integrado por una serie de países que se califican hermanos, quizás se salve algún principio político o económico que nos ayude a darnos una fisonomía propia.

2ª cuestión. — Los interrogantes que plantea la segunda cuestión, creo contestarlos, en parte, con lo que expreso al referirme a la primera pregunta. Sin embargo, agregaré lo siguiente: si América permanece neutral, la suerte de la Argentina será una, y otra muy distinta si América o parte de ella se ve forzada a participar en el conflicto imaginado, directa o indirectamente.

En el primer caso, creo que una estrecha e inteligente hermandad económica, política y espiritual entre los pueblos sudamericanos podría ser muy fecunda para depararnos un porvenir envidiable. En el segundo caso, en cambio, correríamos la suerte que corran los países a los cuales, forzados o por propia determinación, nos veamos obligados a aliarnos. De cualquier manera, en ambos casos, la Argentina se vería frente a un grave problema de orden económico que requeriría suma prudencia y sabiduría para resolverlo sin mengua del bienestar del pueblo.

Pero, y ahora soy yo el que formulo una tercera y no menos inquietante pregunta: en la próxima gran guerra, que tarde o temprano tendrá que estallar si las potencias europeas prosiguen su desenfrenada carrera armamentista, ¿qué deberemos hacer, ya no para salvar nuestras riquezas, sino para salvar de la barbarie al mundo del cual formamos parte? Porque, tal cual está planteado el conflicto, no

es difícil predecir lo que ocurrirá en Europa, y aún en América, si llegaran a triunfar los gobiernos que sueñan transformar la humanidad en una cárcel. La reciente conversión de Romain Rolland es muy significativa para los que consideramos la libertad como un bien supremo...

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS.



DE JORGE LUIS BORGES

JORGE LUIS BORGES, *el prestigioso poeta y ensayista, uno de los abanderados de la nueva generación literaria surgida alrededor de 1921 (Fervor de Buenos Aires, Luna de enfrente, Inquisiciones, El tamaño de mi esperanza, El idioma de los argentinos, etc.), confía en América:*

El desorden de ritos, de recuerdos, de inhibiciones, de aptitudes y de hábitos que integran la cultura occidental, no están a merced de una guerra —aunque las novelas de H. G. Wells digan lo contrario. Ustedes me preguntan si América “posee recursos propios materiales y fuerzas espirituales suficientes para salvar y desarrollar su cultura, en caso de otra guerra europea”; yo les respondo que la de 1918 fué resuelta precisamente por “recursos materiales” americanos. En cuanto a “fuerzas espirituales”, falta probar que las exportaciones de América son inferiores a los importes. Por ejemplo: hace algo más de medio siglo que la poesía lírica francesa vive de Whitman y de Edgar Allan Poe.

La segunda pregunta es harto difícil. De las diversas políticas raciales que se ejercen aquí (todas absurdas, ya que nuestra empresa más alta, la guerra de la independencia, fué una rebelión de los hijos contra los padres, vale decir una ruptura de esa continuidad de la sangre) entiendo que la francesa es la peor. El inglés puede repetir: *My country, right or wrong*, pero no identifica los intereses del Universo con los del Imperio Británico. (Bertrand Russell dijo hace poco que si nuestra cultura occidental se desmoronaba, podían reemplazarla los chinos.) El italiano juega a la mera latinidad; el español exige que de vez en cuando recordemos que es un hidalgo, que ha conocido tiempos mejores. El francés,

en cambio, es el hombre que identifica el destino del Universo con el de la *sous-préfecture*. Otras naciones pierden una guerra y dicen ¡mala suerte!; el francés no concibe que la ocupación de Ménilmontant por una compañía de zapadores de la reserva de Mecklenburg no sea una catástrofe cósmica. De ahí, su ingenua prédica de un deber universal de "salvar a Francia" en cada uno de los duelos periódicos, previsibles y nada interesantes que mantiene con el "sale Boche". De ahí también, el riesgo de que nosotros intervengamos, por deseo de figurar.

No soy más germanófilo que francófilo. Mauthner y Valéry, Schopenhauer y Montaigne, Hoelderlin y Verlaine, tienen mi preferencia de años e igual. ¿Pero qué tendrán que ver esos altos nombres con el oro, el hambre y la muerte?

JORGE LUIS BORGES.



DE F. ORTIGA ANCKERMANN

FRANCISCO ORTIGA ANCKERMANN, *el culto humorista tan celebrado bajo el seudónimo del PESCATORE DI PERLE, ha contestado indirectamente con un sabroso e intencionado cuento, cuyo espíritu no puede ser más desoladamente pesimista:*

Herr Max Trendelenburg von Baumgartner es un caballero alemán, robusto, sanguíneo y que se expresa con extraordinaria violencia. Naturalmente adivino el motivo de su visita: viene por algo que se relaciona con Hitler. Y, naturalmente, me equivoco, porque se apresura a explicar:

—No señor. No vengo a hablarle, ni de Hitler, ni de Mussolini, ni de Stalin. Yo no soy psiquiatra: soy doctor en teología de la Universidad de Gotinga, y en la de Heidelberg he sido diez años profesor de filología románica comparada.

Saluda, se sienta, y continúa:

—Precisamente esta condición de filólogo románico es la que me trae aquí. Yo domino en absoluto todas las lenguas románicas, desde el latín ciceroniano hasta el francés elegante y armonioso de Charles Maurras, pasando por el toscano, el provenzal, el rumano

y el catalán. Notará usted que me expreso muy bien en castellano y apenas si se me nota un leve dejo teutónico. Pero no puedo escribir en español. Es un fenómeno, una cosa extravagante: en cuanto quiero redactar un párrafo con cierta corrección, se me produce un entrevero de lenguas románicas en los puntos de la pluma, y me salen latinismos mezclados con palabras portuguesas, giros franceses y modismos italianos. Y es porque estos idiomas se parecen demasiado entre sí.

—Los une un parentesco demasiado estrecho — digo..., por decir algo.

—Exactamente. Y obedece mi visita al deseo vehemente de que usted dé forma literaria o periodística a mis ideas.

—Usted dirá cuáles son.

—Sí, yo las diré. He pasado muchos años estudiando a la humanidad y me he formado, acerca de su desarrollo y progreso, una teoría sumamente exacta.

—¿Es historiador el señor?

—¡Ni por sueños! Desprecio profundamente a los historiadores por su imaginación desordenada y su apasionamiento demasiado humano. La historia es un género literario tan frívolo y baladí como la comedia francesa o el cuento policial. Y yo soy un espíritu científico. He estudiado el desarrollo de la humanidad sin preconcepciones partidistas, sin odios políticos, sin abogar por la derecha ni por la izquierda. He considerado a los hombres como el naturalista observa a los coleópteros o a los espongiarios: sin apasionamientos y con entera imparcialidad. Para mí todos los hombres son iguales, es decir, unos bichitos mucho menos interesantes que las hormigas, las abejas o las arañas.

—¡Diablo! Siempre hemos creído que el hombre es algo más importante.

—¡Profundo error! Cuando usted dice *el hombre* piensa en Esquilo, en Cervantes o en Goethe. Pero eso es como si usted, al mencionar la hormiga, pensara en algún ejemplar monstruoso, tal como una hormiga de dos cabezas o de siete patas. Esquilo, Cervantes y Goethe son monstruos, no son el hombre. Cuando decimos la hormiga, nos referimos a todos los componentes, sin distinción, de esa fila negruzca de bichitos que se están devorando un rosal o un geranio. Cuando decimos *los hombres*, no tenemos que aludir a las mons-

truosidades humanas más o menos geniales, sino al empleado de la Municipalidad, al cobrador de la luz eléctrica, al dueño de la tintorería, al diputado nacional, al tipo medio, en fin, de humanidad que forma las ciudades y constituye las naciones.

—Ya lo voy entendiendo mejor.

—Me alegro mucho. Yo, señor, he meditado largos años sobre todos los problemas que se refieren a lo que nosotros, los profesores alemanes, llamamos el *Aufklärung*, que es la ilustración de los espíritus, el *Geisteskultur*, que es la cultura del espíritu, y el *Bildung*, que es la cultura intelectual. Y desde este punto de vista, señor, puedo asegurarle que la humanidad no ha progresado absolutamente nada desde la época de las cavernas hasta el año 1936.

—Me parece un poco exagerado.

—Insisto, señor: ¡absolutamente nada! El progreso es puramente material. ¿Y sabe usted en qué consiste? En que en el año 1936 una gran señora se traslade veloz y cómodamente en un automóvil de ocho cilindros o en un avión de tres motores para escuchar misa o para ir a consultar a una adivina. El confort material es del siglo XX, pero la cultura intelectual es la misma de la Edad Media. Esa muchedumbre de 80.000 antropoides que se desgañita en un estadio deportivo, ¿no es la misma muchedumbre de 80.000 antropoides que se desgañitaba en un estadio o en un coliseo de la Roma de la decadencia?

—Es usted muy exagerado. No todos son iguales. Hay hombres inteligentes...

—Siempre los ha habido. Son los mismos de siempre. ¿Hoy se puede hablar con Einstein o con el conde de Keyserling? Pues antes de J. C. se podía hablar lo mismo, fíjese usted bien: ¡lo mismo!, con Heráclito o con Pitágoras, con Sócrates o con Eurípides. En la Edad Media, Rogelio Bacon. Luego Erasmo y Swift, y Voltaire, y el Padre Feijóo... Siempre ha habido unos pocos y siempre han sido lo mismo. Pero, repito, eran extraños a la humanidad como resultaría Einstein en medio de esas multitudes filodeportivas.

—No es igual. Hoy todo el mundo lee.

—Es un detalle sin importancia. ¿Qué leen?... Pero nos estamos desviando de la cuestión que me ha traído aquí. Y es la exposición sistemática de mis ideas.

—Empiece usted.

—Gracias. Como soy un espíritu sumamente metódico y ordenado, empezaré por el principio.

—Muy bien pensado.

—Es decir, por el Génesis. Usted sabe lo que dice el comienzo del Génesis: que en el principio reinó el Caos. ¿Cuánto tiempo reinó? Muchísimo. Según la geología y la paleontología, el hombre apareció en la Tierra hace cuarenta millones de años (40.0000.000), y Jehová sacó el mundo del Caos hace sólo unos nueve mil (9.000). De modo, pues, que el Caos duró exactamente 39.991.000 años. Es un período bien largo, ¿eh? Y fué la época perfecta, cuando el hombre no tuvo la menor contrariedad ni preocupación.

—Audaz afirmación, porque no tenemos la menor noticia de lo ocurrido entonces. No hay historia anterior al Génesis.

—Precisamente. No hay historia. Y usted lo sabe como yo: "los pueblos felices no tienen historia". Por eso no la tuvo el Caos, porque fué el reinado de la felicidad. Entiéndalo usted bien, señor: el Caos es el estado perfecto de la humanidad. Hace 9.000 años, Jehová quiso introducir novedades en el Cosmos, y decidió acabar con el Caos. Y un escritor francés de tanto crédito como Paul Louis Courier nos dice que en ese preciso instante un caballero del partido conservador, alarmado por el espíritu progresista y revolucionario del Omnipotente, le gritó con todas sus fuerzas: "¡Señor, consérvenos el Caos!"

—No conocía el episodio.

—¡Sublime, señor, sublime! Esa frase del caballero conservador encierra toda la sabiduría universal. El estado natural del hombre es el Caos. Vivió 39.991.000 años en él y se acostumbró demasiado. En cuanto el Creador lo inició en la Civilización, y puso a su alcance el famoso Arbol de la Ciencia, comenzó a ir todo como el diablo. El mismo Jehová tuvo que sacarlo cortito a Adán y a toda su parentela del Paraíso. Y qué desbarajuste sería en aquellos instantes la Tierra, señor, cuando el propio Jehová se arrepintió de su obra y resolvió volver al Caos mediante el Diluvio Universal. Pero, tuvo una inexplicable debilidad: la de salvar del general naufragio a un casal de cada especie orgánica: una pareja humana, una pareja de jirafas, otra de cucarachas, otra de espiroquetas pálidas, etc., etc. Y en cuanto se multiplicaron, otra vez apareció la horrible civilización y se reprodujo la desdicha universal.

—Es una teoría.

—Es la pura verdad, señor. El hombre tiende inconscientemente al Caos. Sabe instintivamente que el Caos es su salvación, es la felicidad absoluta, y toda la historia humana no es sino una serie de tentativas para lograr ese ideal. Así tuvimos un buen ensayo, que fué la Edad Media. Pero volvimos a civilizarnos y a sufrir. Hace poco el hombre intentó una conflagración bélica en gran escala que nos puso a las puertas del Caos. Y nos quedamos en la puerta, no entramos. Pero, ahora sí, la guerra que se prepara en estos momentos será definitiva y total, será la muerte y el fracaso final y estruendoso de la civilización. Entraremos en el Caos para siempre jamás.

—Es usted el filósofo más catastrófico que he conocido en mi vida.

—Soy simplemente lógico. He estudiado a fondo y con delicadeza la estupidez humana y sé perfectamente a qué conduce.

—Si yo tuviera semejantes ideas me suicidaría.

—Caería usted en un profundo error. Hay que vivir. Por algo somos absurdos. A mí no me gusta el suicidio. Prefiero la cerveza. ¿Quiere usted que la acompañemos con unas *delikatessen*?



Y media hora después estábamos en un bar alemán ante sendos medios litros con mucha espuma.

PESCATORE DI PERLE.



DE LUIS PASCARELLA

El doctor LUIS PASCARELLA, abogado, ensayista, novelista y comediógrafo (El conventillo, El fenómeno, Cuervos caseros, Socialista criollo, etc.), escribe:

En el número 121 de NOSOTROS (mayo de 1919), al publicar la traducción de un manifiesto aparecido en la revista italiana *Politica*, inserté una síntesis de la trayectoria histórica de la humanidad, fundada en las teorías de Gumplowicz.

Como los hechos que se han venido sucediendo desde entonces,

comprueban, en mi concepto, la solidez de esas teorías, es a tenor de las mismas que me permito contestar las preguntas que formula NOSOTROS en la encuesta que sobre la "próxima" guerra desea publicar al iniciar su segunda época, que es de esperar sea próspera y fecunda para la cultura nacional.

Pero antes de contestar concretamente las preguntas, séame permitido disentir con el tono apocalíptico de la circular en cuanto califica de "terrible acontecimiento", y le asigna desde ya a la "próxima guerra europea" proyecciones hecatómbicas, semejantes a la que produjo la "ruina" del Imperio Romano.

En primer lugar la ruina o caída (yo diría: transformación lógica de dicho Imperio), no fué la consecuencia inmediata de un "hecho de armas", sino el resultado de los cambios sucesivos operados con el andar de los días, en aquellos campesinos-soldados a quienes la guerra, para traducirse en negocio redituativo, les exigía la práctica de rudas virtudes e ininterrumpidos sacrificios. Después de las guerras púnicas y la conquista de Grecia y Oriente, los descendientes de los primitivos campesinos se convirtieron, unos en enriquecidos ávidos de placeres y de lujo, y otros, los más, sin duda, en plebe ansiosa de espectáculos que hoy se nos antojan salvajes, pero que en la época debieron producir los mismos efectos "espirituales" que los partidos de fútbol y las vertiginosas carreras de vehículos mecánicos. Si se agrega que el trigo de Egipto ("bueno y barato") y los "hijos de Cartago", contribuyeron al abandono del cultivo de las tierras del Lacio, se comprenderá por qué los antiguos campesinos-soldados se convirtieron en pretorianos y legionarios que asesinaban emperadores para poder adjudicar el Imperio al mejor postor.

Por lo demás, esa civilización se basaba en la esclavitud, institución que no tenían los "bárbaros" germanos, no porque sus sentimientos humanitarios estuviesen más desarrollados, sino porque no lo permitía su carácter de tribus ambulatorias. Cabe agregar, también, que si la caída del Imperio significó una catástrofe, *pars magna* fué en su producción el cristianismo. Recuérdese que el concilio de Nicea y la división del Imperio, principio de su descomposición, se produjeron en el siglo IV. De ahí que si la catástrofe se produjo por la desaparición de aquellas virtudes catonianas que consideraban lícita y honesta la venta de los esclavos viejos o en-

fermos, trajo, en cambio, el concepto de la igualdad ante Dios de todos los seres humanos, como preludio de la "igualdad" ante la ley, que, a su vez, no es más que la antecámara de la igualdad ante los bienes terrenales, supremo anhelo de las actuales multitudes...

Con esto he querido significar que el "fenómeno" guerra debe observarse y estudiarse con el criterio que se observan y estudian los fenómenos "naturales", teniendo en cuenta que si bien los diluvios y ciclones destruyen, no puede negarse, que también "crean".



En lo que se refiere a los puntos concretos de la encuesta, contesto:

La Argentina, por su composición étnica, por la extensión de su territorio y por la calidad de sus tierras y riquezas naturales que contiene, posee elementos suficientes para *vivir* y aún desarrollar su cultura de acuerdo con los principios que informan la llamada civilización occidental, vale decir, religión cristiana, propiedad individual, familia monogámica y forma de gobierno más o menos democrática.

En cuanto a los efectos más generales de la temida guerra (calamidades a un lado), considero que se traducirán fatalmente en la desaparición de las pequeñas nacionalidades (*unificación* de las diversas "hordas") y en la desaparición de las "clases" (*nivelación* de los componentes sociales), siendo el capital (aunque no bajo la forma de *capitalismo*), factor determinante del predominio.

El progreso mecánico, fruto de la actividad cerebral de algunos individuos, alimentará cada vez más la psiquis de las multitudes, atrofiándosele la facultad de apreciar los elementos de las artes clásicas (proporción armonía, serenidad, etc.), para ser sustituida por la que permita apreciar el *movimiento* en forma de sensaciones cada vez más cambiantes y galopantes. Las disciplinas de pura especulación (Religión, Metafísica, Filosofía, etc.) serán substituidas por las artes que ofrezcan una indiscutible "utilidad social". En las clases de cultura general, los "manuales" reemplazarán a los "compendios" de Historia, Filosofía, Literatura, etc., y las generaciones que nazcan bajo el nuevo régimen, podrán afirmar con orgullo que son "animales conscientes de su animalidad".

No me atrevo a vaticinar en qué grado nos alcanzarán tales

efectos, aun cuando presumo que sea cual fuere su extensión, no perturbarán la marcha de nuestro pueblo mientras tenga *pan* (en la acepción más amplia de este vocablo), dado que el nivel cultural desde los comienzos del presente siglo ha sido inferior al acusado por el último tercio del siglo pasado, sin que por eso las cifras estadísticas hayan dejado de pregonar el acrecentamiento de lo que vulgarmente se entiende por "progreso".

Repito, por último, que el fenómeno "guerra" no debe apreciarse con el criterio de un aspirante al premio Nobel, o el de un especulador en títulos, o el de una niña que ve partir el novio para "el frente", sino con estricto criterio histórico, teniendo en cuenta que pese al *avance* de la civilización, de las rogativas religiosas, de los cabildeos diplomáticos y demás medios, "puestos en juego", las guerras, a contar desde el tratado de Westfalia (para comenzar después del Diluvio), han presentado estos dos rasgos fundamentales: a) que son cada vez más generales por la extensión que abarcan, en el sentido de los países que participan de las mismas; y b) que cada vez son más universales por los elementos que intervienen (jóvenes, viejos, mujeres, niños y hasta los perros y las palomas. Directa o indirectamente, la ciencia, las artes, las industrias, el comercio, todos deben aportar su contribución).

Nada autoriza a presumir que la "próxima" no abarque mayor superficie terrestre que la de 1914, como tampoco de que alguien se sustraiga al "enrolamiento".

LUIS PASCARELLA.



DE DELFIN IGNACIO MEDINA

El doctor DELFÍN IGNACIO MEDINA, abogado, periodista, ex-director de La Fronda, militante destacado en el movimiento nacionalista, es optimista con respecto al porvenir de América:

Agradezco a NOSOTROS la oportunidad que me brinda de exponer mis puntos de vista acerca del momento angustioso que vive el mundo, tanto más cuanto que considero que ellos no han de coincidir con los de su dirección, bicéfala como las águilas de la heráldica.

No se necesita ser un profeta o un arúspice para comprender que en Europa ha sonado otra vez la hora de la espada. Esta es la ley ineluctable de su evolución. Pero no participo de las alarmas que con respecto a la suerte de la civilización occidental se propalan en algunos diarios y sectores de opinión. La guerra no mata la civilización, y antes bien ésta ha nacido, se ha renovado y consolidado en los campos de batalla. Todas las naciones de Europa han sido hechas con las armas en la mano, y el esplendor de su poderío y de su cultura coincide con los períodos de su gloria militar. Los pueblos no pueden substraerse a las leyes de las especies y por eso a pesar del vapor, de la electricidad, de la radiotelefonía y la Sociedad de las Naciones, el hombre sigue en las cavernas. Solo han cambiado de forma: antes eran cóncavas y en las rocas; ahora son longitudinales, construídas en la tierra sinuosa de los campos atrincherados. "La guerra es un estado natural", decía Napoleón. Es un estado natural en los pueblos y en los hombres.

Si no fuera por la legislación represiva y el temor a la fuerza pública, cuántos pacifistas tomarían un fusil para hacerse una propiedad o asegurarse un derecho. La guerra sólo mata a los soldados que caen gloriosamente en ella. La Historia sigue su curso, los pueblos sus destinos. La civilización es trofeo de vencedores. Lo fué de los persas, de los griegos, de los romanos, de los germanos, de los ingleses, de los galos, lo será siempre del más fuerte.

Pero desde luego que la guerra saca las cosas de su quicio; los hombres de sus hogares, los labradores de sus campos, los obreros de sus fábricas, el oro de sus arcas, el trigo de sus graneros. La economía se trastorna, los mercados se revolucionan, los especuladores atacan en orden oblicuo y la iniquidad mercenaria se consume. Pero la civilización no puede morir en manos de unos cuantos judíos. La civilización no es una moneda de oro y las civilizaciones más gloriosas no han sido las más opulentas: los fenicios no tuvieron nunca un Partenón.

No soy espengleriano y espero la guerra sin otra inquietud que la nacida de mis sentimientos de solidaridad humana, por los sacrificios que comporta, aun reconociéndolos como materia inmortal de la epopeya.

Dentro de este concepto no puedo pues atribuir mayores riesgos a nuestra situación frente al conflicto que Hitler está apurando

a paso alemán. La Argentina deberá mantenerse neutral de acuerdo al clásico derecho de gentes anterior al experimento wilsoniano de Ginebra que resulta por un sarcasmo del destino, la causa de la nueva conflagración. Debemos abandonar nuestro puesto en aquellos consejos y comités, alejándonos presurosamente del dédalo de la política europea, que vuelve otra vez a concretarse en el conocido juego de su equilibrio continental, en el antiguo cuadro de alianzas y coaliciones políticas o raciales. Nada conseguiremos con nuestras buenas intenciones en el intento de asegurar la paz perpetua, empresa en la cual fracasaron no solo los más avisados cancilleres de la historia, sino filósofos de la estatura de Kant.

Es que la paz de los ideólogos va resultando una noción tan abstracta, como la del tiempo o el infinito. Retirémonos de Ginebra, pero en cambio ocupemos nuestro puesto en América. La conferencia proyectada por el presidente Roosevelt nos ofrece una hermosa ocasión para ello. La situación crítica de Europa, hace precisamente más oportuna la iniciativa del mandatario estadounidense, que vendría así a ser casi providencial para la defensa de los intereses de las naciones americanas. En la acción y la solidaridad panamericana están nuestro porvenir, nuestro progreso, nuestra paz y seguridad. La guerra, por cierto, es para los países productores de materias primas el mejor negocio, pero aún yendo a pura ganancia debemos alejarnos del incendio europeo para concordar una acción continental de seguridad y de colaboración. Acontecimientos recientes han demostrado la necesidad inmediata de esta acción, tanto interna como externa. Solo así las naciones americanas, la Argentina entre ellas, podrán estar a cubierto de las ideologías disolventes que ponen en peligro su tranquilidad y de las expediciones imperialistas que violan su soberanía.

El mejor abogado de nuestra única seguridad es Monroe, y Monroe no está en Ginebra, sino en Washington.

DELFIN IGNACIO MEDINA.



En el próximo número daremos, entre otras, las respuestas de los señores Rodolfo Rivarola, Alfredo L. Palacios, Ramón Doll, Hernani Mandolini, Ramón Suáiter Martínez, Alvaro Yunque y Horacio Rivarola, llegadas con posterioridad al cierre de esta sección.

VERSOS

AVISOS

I

PORQUE sé que sus luces montan guardia a mi sueño,
porque me siento firme y hondamente porteño;

porque desde el Riachuelo al Río de la Plata
inundan mi ciudad en roja catarata,

desde los complicados de las dos diagonales
que prolongan sus luces por las calles centrales,

a los pintarrajeados que se encuentran a veces
que tienen invertidas las enes y las eses;

porque quiero que sean cantados y alabados,
dejo correr por ellos mis humildes pareados.

II

Es triste descubrir a un aviso, de día,
lo que tiene de engaño y de superchería:

las maderas podridas y los hierros mohosos,
los tornillos torcidos, los clavos herrumbrosos,

los focos de colores sucios y desteñidos,
y los hilos eléctricos cortados y añadidos.

Y resulta pequeña, viendo cosa por cosa,
la obra que en las sombras parecía grandiosa.

Pero en cuanto se acerque la hora vespertina,
será hito de luz de plantón en su esquina,

cicerone seguro de todo ciudadano,
monarca luminoso con el cetro en la mano;

lo envidiará la luna de pálido alabastro,
prisionero en su órbita, se apagará algún astro,

y se hundirá una estrella, con un gesto mohino,
en la nube más negra que tope en su camino.

III

Con un palacio árabe caminando me encuentro,
perdido en una calle populosa del centro.

Tiene un portal enorme clavadizo y labrado
y ventanas esbeltas a uno y otro costado,

y sobre todo el frente oscuro y majestuoso,
danzan los caracteres árabes sin reposo.

Y la visión total, y el detalle pequeño,
desdibujan las formas e incitan al ensueño

hasta que me parece ver surgir de la nada
la mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada.

De repente se esfuma el romántico hechizo,
se ilumina la casa de un resplandor rojizo

y leo dos avisos que estallan en el muro:
en uno dice "Baños" y en otro "Pedicuro".

IV

Si quieres ver avisos, súbete a una azotea,
de noche, no hay ninguno que de allí no se vea.

La vista por un lado y por el otro vaga,
el uno que se enciende, el otro que se apaga.

Se dijera que hay una fogata en cada esquina
que diluye sus llamas en la tenaz neblina,

mientras el centro mueve grandes decoraciones
como un truco fantástico de pintados telones.

V

Confieso que me gustan igual que los mejores
los tubos de cristal con luces de colores.

Los hay rojos, de tono vibrante y atrevido
que tachan la ciudad de un trazo decidido;

los hay verdes, que hacen de víbora el oficio
y ocultos en las gárgolas de algún viejo edificio

acechan al peatón desprevenido para
ponerle su espectral mordedura en la cara;

y alguno azul se torna flecha civilizada,
pobre flecha sin arco apuntando a la nada.

Es claro que me gustan de noche solamente,
cuando se ve un rebaño presuroso de gente,

cuando los cafetines y teatros están llenos,
y las bocinas urgen, y chirrían los frenos,

porque en cuanto se anuncie la claridad del día,
se desvanecerán su luz y su alegría,

y el colorado, el verde y el azul que antes viste
serán un solo tubo lánguido, exangüe y triste.

VI

Ayer llegué del campo, donde pasé unos meses,
y me encontré la urbe distinta que otras veces.

No podía amoldarme al ritmo ciudadano,
siendo porteño, me sentía provinciano.

Entré a mi casa un poco confuso y aturdido,
me asombró el ascensor y su ronco zumbido,

y antes de abrir la puerta de mi departamento,
me acerqué a una ventana lleno de desaliento,

pero sólo vi el túnel inmenso de la noche,
y en la calle, rastrera, la figura de un coche.

De pronto tras el vidrio opaco por mi aliento,
vi un aviso lejano que se encendió un momento,

y ese relampagueo vagamente rojizo
revivir el moderno Buenos Aires me hizo.

El colectivo, el ómnibus, el "taxi" y el tranvía,
las bocinas en una salvaje sinfonía;

los cines vomitando gente de sus entrañas,
rascacielos en franca lucha con las montañas,

diagonales y calles, paseos y avenidas,
surcadas por vehículos de líneas atrevidas;

aquí el pico tenaz rompiendo y demoliendo,
y enfrente el poderoso cemento construyendo

y amontonando un piso encima de otro piso
con esa sencillez sublime de lo liso,

en una confusión de andamios complicados
que dibujan triángulos, trapecios y cuadrados.

Y todo Buenos Aires, lo grande y lo pequeño
desfiló por mi mente rápido como un sueño.

Y entré como si hubiera corrido calle a calle
Esmeralda, Suipacha, Corrientes y Lavalle.

TARDE

(SONETO)

ERA una de esas tardes sin sentido
que atraviesan el tiempo sin provecho,
en las que el cielo nos parece estrecho
y dura cárcel el ligero nido;

en las que uno se siente arrepentido
y está seguro de que nada ha hecho,
se adivinan las Parcas al acecho
y se odia el color, y se odia el ruido.

Era una tarde hipócrita y desierta,
era una tarde desmayada y huera,
era esa hora adormilada y muerta

en que uno espera sin saber qué espera,
y cada vez que llaman a la puerta,
o es la mucama, o es la cocinera.

EL BOTE Y LA MARIPOSA

(ROMANCE)

JUNTO al borde de la acera,
con rumbo a la esquina próxima,
navegaba el barquichuelo
con una carga preciosa.
¡Sobre el bote de papel
había una mariposa!
Resuenan en la cubierta
huecamente algunas gotas
que corroen la sentina
y que humedecen las bordas.
Ya se va llenando de agua,
ya no funcionan las bombas,
ya se le vuelan las velas,
ya se sumerge hacia popa...
y hete aquí que ofrece al viento
sus alas la mariposa,

que se convierten en gaviás,
foques, cangrejas y escotas,
y con su empuje dulcísimo
lo llevan de costa en costa,
capeando los temporales
y despreciando las olas.

JAGÜEL

(DÉCIMA)

Los jagüeles son así:
una retorcida V
y el peligro del traspíe
acechando aquí y allí.
En cambio el jagüel que vi
a lomos de mi corcel,
ese, tirado a cordel,
del pueblo en el arrabal,
brillante y dominical,
ese jagüel, no es jagüel.

SEGUIDILLAS

CURIOSIDAD

Súbete a una azotea,
curioso eterno,
para ver la más alta
casa del pueblo.
Y la más alta
es la rampa helicóide
de una araucaria.

REPROCHE

El cura que maneje
su propio auto
perderá siempre un poco
de su recato.
El mejor cura
deberá montar siempre
la peor mula.

SALUDOS

El único saludo
que usa este pueblo
es un "adiós" larguísimo
dulzón y lento.
La última parte
se pronuncia aflautada,
casiailable.

NOCHE

Al borde del camino,
negras, violáceas,
los árboles elevan
moles fantásticas.
¡Y en estas sombras,
habrá trinos de pájaros,
luego, a la aurora!

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO.

MUERTES DE EUROPA

RUDYARD KIPLING

CON Rudyard Kipling, Inglaterra ha perdido uno de los mejores elementos de su unidad imperial. Sus obras nos hacen recordar las campiñas del Devonshire, las ciudades brumosas del Lancashire o las rocosas colinas escocesas; hacen vivir ante nuestros ojos las lejanas tierras de las colonias o dominios británicos. Haciendo vibrar al unísono los corazones de las "Cinco Naciones", Kipling ha sido el creador del sentimiento imperialista en el Reino Unido. Y lo curioso es que por el lugar mismo de su nacimiento, parecería que hubiera sido predestinado para encarnar al poeta de la "Gran Inglaterra".

Efectivamente, el 30 de Diciembre de 1865 nació Kipling en Bombay, corazón de aquella India misteriosa y atrayente, cuna de nuestra raza y depositaria de una sabiduría milenaria.

Desde sus primeros años, su "ayah" le iniciaba, por intermedio de fábulas y leyendas, al pensamiento hindú, la más trascendental quizá de las filosofías, y, a la par, le inculcaba el sentimiento, muy británico por cierto, de la superioridad de la raza anglosajona.

Cuando cumplió seis años, su padre, conservador del Museo de Lahore, lo mandó a Inglaterra, a Portsmouth, como pensionista de una familia puritana — ambiente que recordó cuando escribió su novela *La luz que se apaga*. Cinco años más tarde entró en uno de esos criaderos humanos que los ingleses nombran: "Boarding School" y que fabrican hombres "standard", activos más que meditativos, sanos, rectos, bien integrados al grupo social y de utilidad para la colectividad.

Es en este colegio que Kipling empezó a pensar imperialmen-

te. Es verdad que ya su naturaleza le inclinaba hacia esta actitud interior, mas allí, rodeado por hijos de funcionarios o militares coloniales, tuvo revelación de la grandeza de la obra realizada por ellos, allá lejos, en toda la extensión del imperio británico.

Alumno rebelde, no le interesó el programa educativo del internado, pero se entusiasmó, al contrario, por los mejores escritores ingleses, los más succulentos franceses y hasta por los mejores autores moscovitas. De allí que en Kipling no se sienta la huella de la enseñanza clásica, el armazón interior nacido de la lenta, metódica y dogmática elaboración intelectual. Nadie es menos humanista que él, nadie más humano quizá. En vez de ver al mundo y a los hombres a través del velo irisado de los libros, los vió en la más cruda y hermosa realidad.

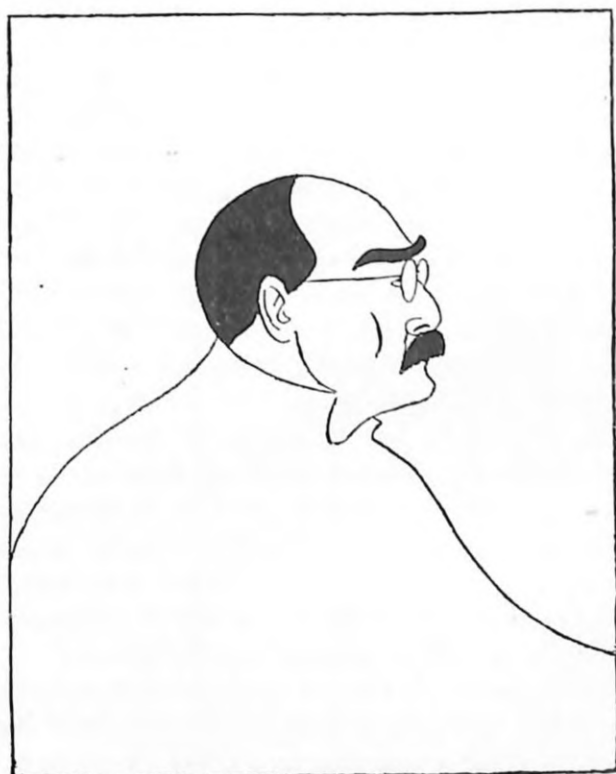
Efectivamente, al cumplir los diez y seis años su padre le plantea el dilema: Oxford, Cambridge, — una carrera — o la India, la Epopeya Imperial, la Aventura. No vaciló. En Setiembre de 1882, deja la metrópoli rumbo a la península misteriosa. Inmediatamente, sobre el mismo Támesis, Kipling tiene una primera visión, inolvidable, del poderío británico. Ve el ininterrumpido desfile de los "steamers" que aportan, como imperial tributo, la riqueza mundial al corazón de la Madre Patria. A los pocos días... Gibraltar; más tarde... Malta... Suez, Aden, la India.

¿Cuál iba ser la profesión de este joven sediento de aventuras, deseoso de conocer el país, los indígenas, los colonos ingleses? Una, y sólo una, reunía las condiciones requeridas: el periodismo.

Repórter de *La Gaceta de Lahore*, viaja del Himalaya al mar del Deccan, habla con aquellos funcionarios o militares con quienes soñara otrora, con todos aquellos delegados de su raza que mandan a cuatrocientos millones de seres humanos, siendo ellos mismos los fundadores, la armazón y los primeros servidores del Imperio. A este contacto, comprende el alcance, el valor y la grandeza de aquella religión del deber que sus profesores le han inculcado a él, que han inculcado a todos esos hombres.

A la par que repórter, Kipling ya empieza a ser el mejor "Short-story writer" de su periódico, y pronto sus cuentos, en los que ha vertido toda su experiencia visual, empiezan a conquistarle el público londinense. A los veinte años ya ha terminado sus *Plains Tales from the Hills*, que le hicieron célebre de un día para otro.

Cuatro años más tarde, en 1889, vuelve a la "Vieja Inglaterra". Esta vez sale para Londres vía el Pacífico, Estados Unidos, el Atlántico. La fuerza y el prestigio de Inglaterra se concretizan para él como en muchos en la "Unión Jack" que flamea en todos los continentes y en todos los mares.



RUDYARD KIPLING

Durante este viaje, su espíritu se ancla definitivamente en la convicción absoluta de la superioridad británica. Y es esta convicción que le incitó a cantar la Epopeya imperial de Inglaterra, a cantarla, tanto en sus versos, como en sus cuentos y novelas ya que, como dicen los hermanos Tharaud: "De todos los acontecimientos que, a partir de Roma, han transformado el mundo, ninguno le parece tener más importancia que la conquista de la tierra por los de su raza. Se siente elegido, de toda eternidad, escogido por la Pro-

videncia para ser el heraldo de esta gigantesca empresa." Y él mismo, en uno de sus poemas — In the Neolithic Age — exclama:

Era el cantor de mi clan
en la turbia Aurora del Hombre.
Cantaba nuestros combates,
nuestros temores
y todo lo que sentíamos.

¡Bardo del Clan! nada más verdadero. Anglo-sajón, Kipling admira a los de su raza; sabe que ninguno puede faltar al honor insular que ordena a cada hombre ser recto, valiente y enérgico; sabe que nada, ni siquiera una mala educación, puede debilitar a un anglo-sajón: por poco que las circunstancias se lo permitan o le obliguen a ello, se enderezará; y he aquí el significado, la enseñanza de sus *Capitanes valientes*. Además, este libro muestra cómo los de su raza comprenden y aplican la antiquísima ley del Clan: Para luchar es menester apoyarse en los otros hombres cuidando siempre la integridad de su individuo.

Efectivamente, desde que el mundo es mundo, para vivir es preciso *querer* vivir. No se puede tener esa voluntad si se está aislado en medio de las fuerzas destructoras de la Naturaleza, es necesario que el hombre se sienta protegido, envuelto por esa oscura voluntad colectiva — la del Clan. De allí que todo lo que se hace por el Clan es bello y digno y todo lo que se pueda hacer en su contra, por legítimo que fuese, es feo e indigno.

Para Kipling, pues, Inglaterra no necesita justificarse de sus actos. Todo lo que pueda hacer para su provecho es el Bien. Todos los ingleses tienen por consiguiente el deber de defenderla, tenga o no razón, "My country, right or wrong".

Este culto de lo específicamente inglés, tan novedoso a fines del siglo XIX, nos hace comprender la Revolución que produjo su obra en las letras de su país. Después de un período de arte puramente intelectualista e ideal, Kipling aportó a la literatura inglesa una visión directa de los hombres y de las cosas. En sus libros no cuenta más que lo que ha visto, pero nadie tuvo mirada tan profunda, tan aguda. Como dicen los hermanos Tharaud: "Parece haber nacido en la aurora del mundo, en un tiempo en que los sentidos de los hombres rivalizaban con los de las fieras."

Es su mirada de primitivo con nervios de civilizado que desde un principio condicionó su estilo, tan llano, tan sencillo, tan conciso y sin embargo tan denso, con resonancias tan hondas en el ser interior. El mismo dijo que escribía "simply and directly as children", pero como un niño que recién despertara del sueño de la materia y que, como aquel héroe de *The best History in the world* recordase existencias anteriores.

Bajo la pechera del Clubman de Simla o de Londres, Kipling sabe encontrar al hombre primitivo, salvaje, brutal; y este sondeo seguro, exacto y doloroso para nuestras vanidades de civilizados, nos hunde en una atmósfera de barbarie semejante a la que envolvía a nuestros antepasados de las cavernas. Continuando la antigua tradición indoeuropea, Kipling une nuestras generaciones debilitadas a aquéllas, magníficas de vitalidad y fuerza del pasado de la Raza. Es un primitivo consciente y si todo un aspecto de su personalidad desborda los límites de nuestra civilización, el otro permanece fiel al ideal ancestral. Como el "pequeño hombre" de la Jungla, ha bebido leche de loba, lo que le ha otorgado el don de la intuición orgánica.

Primitivo lo es en todo sentido. Su mundo no es el nuestro, tiene varias dimensiones, penetra al otro, se une a los que fueron. Sus personajes se encuentran con fantasmas, viven con muertos, recuerdan existencias anteriores. Por otra parte, Kipling no da nunca una explicación; cuenta sus alucinaciones, por extrañas que sean, como si fueran reales, lo que explica por qué puso como título *Un becho positivo*, a uno de sus cuentos más extravagantes.

Así es cómo, oponiéndose al cerebralismo delicuescente de los Prerrafaelistas, cantó la virtud humana más digna de ser glorificada, la que permitió que nuestros lejanos antepasados del cuaternario conquistaran el Mundo y la que ha permitido que los ingleses se adjudicaran una tercera parte de la tierra: la energía.

Poeta de la energía, se complace en mostrar el hombre triunfando de las fuerzas antagónicas de la Naturaleza. En los *Libros de la Jungla* glorifica al hombre, o mejor dicho sus cualidades viriles, que son las únicas que admira. Y esto explica su prevención para con la mujer, que disminuye esa virtud convirtiendo al hombre en un ser timorato y débil. Y he aquí el tema que desarrolló en la *Historia de los Gadsby*.

Sus héroes son seres voluntariosos, sencillos, rudimentarios quizá, hombres de acción y no de meditación. Kipling admira estos caracteres salvajes, primitivos, que ya aventureros, exploradores o pionners, ya hombres de negocio de la City, han construido con su sangre y sus esfuerzos el magnífico imperio británico, orgullo de la raza.

Pero si admira las cualidades viriles del hombre, si admira a sus compatriotas que, a su parecer, encarnan más que ninguno estas virtudes, ha vivido demasiado en la India, se penetró demasiado del espíritu oriental para ignorar que siempre es el Destino el que vence; y tenemos la historia de aquel magnífico ejemplar humano, de aquel Dick Helder de *La luz que se apaga*. Pero allí mismo, el hombre vencido, derrotado, anonadado, conserva su voluntad intacta, se yergue contra el Destino y se nos aparece engrandecido por todo lo que ha sufrido y hasta por su mismo fracaso.

Y aquí es donde Kipling se nos muestra en su universalidad, aquí deja lo racial, lo anglo-sajón, lo particular, para llegarse a lo general. Kipling comprende que lo que forma y fortifica el carácter del hombre, lo que lo hace hombre, es el dolor.

Y recordaré, al terminar, las palabras de Bagheera, la pantera, al "pequeño hombre" que llora al conocer por primera vez la existencia de la maldad, del odio y de la iniquidad:

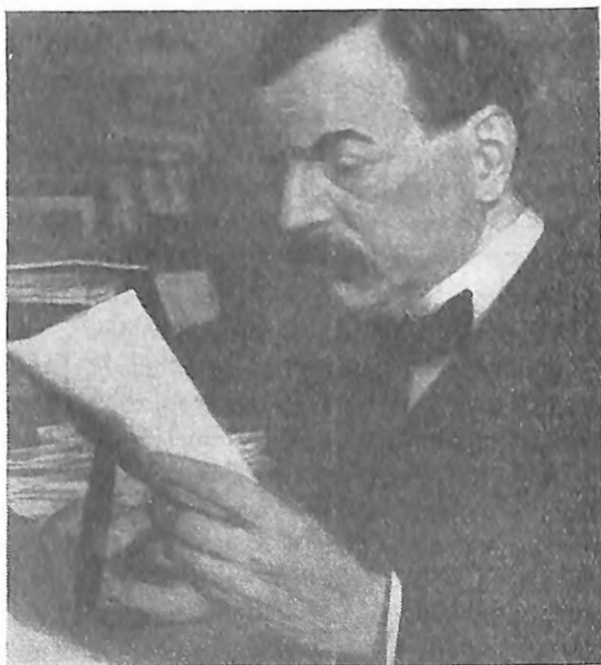
"—Déjalas correr, Mowgli. No son más que lágrimas. Ahora veo que eres un hombre y no ya un pequeño hombre".

PAUL BOURGET

HE aquí a uno de los últimos clásicos de la novela francesa que acaba de desaparecer. Digo clásico porque pertenece por su estilo y sus ideas a la tradición literaria del siglo pasado. En su larga carrera ha hecho los más recomendables esfuerzos para poner a tono su pensamiento serio y formal con el ambiente de la postguerra. Pero en vano. No se puede sacudir así nomás las costumbres mentales de otro siglo, y pocos son los hombres que evolucionan interiormente de acuerdo con la evolución de la Sociedad que les rodea.

Toda su vida ha perseverado en el camino que se había trazado en su juventud. Espíritu escrupuloso, le era difícil concebir

que los demás careciesen de conciencia. En un principio creyó en la infalibilidad de los exégetas laicos, creyó en la rigurosidad de sus conclusiones filológicas como creía en la historicidad de los grandes frescos históricos de Renán. Poco después, y joven aún, comprobó cómo todos sus antiguos ídolos, arrastrados por un furor partidario, habían falseado la verdad. Además, la influencia cre-



PAUL BOURGET

ciente en su espíritu de Herbert Spencer y de Taine trajo como consecuencia su desprendimiento total de sus primeros ideales espirituales. Tanto la teoría de lo Incognoscible, como la lectura de *Les Origines de la France contemporaine*, han llevado a Bourget hacia el Catolicismo.

Otra de las razones que le impulsaron hacia la Religión fué que perteneció a una generación que alcanzó la edad viril hacia 1870, es decir en los momentos más tristes y dolorosos para la conciencia nacional francesa. Para convencerse de esta influencia, no hay más que ver con qué patetismo conmovedor ha analizado el

drama interior de la juventud de entonces en *Un Crime d'Amour*. Esto explica su pesimismo fundamental, pesimismo que la observación de la vida no ha hecho más que reforzar. Es este pesimismo que explica cómo necesitó el apoyo de la Fe para no desesperar totalmente del Mundo y de los hombres.

Es así cómo, desde un principio tomó *posición*, y, ya pintando la vida y la naturaleza de los hombres, ya juzgando los valores intelectuales y morales de su tiempo, se mantuvo firme en ella. Efectivamente, no existe contradicción absoluta entre sus primeros escritos y los que siguieron a su conversión. En sus primeras obras hallamos el germen de casi todas sus futuras teorías. Sin embargo es difícil negar que a falta de cambio radical no exista una evolución marcada de sus ideas: el autor de *Un Divorce* no es exactamente el mismo que el de los *Essais de Psychologie Contemporaine*.

Esta evolución espiritual nos demuestra perentoriamente que Bourget no se momificó en una actitud ideológica, pero que, muy al contrario, y dentro de los límites que él mismo se había asignado, ha evolucionado. Es verdad que esta evolución es la de todo hombre, es la que Meredith caracterizaba con cierto dejo melancólico, diciendo: "Cierra tu Byron, abre tu Goethe".

De su siglo conservó lo mejor: la probidad científica que dan su valor a las obras de un Taine o de un Fustel de Coulanges. Pero es menester distinguir, cuando digo "su siglo", hay que recordar que existen dos siglos XIX, uno romántico, el otro realista: el uno es el de la juventud, el otro, de la madurez. Bourget pertenece a éste.

Efectivamente, fué en 1872 que Bourget se inició en las Letras publicando un estudio sobre *Le Roman d'Amours de Spinoza* en una pequeña revista literaria *La Renaissance*. Inspirado por una anécdota contada por el Dr. Colerus, el joven analizaba con criterio acertado las repercusiones de una decepción sentimental en la vida y obra de Espinoza, análisis que revelaba el mejor método intelectual al servicio de la más aguda sensibilidad.

Es su fecha de nacimiento también la que explica la filiación espiritual de Bourget. Desciende en línea directa de Balzac y de Barbey d'Aurevilly. También quizás de Stendhal. Ha sido el médico que la *Patología de los cuerpos sociales*, ideado por el autor de la *Comédie Humaine*, ha atraído hacia la literatura.

Le Disciple ha sido para él lo que *La Duchesse de Langeais*, para Balzac: una liberación. Se libera del respeto, de la aceptación ciega en materia intelectual. Este libro tuvo una gran influencia sobre la juventud de entonces. Cuando apareció, Renán, pontífice supremo, había puesto de moda una actitud interior vecina a la de los "libertinos" del siglo XVIII. Bourget al tratar el problema de la responsabilidad moral y espiritual del filósofo y del escritor hizo caducar aquel escepticismo elegante, aquel diletantismo irresponsable de entonces.

Sin embargo *Le Démon de Midi*, tiene un significado más profundo en la obra de Bourget. En esta obra su liberación es más completa aún, ya que atañe a los cuerpos constituidos, a los prejuicios hipócritas que, escudándose detrás de los preceptos de una falsa moral, prohíben tratar tal o cual tema. En esta novela, demuestra saber dominar la Sociedad, juzgarla, aunque comprendiendo que es necesaria, y he aquí el tema de *L'Étape*. Rasgo éste que le acerca más aún a Balzac, puesto que éste, a pesar de ver las fallas de la Sociedad de su tiempo, también concluía considerándola necesaria para el desenvolvimiento armónico del hombre.

En Balzac también hallamos una de las razones por la cual Bourget pregonaba la excelencia social del catolicismo. Efectivamente, el autor del *Père Goriot* escribía en el prefacio a sus obras completas: "El Cristianismo, y sobre todo el catolicismo, siendo, como lo dije en *Le Médecin de Campagne*, un sistema completo de represión de las tendencias depravadas del hombre, viene a ser uno de los elementos fundamentales del orden social".

Le Démon de Midi y la liberación interior que significa, ha sido causa de que Bourget buscara, durante más de cincuenta años, la solución a todos los problemas intelectuales, morales y sociales que se le imponían como a la mayoría de sus contemporáneos.

Con conciencia admirable, el poeta que fué en un principio, el crítico más tarde, el novelista por fin, se obligó a ampliar el alcance de sus reflexiones, de sus investigaciones, pasando de la psicología pura y de la moral a la sociología, a la política y hasta a la más trascendental filosofía. Apasionado por la literatura le atribuía quizá una importancia más grande de la que tiene. Pensaba que el escritor es como un espejo de su época, ya que comprendiéndola y analizándola, refleja en su obra sus costumbres, sus ten-

dencias, su sensibilidad, sus ideas. Y para Bourget, el escritor, más que un "eco sonoro", es una voz de advertencia. No le basta con presenciar los acontecimientos de su tiempo, le es menester dar un significado inmediato a sus observaciones, ya reuniéndolas de modo que den nacimiento a una solución lógica, ya indicando sus finalidades.

A través de sus obras y por su intermedio ha mostrado cual era el material permanente, los valores invariables que constituyen una sociedad, una nación, una familia, un individuo, valores que defienden al hombre contra los elementos destructivos de su propia naturaleza. Bourget, al imponérsele una evidencia, creía de su deber dar parte al público de sus conclusiones. Ya en 1893, al regreso de un viaje de estudios por Estados Unidos, publicaba un libro, *Outre-Mer*, que constituía una "mise au point" de Tocqueville, tan aguda por su observación, tan exacta por sus reflexiones, que planteaba, con cuarenta años de anticipo, el problema que opone hoy día la civilización europea a la norteamericana.

Y en la conclusión de este estudio escribía: "Debemos buscar todos los restos de la antigua Francia, debemos compenetrarnos de lo que constituye su principio y su espíritu... En una palabra, debemos destruir sistemáticamente la obra suicida de la Revolución francesa y volver a lo que fué el ideal más grande y el más fuerte cemento de la unidad nacional".

De este modo el liberal de los veinte años se tornó el reaccionario de la edad madura, liberándose así de sus antiguas creencias. Y esta liberación última hizo que Bourget examinara, estudiara y tratara el temible y peligroso problema de la responsabilidad humana en *Nos actes nous suivent*. ¡El Futuro nos atrae, atravesamos el Presente, dependemos del Pasado! ¿Qué podrá servirnos de guía? El *criterio* que, según Balmes, va siempre unido al misticismo religioso. Y he aquí otro de los caminos subterráneos que le acercaron poco a poco y más y más al espíritu de los Evangelios. Pero si el catolicismo llegó a convencerle, nunca se olvidó de su enseñanza médica, lo que explica que jamás haya negado el papel de la sensualidad: "hominum divunque voluptas". De sus años mozos podríamos decir que lo único que le quedó fué el interés por los estudios exactos de los médicos psicólogos.

Efectivamente se interesó largo tiempo por la psiquiatría y

hasta hace poco, en su residencia de Costebelle, se apasionaba por las teorías del Dr. Dupré sobre las enfermedades nerviosas.

Y es difícil explicarse cómo un espiritualista convencido, un católico ferviente como Bourget no tuvo reparos en llegarse a la personalidad humana por el ángulo que parece más sometido a las leyes de la materia. Podríamos explicar esta anomalía diciendo que en Bourget permanecía aún vivo el espíritu de investigación de su juventud y que para él, en este caso, lo que le interesaba era únicamente el resultado final. En efecto, es difícil negar el valor positivo de los métodos científicos en materia psicológica.

Nunca tuvo Bourget aquella obsesión de la Ley que explica en parte la pesadez balzaciana. Porque es digno de notarse que en él nunca la abstracción dificulta la acción o detiene el relato. Y es que si la facultad maestra del autor de *Le Disciple* ha sido sin duda alguna el espíritu analítico, esta facultad estaba acompañada por una imaginación creadora de primer orden. Vivía la vida de sus personajes en el momento que escribía sus libros y es esta suerte de existencia doble que le hacía decir: "No reconozco a mi obra cuando la leo". Esta creación inconsciente, lejos de ser antagónica del trabajo de reflexión y de cultura, constituye su conclusión natural.

Se entusiasmó por las teorías de Le Play, sobre todo por lo que este autor nombraba la "apologética experimental" y la aplicó en muchas de sus novelas. Mostrando en éstas la concordancia absoluta entre los resultados *a posteriori* de la observación directa de la Sociedad y los resultados *a priori* del Decálogo, demostraba el origen divino de la Biblia.

Aparte de este punto Bourget asimiló lo principal de las ideas sociales de Le Play: el paso de un estado agrícola a un estado industrial trae como consecuencia un cambio profundo de las condiciones de vida.

Espíritu aplicado y sagaz ha leído muchísimo, lo que explica la riqueza y la diversidad de su obra. Sus continuas lecturas le permitieron nutrir sus novelas con las mejores sustancias filosóficas, históricas, científicas o artísticas. Adquirir para elaborar, he aquí su lema. Esta regla interior explica cómo este novelista supo renovar más de una vez el género que le facilitaba la expresión de sus ideas.

Como Stendhal y Balzac, Bourget necesita acumular observaciones y descripciones para iniciar una novela, pero, como ellos también, sabe abreviar y escribir cuentos cortos, rápidos, dramáticos. Y en lo que al cuento se refiere, pertenece más a la escuela de Balzac que a la de Stendhal: *Le Messe de l'Athée* y *Un Episode sous la Terreur* son los modelos en los cuales, muy probablemente, se inspiró en su juventud y los que le impregnaron de tal modo que hasta en sus últimas obras se sentía esta influencia.

Como en los cuentos de Balzac, no es el "esprit", la gracia o la novedad del tema que da valor a estas obras breves, sino la fuerza, la lógica, la riqueza, el análisis minucioso, la observación científica.

Su cultura extensa y exacta, su predilección por las fórmulas concisas, su conciencia profesional, sus escrúpulos de moralista, sus teorías familiares, su "credibilidad", hacen que sus novelas tengan para nosotros el valor de una rica experiencia moral e intelectual. En sus libros no existen faltas de "métier" ni errores psicológicos; las observaciones siempre son exactas y a menudo sutilmente sagaces. Sin embargo, y a pesar de estas cualidades, Bourget no pertenece a la familia de los grandes escritores universales. Su talento — muy real — no logra alzarse al nivel del genio. Su arte tiene un valor grande, pero un valor utilitario en demasía, un valor inmediatamente utilitario. Ha querido únicamente consignar en sus libros el aspecto contemporáneo de la Sociedad y de los hombres para poder serles útil, mostrándoles el camino de la verdad, lo que le obligó a limitarse a pintar únicamente lo superficial. No ha fracasado ya que tal fué su propósito, pero una de las consecuencias de su limitación voluntaria es que, como dice Gide, "dentro de veinte años, pongamos cincuenta, su utilidad habrá desaparecido y no despertará más interés que una curiosidad histórica". Y Gide añade: "Es además demasiado serio, su falta de ironía hacia sí mismo provoca inconscientemente una como ironía de parte del lector". Efectivamente, las obras que se admiran universalmente son *graves* siempre, aún cuando aparenten ser cómicas; mas nunca *serias*. Rabelais, Molière, Goethe, Shakespeare, Cervantes son graves, "Joseph Prudhomme" es serio.

ARIEL MAUDET

LOS LIBROS DE ESPAÑA

Por JUAN TORRENDELL

LETRAS CASTELLANAS

LAS RIMAS DE BECQUER.

ACABA de cumplirse el centenario natalicio de Gustavo A. Bécquer y para recordarlo y celebrarlo ha sido lanzada al público una edición popular de las *Rimas*. Su lectura —relectura, naturalmente, aunque casi, en verdad, lo primero, tantísimos años transcurrieron para una nueva impresión— incita a fijar un juicio que, junto al difundido entre el sector literario, podría equivaler a una revisión.

Ya sé que las *Rimas* se han leído siempre desde su aparición con un caudal de lectores permanente, transferido de padres a hijos, acaso mejor, de madres a hijas, y esto ha significado para muchos profesionales de la pluma y su cohorte motivo de inferioridad. Por mucho tiempo los versos becquerianos han ostentado el estigma de lo cursi para los amantes de la poesía conceptuosa, grandilocuente o de elocución refinada, enfática y abstrusa. Ya así nacieron en un ambiente de poetas de estro sonoro, de intención simbólica, de trazo suntoso. Fué Bécquer instantaneamente el ídolo declarado de las mujeres románticas y el placer oculto de los lectores fatigados de la petulancia métrica. Pasado aquel torrencial ímpetu de vates proféticos y discutidores, surgieron los nuevos y luego los novísimos hasta saturar la atmósfera de una densidad irrespirable. Los atambores de estrofas resonantes y las sutilezas de la retórica modernista van cediendo a la poesía delicada y transparente, los versos marfilinos, claros, delicados y sentimentales, con una entonación popular y romanceda.

La nueva edición de las *Rimas* llega en horas en que un público grueso halla poca substancia en sus versos vaporosos, efectivamente cursis o zonzos para el paladar estragado, pero muy oportunamente en un encuentro dichoso con la comprensión del sector intelectual y su presente estado de alma. Para éste han cedido las altiveces y rechazos de sus inmediatos contrarios que creía indispensable exterminar, por ser obstáculos a su obra reformadora. Al fin Bécquer es ya una sombra. Es, además, un poeta que el tiempo ha respetado, y esto constituye siempre una cualidad. Y luego sigue, y antecedió, es decir, vuelve cuando ya el prestigioso Unamuno ha escrito el elogio de la poesía —inspiración y no ciencia ni arte—, según el concepto socrático o platónico de ser el poeta una cosa ligera, alada y sagrada, algo como intérprete de la divinidad. Precisamente el autor de las *Rimas* había definido la inspiración como “locura que el espíritu —exalta y enardece;—embriaguez divina—del genio creador”. Es la misma idea que el rapsoda Ion aprende de los labios del inmortal dialogante: “los buenos poetas líricos nos ofrecen sus bellos poemas no como un producto de un arte consciente, sino inspirados y poseídos”.

Hoy mismo críticos de universal renombre nos afirman que el espíritu de la literatura moderna tiende a la fijación de las sensaciones y con preferencia a lo que la pasión tiene de actual. ¿Y qué más actual que el amor, que el sentir profundo, irreductible, de la pareja inseparable, del eterno femenino, cifra y compendio del misterio humano? Y bien; con la vestimenta lírica de la época, cuya moda no han soslayado jamás los genios, Bécquer alcanzó las más altas interpretaciones del alma enamorada en las horas felices y en las decepcionantes y doloridas. Es posible que ahora la aparente facilidad métrica moleste la fina epidermis del buen entendedor, pero es innegable que esa misma fluidez léxica, métrica y sentimental mantiene en un encanto irresistible el espíritu razonador. Entre tanto, el milagro se obró. La reacción crítica es posterior a la delicia poética. Bécquer ha triunfado.

Todavía el erudito insistirá en el recuerdo heiniano (aquellos de los suspirillos germánicos). No me interesa desvanecerlo. ¿De quién no se ha pensado influencia parecida? Lo cierto es que las *Rimas* son castellanísimas por la expresión y aun por el abolengo. La canción andaluza, la castiza *soledad*, lleva muchos años a los *lieder*

alemanes. Es más; la poesía becqueriana está impregnada de sabor mediterráneo y de ardor moruno en mezcla violenta que le infunde fatal dramaticidad. Por la claridad de la atmósfera circundante esa poesía de los más hondos sentimientos y de sensaciones impalpables y casi inefables halla en el arte supremo de Bécquer una dicción transparente y concreta. Es uno de los mayores equilibrios que ha conseguido un literato, embriagado de inspiración, dueño también, acaso instintivamente, del idioma.

Presumo que muy pronto las *Rimas* acabarán por ser licor delicioso de espíritus selectos, insustancial para la muchedumbre bárbara que actualmente nos agobia.

MI REBELION. EN BARCELONA, por Manuel Azaña.

He dicho en un libro que por ahí anda de mano en mano de los interesados, que los presos ganarían en España las elecciones del 16 de febrero. Pude agregar que con idéntica razón las ganaría don Manuel Azaña, perseguido implacablemente por el gobierno del bienio reaccionario. (Reaccionario en el doble sentido del mote.) He querido releer el libro *Mi rebelión en Barcelona* para refrescar los motivos de mi convicción. En verdad, juzgo bueno y hasta moralizador que esas picardías, como lo anuncié oportunamente, se paguen. Se han pagado en los términos más dolorosos para los perdedores. Mas aquí y ahora no interesa primordialmente el escorzo político del libro del señor Azaña, sino su lado literario que permite repetir la lectura con placer estético. Este juicio, naturalmente, no roza sólo la calidad de la expresión superficial cual creen muchos al oír el vocablo literatura, sino, además y fundamentalmente, todos los factores esenciales de la revelación espiritual, más que melódica, arquitectónica.

Así, informados del propósito circunstancial del autor: demostrar su inocencia, mejor aún, exhibir la ridiculez vengativa del adversario entronizado, todavía cabe pedir al volumen satisfacciones más puras como son las provenientes del arte elaborado con acierto.

En estas páginas, que hubieran podido limitarse a devolver golpes y acumular pruebas, sobresalen bellezas de dicción, —ese recio y flexible castellano de los más recientes clásicos del siglo XVIII— realización graciosa de los factores estéticos predominando la ironía y el propio sarcasmo, los dibujos rayanos en aguafuertes, trazados en

visión penetrante desde la borda de los varios buques en que iba agotando la paciencia y ejerciendo el estoicismo de espíritu fuerte. Descripciones hay en *Mi rebelión en Barcelona* que toman relieves y coloridos duraderos. Siluetas humanas se destacan, tanto de amigos como de adversarios, que no se borran más de la memoria. Frases, en fin, giros, ingeniosidades, matices psicológicos, dardos de punta sutil, animan aquellas páginas que pudieron haber sido monopolizadas por el político justamente dolorido, y que el talento, la serenidad y el arte salvaron en fragmentos copiosos para la antología.

Superado el rencor, no podía esperarse otra cosa del autor de *La invención del Quijote y otros ensayos*, donde a los que no conocíamos su labor literaria de los años oscuros, se nos sorprende con unos estudios que responden a un espíritu de amplia lectura, de juicio reposado aunque enérgico, y de medios sólidos para la expresión apropiada de sus concepciones. Culmina en el libro mencionado una síntesis de las tres generaciones de la intelectualidad que señalan la curva espiritual del Ateneo de Madrid, capaz por sí sola de obtener para el autor puesto de distinción entre los más lúcidos ensayistas españoles.

Todo lo escrito sirve para afirmar que, aunque por otros motivos biográficos no lo parezca, don Manuel Azaña viene a continuar la cadena de los estadistas hispanos doblados de escritores eminentes.

Cualquiera, sean las que fueren sus convicciones, puede hallar en los libros de Azaña esparcimiento de estética literaria. Se trata de un artista que crea concienzudamente.

Información

HISTORIA DE AMÉRICA.

Nos ha llegado un volumen con el título de *América indígena*. Es el primero de XXIII, que han de formar una obra magna, denominada *Historia de América*. Su director, el profesor don Antonio Ballesteros y Beretta, reconoce que, transcurridos los primeros siglos del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo por España, durante los cuales una pléyade de cronistas e historiadores estudiaron la vida, las tribus indígenas, los pueblos criollos del vasto continente, por causas de general decaimiento amenguó la atención de los profesionales sobre el americanismo, produciéndose "hasta hace poco una especie de abandonismo por investigaciones que preocuparon tanto a nuestros mayores y cuyos primeros trabajos sirven de base a la ciencia extranjera". Entre tanto otros países dedicaban preferente cuidado a los problemas arqueológicos, etno-

gráficos y lingüísticos de las culturas prehispánicas en las tierras colombinas. Sin embargo los extranjeros que han querido afrontar la tarea de una historia de América lo han realizado en proporción exigua dada la magnitud de la empresa. La casa Salvat, de Barcelona, se ha propuesto acometer una labor de divulgación. Dedicará veintitrés tomos a una *Historia de América*. La más reciente, de un publicista mejicano, consta de seis pequeños volúmenes; la antigua de Cronan tenía aun menos; la de don Juan Ortega y Rubio es de tres, y de igual número, alguna otra consagrada a la *Historia del mundo en la edad moderna*.

El primer volumen que no ha mucho hemos recibido y que vamos a describir brevemente antes de juzgarlo, ha sido compuesto por don Luis Pericot, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, muy preparado en temas de prehistoria, atingente al examen de las primitivas razas del suelo que más tarde se llamó América. El abultado libro se abre, muy acertadamente para el lector profano, pero curioso, con una breve historia de los estudios sobre la América indígena, seguida de la descripción de la tierra en que se ha desenvuelto la actividad humana, doble acierto porque es ya bien sabido que la Geografía influye poderosamente en la Historia.

Con esta preparación tan adecuada y agradecida por el lector medio, el competente autor inicia las tres partes en que divide la obra, con la consagrada al atrayente problema de los orígenes del hombre americano, estudiando sus caracteres generales, el supuesto Paleolítico en sus aspectos antropológico y arqueológico y las teorías sustentadas para explicar la génesis de la raza y la cultura. La segunda parte está dedicada a los pueblos, es decir, a su enumeración y descripción, según lo permite la actual investigación tan deficiente. En la tercera parte el autor se ocupará en el examen de las culturas americanas. Como ha de ser la más extensa, llenará todo un volumen que será el próximo, o sea el segundo de la colección.

Inútil advertir que, después de citar a Ameghino, en el primer capítulo en que se dilucida el problema de la raza americana, de cuya unidad es decidido adversario, el sabio argentino llena buena parte del segundo capítulo acerca del problema del hombre cuaternario con sus curiosos descubrimientos, iniciados en 1869, y continuados, después de su muerte, por su hermano Carlos y L. M. Torres y algunos otros que siguen hurgando en diversas regiones argentinas. A continuación se puntualiza el debate sobre la autenticidad y antigüedad de los objetos hallados. Realmente en la parte principal de este libro, la Argentina representa un importantísimo papel. Es posible que unas breves conclusiones del autor sobre las hipótesis de Florentino Ameghino renueven la discusión. El volumen termina con la enumeración de los pueblos o tribus anteriores al descubrimiento. Los de Sudamérica aparecen con todos los pormenores aportados por múltiples estudiosos. Todo ello sumamente interesante para lectores, ambiciosos de ilustración.

No menos importante para los especializados es la bibliografía que el autor acumula después de cada uno de los largos capítulos. De este modo, los más

interesados podrán seguir paso a paso la elaboración del libro y ampliar los puntos de mayor controversia. Junto a la bibliografía se colocan las notas correspondientes al texto.

Los lectores que ya conocen por experiencia las espléndidas ediciones de la casa Salvat, supondrán con acierto que el tomo primero de la *Historia de América* ha merecido cuidadosa atención para mantenerse al alto nivel de industriales orgullosos de su profesión y celosos del renombre que su labor ha conquistado en todos los centros culturales de Europa y América.

En la lista de volúmenes y autores de esa *Historia de América* vemos con gusto que nuestro amigo y compañero Sigfrido Radaelli es el encargado de escribir dos tomos, los correspondientes a la *Independencia de los pueblos del Plata*.

LETRAS CATALANAS

ESPERIT DE RENAIXEMENT, por Joan Estelrich.

O sea el *Fénix* de Cataluña. Que así ha titulado su libro Juan Estelrich: volumen que recoge las meditaciones motivadas por la celebración del centenario de la fecha que convencionalmente se ha establecido como el inicio del resurgir catalán. *El Europeo* publicaba en su número de agosto de 1833 una poesía en idioma vernáculo, luego titulada *Oda a la Patria*. A los tantos siglos de escribir en castellano, un intelectual quiebra la rutina decadente y vuelve en un raptó de melancolía patriótica a emplear su lengua nativa, nuevamente balbuceante. Es la chispa que en breves años prenderá en los espíritus más lúcidos como Rubió y Ors, el verdadero y fecundo patriarca de la nueva poesía catalana, seguido de los fundadores y mantenedores de los Juegos Florales, cuna del catalanismo.

Entre los homenajes rendidos a la efemérides secular ha de contarse como el más alto y duradero la obra de Juan Estelrich, tanto por la rememoración cálida del acontecimiento histórico y su desarrollo triunfante, cuanto por la brillante exposición de las causas esenciales del fenómeno renacentista, no sólo el de Cataluña, más también de todos los renacimientos nacionales. Tal la cualidad sobresaliente del libro, cuya finalidad ultrapasa las fronteras del país redivivo, para sentar los principios a que obedecen las renovaciones culturales de los países un tiempo puramente vegetativos.

Este propósito de averiguación entre decadencia y revivir y de los motivos de ambos períodos, lleva al autor a plantear diversos problemas, cuyo amplio estudio con muy atinadas explicaciones preña el volumen y mantiene constantemente vivaz el interés del lector

con la esperanza de un alumbramiento feliz. Y así es, sin ninguna pizca de decepción.

Estelrich, reaccionando contra el error materialista de Burckhardt, se ampara del concepto espiritualista para fijar la causa de toda decadencia, más que en el envejecimiento físico de un pueblo, en una ancianidad del espíritu, una afasia, un olvido, una pérdida de conciencia. En la colectividad como en el individuo. ¿Fatalmente la muerte? No. Si no desaparece del todo esa personalidad social, un día u otro resurge, sobre todo si existen, en rescoldo, esencias de vitalidad. En el caso catalán débese el resurgir a la lengua propia. Pueblo que su lengua cobra —dijo el poeta— se recobra a sí mismo. En cuanto la selección de sus hombres advirtió la contradicción entre su expresión literaria y su expresión familiar, adquirió la noción de su inferioridad. Lo demás ha sido labor agitada de una centuria. Hoy puede surgir de la reconstrucción una obra tan eminente como la de Juan Estelrich, tanto más fuerte cuanto que puede confesar sin temor alguno que el renacimiento catalán no se halla más que en su principio. Esta crítica es ya un síntoma de vigor ambicioso. Tiempo atrás, se oían voces que proclamaban gran satisfacción, como si se hubiese tocado la meta. Ahora los más conspicuos reclaman mayores esfuerzos, anhelantes de ocupar un lugar en el coro de la cultura mundial. Estelrich con su libro que es lo mejor de su abundante obra, ha llamado a la puerta del cónclave del Pensamiento universal.

En tal sentido lo ha saludado con evidente entusiasmo el conde Keyserling. "Pocas veces —ha escrito— cierro la lectura de un libro con más esperanza en el corazón que después de haber leído este estudio sobre el Renacimiento catalán. Conozco y aprecio a Cataluña; creo en su renacimiento; conozco y aprecio a Juan Estelrich, de quien ya sabía que tenía por delante un bello porvenir. Pero ahora comienza a formarse la síntesis. Este libro es el primer tratado que yo conozca en todas las literaturas que trate de la esencia del fenómeno del renacimiento (o de los renacimientos) y que lo sitúe y defina con precisión...".

Ha dicho, además, el sagaz autor de la *Revolution mondiale* que el renacimiento no significa forzosamente progreso, pero que el renacimiento catalán ofrece todas las características del renacimiento progresivo. De ese admirable fenómeno es uno de sus principales

cultores Juan Estelrich. Esto lo sé yo que conozco toda su obra, mas me place que lo reconozca también el agudo crítico Marcel Brion en *Les Nouvelles Littéraires*.

EL VEIRE ENCANTAT, de *Joseph Carner*.

Una segunda edición me invita a releer y, por tanto, a procurarme el placer de gustar el licor exquisito de *El vaso encantado*, de José Carner. Doble deleite ahora al poder perfilar, aunque brevemente, la personalidad del fecundo lírico catalán.

El conjunto de poemas que ahora la imprenta nos proporciona dándonos la seguridad de un buen éxito de librería, consecuentemente de un gusto laudable en cierto sector público, posee la ventaja, sobre otros de la familia carneriana, de sintetizarnos las virtudes poéticas de quien supo conquistar, desde el principio, sitio privilegiado a continuación de Verdaguer y Maragall, los primeros vates puros después del enjambre de los poetas floralescos. El autor de la *Atlántida* —lo más conocido en España y América— culminó todo el esfuerzo de dos generaciones, para galvanizar la lengua aplebeyada; el cantor de *La vaca cega*, no del todo ignorada acá, consiguió desceñir el cingulo métrico y elegantizar el verso patriótico y rural; Carner, oteando desde los Pirineos el país franco, importó la esencia simbólica, alcanzando dos victorias simultáneas: quebrar la rigidez insensible de los parnasianos, iniciados por Jerónimo Zanné que ha poco expirara entre nosotros, y devolver al estro humanización, cultura y dominio.

No porque Maragall no poseyera honda sensibilidad, acaso excesiva, y Zanné no abundara en sabiduría, ostentada sin freno, sino porque Carner a estas excelentes cualidades agregaba el imperio, arbitrándolas a su voluntad. Desde entonces la poesía catalana —son teoría ya sus príncipes— ha escalado el nivel de las grandes cimas.

Dentro de *El veire encantat* nos son obsequiadas joyas de toda la gama poética de Carner, afirmándose sus valores personales, principalmente los que le arraigan más en la tierra nativa y le independizan de las primitivas sugerencias parisienses. De esta servidumbre le salvaron siempre su temperamento voluntarioso, mechado de ironía, y su fervor por la lengua propia, tan dúctil y rica para un anti-académico, forjador de vocablos nuevos: o de guisa arcaizante o neológica. Toda esta labor, naturalmente, de una dificultad enorme,

ha sido superada gracias a un instintivo sentido de la belleza y a un magnífico desdén por los que no comprenden.

Confieso que para mi gusto personal el autor de tantos libros admirables abusa a veces de su genio travieso gozándose de antemano en la mueca de algún lector preocupado. Todavía el gran poeta, a su vez, no se ha libertado de esa preocupación vana. Medios tiene, y abundantes, para darnos poemas excelentes, sin necesidad de incluir algunas guiñadas irónicas. Para mi deleite me reservo, en este mismo *Vaso encantado*, esos magníficos sonetos que han tallado — magníficos, tallado, *horresco referens* susurrará Carner sonriente— de consuno las dotes egregias del vate: su humanización, su cultura y su inspiración... su inspiración dirigida, tan dirigida que en más de una ocasión sorprendemos al artista torciendo el cuello a la fluidez melodiosa y aún a la floración trópica.

Información

UN ENSAYO FRANCES SOBRE LITERATURA CATALANA.

Una dama que goza de sólido prestigio entre los núcleos literarios parisienses y que firma con el seudónimo de Jeanne-Yves-Blanc —su apellido de Charles-Brun alcanza gran relieve en Francia—, ha publicado en *La Grande Revue* de París, un meritísimo ensayo donde examina con conocimiento de *métier* la característica de la literatura catalana actual.

Ese ensayo justifica el alto valor y las condiciones de escritora de Jeanne-Yves Blanc. Es un trabajo extenso y a la par sintético, pues ofrece sin requilorios bien expuestas las manifestaciones de su espíritu ante los libros y autores que examina. Otra excelente cualidad contiene y es que no resulta de una apología excesiva, ya que se ajusta a un rigorismo de apreciación equilibrada. En conjunto la *Littérature catalane contemporaine* constituye un estudio realizado seriamente y con cálido deseo de acertar, lo cual se ha conseguido. Es de esperar que el mencionado ensayo contribuya a difundir las letras catalanas en el extranjero sobre todo para quienes sienten la idolatría del juicio parisién.

LENGUA Y POESIA.

Mauricio Serrahima, crítico de selección, comenta en el diario de Barcelona *El Matí* el libro de Marcel Raymond *De Baudelaire au Surréalisme*. La feliz apostilla engarza un tema muy discutido referente a la literatura catalana. En su libro, M. Raymond hace notar lo raros que son en todo el transcurso de la historia literaria de Francia los poetas verdaderos, procedentes de tierras cuyos nativos usan siempre la lengua de oc. El crítico saca una consecuencia, que en Cataluña es admitida casi a pie juntillas, acaso por táctica polémica. Acepta, en efecto,

Mauricio Serrahima la inferioridad inicial de los poetas meridionales dentro de la literatura francesa y añade: "El enorme prestigio del francés y la desaparición de toda suerte de diferencia política hacen que no haya, por el momento, muchas posibilidades de renacimiento literario: la lengua de oc hállase enterrada en vida. Mas ella se desquita no permitiendo que la otra, la invasora, dueña de la superficie, pueda ahondar bastante sus raíces. En el fondo, los meridionales son genios sin lengua, cual lo eran nuestros escritores del XVII y del XVIII, que hablaban en castellano. Ya sabemos lo que pasa en tales casos: se puede hacer ciencia, filosofía, historia, crítica, hasta a veces novela..., pero no poesía. La poesía no se puede hacer en otra lengua más que en la propia, en la realmente propia; no en la que oficialmente se enseña. Las excepciones no consiguen otra cosa que confirmar la regla".

En efecto, ha hecho observar un comentarista agudo de *La Ven de Catalunya*, las excepciones existen y relevantes. Se cita el caso de Moréas, griego de nacimiento, José María de Heredia, eximio poeta francés, y por encima de todos, Paul Valéry, que actualmente se tiene por uno de los más grandes, si no el más grande poeta francés, hijo de la ciudad occitánea de Sete.

El tema ofrece campo dilatado a la controversia.

TEATRO EXTRANJERO

La última obra de Jean-Jacques Bernard

A mediados de octubre de 1935 se ha estrenado en París, y luego en Londres y en Praga, otra pieza de Jean-Jacques Bernard, autor por quien el público argentino culto siente muy comprensible predilección. Se trata de *Nationale 6*, obra dividida en cinco breves actos. Con ella Bernard vuelve a su primitiva manera de labor dramática, después de algún imprevisto zigzaguo, como aquel que significó *A la recherche des coeurs*, donde, desde el asunto y el ambiente dentro del cual encuadró la acción hasta la técnica misma a que ajustó su desarrollo, todo pudo parecernos, sino raro, por lo menos sorprendente.

Nationale 6 se ciñe, repito, a su estética habitual. De ahí que, aun siendo interesante el tema abordado —preferentemente en los actos primero y tercero—, poco agregue a su producción anterior. Esta circunstancia no ha impedido que la crítica, una vez más, le haya sido unánimemente favorable.

Francine, su ingenua protagonista de ahora, vive embebida en una atmósfera de ensueño, que es como el etéreo desprendimiento de su propia galopante imaginación: "solide imagination", según afirma, paradójicamente, algún personaje. Habita con sus padres en una modesta casa de campo, al borde de una gran carretera, la "Nationale N° 6". Cree que esta carretera, cuyo tránsito otea a cada hora, le brindará la felicidad anhelada. Algún turista, por cualquier fútil motivo, llamará a su puerta: será el príncipe que su loca fantasía aguarda. Pues vida y sueño se mezclan a cada paso y —según ella dice— no hay razón valedera para separarlos en nosotros cual si fueran elementos antagónicos.

Del padre, Michel, hereda Francine esta propensión a eva-

dirse de la monótona realidad. Junto a ambos, en contraste, traza el comediógrafo la figura de la madre, Elisa, tan terrena, tan arraigada en la cotidiana prosa, que ella sólo ve lo visible, desentendida siempre del devaneo febril de marido e hija.

Y llega Robert en indumento de automovilista. Un accidente lo obliga a requerir ayuda. Es un pintor bisoño, a quien acompaña su padre viudo, novelista célebre. El serio accidente sufrido los fuerza durante un tiempo a aceptar albergue en el burgués hogar hospitalario, con rebosante satisfacción por parte del escritor, ansioso de sosiego espiritual, y con inicial descontento por parte de Robert, que no se encuentra a gusto allí. Pero la paz campesina y la serena bondad de los moradores ganan día a día el ánimo del muchacho. Pronto retomará sus pinceles para pintar el retrato de la dulce Francine. Escucha ésta las medias palabras de Robert, repara en sus triviales atenciones, y entonces el tierno corazón femenino se estremece de ilusión: la "Nationale 6" ya ha cumplido con ella. El candor paterno confirma, después, tan confiadas suposiciones.

Entre los huéspedes, en cambio, truecánse los papeles, pues Antoine comunica a Robert que, pese a su cincuentena, se ha fijado en Francine y no desecha la posibilidad de un segundo matrimonio. Mas en la subsiguiente escena, Francine oye a Antoine como portavoz de Robert y, al recordar las palabras y las atenciones del hijo, confiesa al padre que ha adivinado lo que el joven quiso decirle... sin decírselo. Y de este modo Antoine valora, de sopetón, la magnitud de su fracaso. Luego, algo repuesto, interroga a Robert y, ante la negativa de éste, comprueba que, aun sin desearlo, —con palabras y atenciones usuales— también pueden causarse decepciones dolorosas.

Queda una única solución: agradecer la cordialidad del alojamiento y proseguir el viaje a la India, truncado repentinamente. La carretera, vía de nómades, se llevará, cruelmente, lo que trajo a Francine. Pero la profunda angustia de la muchacha habrá de agudizarse todavía en el quinto acto, ya que la "Nationale 6", a consecuencia del accidente ocurrido, será desviada de su ruta anterior. La casa quedará lejos de ella, y Francine, sin el mirador desde el cual su quimera gustaba adelantarse a la carrera rauda de cada excursionista...

El lector asiduo de Bernard notará, a través de esta sucinta

reseña, la vinculación apreciable entre la reciente comedia y *Martine*. Vinculación en el tema que una y otra abordan, en el medio provinciano donde han sido enmarcadas, en el desenlace, reconcentradamente nostálgico, de ambas. Notará más: que entre Francine de *Nationale 6* y Marie-Louise de *L'invitation au voyage* hay una evidente semejanza psíquica, pues aquélla y ésta se desprenden de la rutina diaria y crean, con las propias potencias, el ambiente tibio donde puede alentar su preocupación más recóndita. Nada de lo menudo circundante tiene importancia para ellas. Para ellas sólo tiene importancia lo que guardan dentro de sí, lo que no pende de factores extraños a su honda actividad anímica.

Este linaje de criaturas escénicas es frecuente en nuestros días. Se llaman, por ejemplo, Jeanne y Jean en *Départs* de Gantillon, o Marius en la comedia homónima de Pagnol. Todas emparentadas con Ellida, aquella *Dama del mar* que concibió Ibsen. Como esta antecesora, ciertas criaturas escénicas de hoy buscan desasirse de la esclavitud con que nos engrilla cuanto es consuetudinario. Late en ellas un incontenido impulso romántico. Las imanta lo ignorado. Lo ignorado que se complacen en embellecer a su extravagante arbitrio.

Nationale 6, como comedia psicológica, ratifica la maestría del autor que escribió *Le feu qui reprend mal*, *Le printemps des autres*, *Les secours Guédonec* y *La Louise*. No alcanza, es indudable, la fuerza dramática de *Denise Marette* y de *L'âme en peine*, donde nos conmueven las pasiones que anidan inconscientemente en el alma de sus principales personajes. *Nationale 6* es una nueva prueba de su peculiar realismo, hartamente distinto del que prevalecía en las tablas hace treinta o cuarenta años. Este suyo, de entonación moderna, y no ajeno al neosimbolismo dominante en las letras contemporáneas, desdeña la simple fotografía anecdótica con que se satisfacía el verismo finisecular. La trama de sus obras le sirve para rastrear lo profundo de cada espíritu, su porción "secreta y misteriosa", que es factible revelar paulatinamente en un diálogo sin retórica, denominado por él "diálogo subyacente". Y así Francine —parafraseando la teoría literaria del mismo Bernard— le dice al padre: "Pourquoi s'expliquer quand on se comprend?". Es que la palabra por sí sola —lo ha expuesto el dramaturgo en un explicativo prefacio— constituye, afectiva e intelectualmente, un instrumento muy débil

de intercomunicación, máxime si advertimos que cualquier sentimiento, al ser comentado en el proscenio, pierde algo, quizás mucho, de su íntima fuerza. Por esto utiliza las pausas, los silencios, el coloquio entrecortado y en eco. El teatro es, ante todo, "el arte de lo inexpresado". "Le théâtre —declaraba en 1922— n'a pas de pire ennemie que la littérature. Elle exprime et dilue ce qu'il ne devrait que suggérer". Y después: "La logique du théâtre n'admet pas les sentiments que la situation n'impose pas. Et si la situation les impose, il n'est pas besoin de les exprimer".

Teatro, por ende, sin efectismos. Al plantear las situaciones, su paleta de dramaturgo desplaza los violentos colores primos y prefiere la suave discreción de las medias tintas. Insinúa veladamente los estados espirituales de los interlocutores mediante réplicas breves, exentas de fácil grandilocuencia. El diálogo, así manejado, adquiere expansiva intensidad. También la adquieren, durante algunas escenas, las representaciones mentales que el auditorio percibe en sus personajes: los versos de André Chénier en *Martine*, el ausente oficial americano en *Le feu qui reprend mal*, la carretera en *Nationale 6*. También, a veces, lo puramente material, transfigurado en símbolo, como aquel abanico y aquel tomo de Baudelaire en *L'invitation au voyage*.

El teatro de Jean-Jacques Bernard, influido notoriamente por el de Maeterlinck, esparce en la escena francesa actual un delicado aroma poético. Si en algunas ocasiones el afán de descubrir la oculta verdad psicológica lo induce a realizar cautelosos análisis, nos compensa de tan lenta minuciosidad su arte personalísimo, donde funde, en dosis sabias, la recatada finura de la composición con la penetrante emoción del diálogo. *Nationale 6* corrobora, generosamente, lo dicho.

JOSÉ MARÍA MONNER SANS.

Nuestra Natacha

Comedia en tres actos, divididos en cinco cuadros, de Alejandro Casona, estrenada por la compañía de Lola Membrives, en el teatro Ateneo, la noche del 18 de Marzo.

HACE un año, la compañía que usufructúa —muy legítimamente, por cierto— el rubro ilustre de María Guerrero-Díaz de Mendoza y que actúa, en la presente temporada, en el teatro San

Martín, nos dió a conocer la obra primigenia del joven escritor español, Alejandro Casona, titulada *La sirena varada*. La comedia, de una gran dignidad literaria, descubría a un espíritu fino y elegante, al servicio de una imaginación rica, pero no libre. El señor Alejandro Casona revelaba en su obra preocupaciones un poco rancias para la época en que él advenía al teatro. Cierta aristocratismos, presente en el tono de sus diálogos, en la ubicación física de su obra y en la fábula misma —pese al mal gusto de algunas incidencias de la trama, a la intervención parasitaria de algunos personajes y a la truculencia de algunas situaciones— advertía, sin lugar a dudas, que el autor, en el deseo de reaccionar contra tantas cosas lamentables del teatro español contemporáneo, se había creado el prejuicio de la necesidad de rehuir todo lo que fuera expresión popular, clara y llana. Algo había en *La sirena varada* que denunciaba un afán de caracterizarse por un escepticismo displicente, levemente presuntuoso, en pugna con un arte cuya finalidad exige, más que ningún otro, un inquebrantable anhelo de cordial entendimiento con la masa, que no puede avenirse con tales humos, ni siquiera cuando se trata de Oscar Wilde, fenómeno insuperado de aristocracia estética.

Lola Membrives acaba de iniciar su actuación en el teatro Ateneo, con el estreno de la última obra de Alejandro Casona, *Nuestra Natacha*. En esta nueva comedia el autor pone de manifiesto la revolución que se operó en su espíritu. Se ha pasado, sin embozos, por el imperativo de fuerzas interiores que definen su personalidad, a una estética de militancia social, que enriquece y consolida recíprocamente al artista y al combatiente que coexisten en él. *Nuestra Natacha*, según confesión del autor, "pretende ser la comedia de la nueva generación estudiantil española". En ella se incita, mediante una acción transparente, pero magra, a destruir el prejuicio que separa a la docencia del sentido integral de la vida. Natacha, la protagonista de la comedia, apenas obtiene su doctorado en ciencias pedagógicas, es llamada a dirigir un instituto correccional mixto, en el que, siendo muy niña, estuvo recluida. El llamado conmueve a la joven doctora, cuya tesis sobre la materia la señala especialmente para el desempeño del cargo. Ella ve la excelente oportunidad que se le presenta para aplicar de inmediato sus conceptos modernos sobre la educación correccional. Sus compañeros de estudios reciben la buena nueva con la inevitable tristeza de quienes van a perder a una com-

pañera, que ha sido, para todos, el órgano simpático de la jubilosa comunidad estudiantil y el foco cordial en el que confluían todos. La llegada de Natacha al establecimiento correccional provoca un cambio de fondo. No el cambio determinado por la substitución de un sistema educacional, por otro. (Un sistema, por bueno que sea, provoca, al pronto, más que un cambio, un trastorno). Lo que determina el cambio, es la acción de presencia de la nueva directora, que irradia una simpatía emanada de su comprensión de los problemas que afectan a las reclusas, en general, y a cada una, en particular. No se trata de un instrumento de teorías que se aplican con la ceguera de quien se siente esclava de ellas, sino de un ser vivo que llega con la humana preocupación de hacer bien, y empieza su labor cortando las gruesas ataduras de una disciplina rígida, que entenebrece aún más el destino de quienes soportan sobre sus espaldas una vida cuya libertad no pasa de un par de cientos de metros cuadrados. Natacha es un ser humano que entiende, de llegada, el carácter y la índole de su misión, porque ha comprendido su idoneidad más allá de sus propias doctrinas. Pero la junta de damas que costea el correccional, encuentra que los principios de la nueva directora conspiran contra la provocada tristeza y pesadumbre de un establecimiento de esa naturaleza, y la hacen dimitir. Natacha no se arredra. Pide a un compañero —enamorado de ella— una chacra, en la cual instala un reformatorio, que acoge a casi todos los jóvenes que estuvieron bajo el amparo terrible de la comisión de damas. En él permanece hasta la última caída de telón, no obstante el fuerte amor que le ha nacido por su compañero Lalo, dueño de la chacra en la cual hacen el trascendente experimento. Ni el amor consigue que Natacha abandone su puesto de trabajo.

Esta es la trama de *Nuestra Natacha*, en sus líneas generales. Excepción hecha del final de la comedia, en el que asoma un recurso fácil, poco hay en la obra de señor Casona que no sea bello y sobrio, sin excluir el primer acto, que se resiente un tanto de una atmósfera común a todas las estudiantinas. Pero la calidad literaria de todo lo que en él se dice, sin caer en ningún momento en la afectación, lo redime con creces de aquella nota objetable. Puede decirse, sin hacer ninguna concesión al señor Casona, que *Nuestra Natacha* es de lo mejor que se ha hecho en España en los últimos años de su producción escénica, y que el autor de esa comedia dará horas

de verdadero esplendor al teatro peninsular, como siga trabajando con el fervor revelado en la última obra.

La compañía que encabeza la eminente actriz Lola Membrives representa la pieza del señor Casona con notable relieve, en todas sus partes. La primera actriz, en el papel de Natacha, realiza una labor tanto más admirable por cuanto ha sabido servir los intereses de la comedia y no los suyos propios, que la hubieran inducido a magnificar su personaje. El primer actor del elenco, señor Alfonso Muñoz, cuya presentación provocó tanta expectativa, al encarnar el personaje de Lalo, que no corresponde a los de su cuerda ni a los de sus predilecciones, se condujo con una extraordinaria justeza. Justo de tono, de ademán y de movimiento escénico. Igualmente eficaz y natural en los momentos cómicos como en las escenas que tocan a los sentimientos.

Se han destacado asimismo en sus respectivas partes, las señoritas Santaularia y Jaufret y los señores Manent y Fresno.

Todo el espectáculo ha sido montado bajo la dirección del señor Carlos Calderón de la Barca, que fué director de Eva Franco y de Paulina Singerman, y que ahora, al trabajar junto a una artista de la calidad de Lola Membrives, parece haber afinado su percepción de las cosas hasta ofrecer una representación tan limpia y tan clara como la de *Nuestra Natacha*. Muy adecuados, y agradables en su candidez, los escenarios de Butler.

SAMUEL EICHELBAUM.

EL MONUMENTO AL FUNDADOR DE BUENOS AIRES

EN la Sociedad Amigos del Arte, ya tradicional entre nosotros por el fuste de sus actividades artísticas, se hallan en exhibición las "maquettes" para el proyectado monumento al fundador de la primitiva Buenos Aires. Tarea exclusiva de la comisión que tiene a su cargo la organización de los festejos, con motivo del cuarto centenario de la ciudad, es elegir entre los diez proyectos presentados a concurso, destacando entre ellos el que debe perpetuar, en piedra y en bronce, la gloria ya reconocida del fundador; y decimos ya reconocida, porque se han necesitado cuatro siglos desde su muerte para levantarlo del olvido.

Don Pedro de Mendoza no era un aventurero sin nombre y sin genealogía. Sus abuelos estaban incorporados a la historia de España como hombres de esclarecida inteligencia, de valor probado, de condiciones excepcionales en las tareas arduas de mandar y ser obedecidos. Merecieron en todo tiempo la confianza de los reyes. Y puede afirmarse que no conquistaron primacía por sutiles manejos ni por aduladoras benevolencias cortesanas, sino que llegaron al vértice más alto de la vida peninsular por sus preclaras y relevantes dotes. Fueron conquistadores en la guerra contra los moros andaluces, embajadores en la corte papal, poetas eminentes, grandes políticos, verdaderos jerarcas en el cerrado mundo palaciego que los monarcas habían instituido en la corte de sus estados. Uno de los Mendozas antecesores, acaso el más ilustre del linaje, fué cardenal arzobispo de Toledo, consejero de los Reyes Católicos y primado de las Españas. Otro pasó a la posteridad como el escritor más calificado de su tiempo, haciendo famosos para siempre los títulos de Marqués de Santillana y Conde del Real de Man-

zanares. Y bisabuelo paterno del fundador de Buenos Aires fué don Diego Hurtado de Mendoza, señor de innumerables feudos en Asturias, Castilla y Aragón, Vizcaya, Andalucía y Extremadura; primer Duque del Infantado por gracia de los Reyes Católicos en el año 1475; magnate del rey Enrique IV y valido del sucesor en la corona, Fernando V de Aragón, quien llegó a conceptuarlo como "primer caballero del reino" en homenaje a su dignidad y prestigio.

Anotamos estos antecedentes de la familia de Mendoza por considerar que la vida del fundador está unida por eslabones indestructibles a la jerarquía de su linaje. Si pudo alternar entre los cortesanos de Carlos V, fué privilegio que obtuvo por sus vinculaciones de origen y de sangre; y si vino al Río de la Plata como jefe y organizador de una gran empresa de conquista, débese indudablemente a la garantía de su persona, al prestigio imantado de su apellido prócer, y también, naturalmente, a la integridad y entereza de su carácter.

Los artistas que han ideado el monumento al fundador de la primitiva Buenos Aires, parece que no se hubieran tomado la molestia de profundizar en la trascendencia histórica de aquel acto sencillo, ni que hubieran tenido la preocupación de documentarse respecto al conquistador que dió nombre diáfano, para siempre jamás, a la capital de la República. Hay falta de pudor en esta desenvuelta y hasta irresponsable actitud de "improvisar" un monumento público, con más tendencia a especulaciones de orden inmediato que a posteriores posibilidades de reputación artística o de gloria profesional. Esto es una opinión sincera sin dobleces de censura o de crítica. Ni siquiera dudamos de los artistas que aspiran a la realización del monumento, malogrado antes de nacer, si Dios no remedia las cosas con su poder ilimitado. Casi está de acuerdo el monumento, bajo este punto de vista, con la fundación primitiva de nuestra ciudad. También la fundación estaba malograda antes de realizarse, por causas y concausas que conocemos todos; si pudo subsistir el poblado, renaciendo de sus cenizas, nadie puede poner en duda que fué obra de la providencia, en colaboración con los hombres. Los artistas también son hombres y no hay motivo para que la providencia no utilice su colaboración a los altos fines de que el monumento se salve.

Si analizamos una por una las "maquettes", pronto caeremos

en la cuenta de que servirían para cualquier cosa, pero no para glorificar la memoria y el nombre del ilustre antepasado de la conquista. La titulada "Paraná-Guazú" parece un alfil de los comunes en el entretenido juego de ajedrez. La figura de Don Pedro trata de hacer equilibrios injustificables sobre un pedestal más injustificable todavía.

El denominado "Madre-Tierra" presenta en su concepción cierto aire declamatorio no muy bueno por cierto; los grupos laterales escapan al concepto dinámico y afirmativo de nuestra urbe, la primera por su población y magnitud del universo hispano parlante. Otro de ellos, "Monolito", no expresa el sentido de perpetuar el acto de la fundación; ninguno de sus detalles plásticos tiene relación directa ni simbólica con la ciudad ni con el hombre que dió pulso vital a su existencia. En nuestra modesta opinión, es un monumental desatino.

Con el lema "Nao" se nos ofrece una iniciación de proyecto; está ejecutado con maestría plástica; solamente que la idea no se ha terminado de plasmar, y apenas resulta un fragmento, una molécula, casi un propósito; hasta la idea, por abstracta, viene a ser microcéfala.

Otro, titulado "Santa María del Buen Aire", presenta como figuras simbólicas a un fraile y a un conquistador separados por el rollo de la justicia; la proa de una nave se perfila de frente como coraza de molusco; no hay relación entre sus partes esenciales, ni es estético, ni logra los fines a que el monumento se destina. Y hay otro con unas anclas de mausoleo familiar, y unas figuras de toltería indígena que parecen momias desenterradas.

¿Qué tiene que ver todo esto con el malaventurado don Pedro de Mendoza? Lo mismo puede decirse del titulado "Iberia". La matrona, en actitud hierática, sostiene un monumental mandoble por la empuñadura; en la diestra, sin duda para convencernos de que sus propósitos no se inspiran en belicosidad alguna, muestra una pequeña virgen coronada; la idea no se define bien, aunque es justo reconocer su ponderable equilibrio y su discreta dignidad, salvo detalles que omitimos.

También omitiremos detalles sobre la "maquette" de lema "Fides", por inexpresiva y carente de originalidad; es lo accesorio de un monumento que no tenemos a la vista. Y llegamos a los pro-

yectos titulados "Candelaria" y "Buenos Aires" respectivamente. El primero presenta como figura central una especie de ángel, inspirado, por su actitud, en la Victoria de Samotracia, aunque con los ropajes caídos en amplios pliegues; una fuente o estanque sirve de complemento a la base rectangular, donde están representados un conquistador y una india, en nichos laterales.

El segundo también se levanta sobre una fuente de amplias proporciones; es el más aceptable por su composición y sus elementos descriptivos; la lucha con los indios y el acto de la fundación se rememoran en dos bajorrelieves; la figura de Mendoza, en primer plano, recorta su silueta sobre un fondo rectangular donde se perfila un indio de proporciones cuatro veces mayores que la figura de Mendoza; este detalle lo consideramos, a pesar de todo, un desacierto sin atenuantes; ninguna imagen debe absorber la atención del espectador, empequeñeciendo la figura del héroe; el monumento no se hace para glorificar al indio de las pampas, el mismo que tres siglos y medio después era todavía un obstáculo para el desarrollo de la riqueza y el progreso de la civilización; el aborigen que sembraba el pánico entre las poblaciones indefensas de la campaña, con sus ataques sanguinarios, robos, incendios y devastaciones; el que nunca quiso adaptarse a las normas y disciplinas del gobierno constituido, fuera colonial, federalista o republicano, y que para ser extirpado definitivamente de nuestras comarcas fronterizas y de nuestras llanuras sin término, hizo necesaria la expedición punitiva del glorioso general Roca.

Ese símbolo podría substituirse por una composición que representara el desembarco de los expedicionarios en tierra ríoplatense. Se lograría mayor afinidad entre el relieve del fondo y la figura del conquistador.

La idea de hacer intervenir el agua es simbólica y de mucha eficacia. El agua es un elemento de vida permanente. Aumentaría la grandeza de los volúmenes al reproducirlos en su espejo de colores cambiantes, de superficie movediza. Las dos vertientes hacen pensar en los dos ríos ilustres donde tuvo comienzo y epílogo la expedición: el Guadalquivir y el Río de la Plata. De aquella vía fluvial salieron las esperanzas encauzadas al Nuevo Mundo; y el mar, que iniciaba trayectorias de sortilegio sobre su inmensa superficie, fué ámbito que proyectaba luces nuevas sobre los espí-

ritus audaces; y el estuario del Plata, útero del continente americano, fué depositario entonces, y siempre después, de fuerzas germinadoras y de corazones que vencieron la adversidad con la fuerza de su latir esperanzado. Y todo esto está vivo en el agua de lenguaje sonoro, símbolo del idioma, cuyos raudales cristalinos serían música de eternidad junto a la glorificada figura de Mendoza.

El monumento al fundador debe ser para nosotros una realidad justificada y digna. Ya lo ha dicho Vicente Huidobro con palabras de significado concluyente: "Nada es tan difícil como materializar nuestras sombras, llevar de lo abstracto a lo concreto todas esas larvas de sentimientos, de ideas y de emociones que se pasean en los subterráneos del espíritu".

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA.

En páginas ya este artículo, solicitado por la Dirección, el 31 de marzo se ha conocido el dictamen del Jurado. Por unanimidad los tres primeros premios fueron otorgados a las maquettes, cuyos lemas son los siguientes: "Buenos Aires", "Santa María del Buen Aire" y "Nuestra Señora de la Candelaria", que resultaron ser, respectivamente, de Juan Carlos Oliva Navarro, a quien se ha adjudicado la obra calculada en 75.000 pesos, Arturo Dresco y el mismo Oliva Navarro. La Comisión resolvió asimismo acordar seis accésit de 500 pesos cada uno, y hacer conocer al Sr. Oliva Navarro la sugestión del jurado Sr. Gandía, coincidente con la de nuestro crítico, de poner en la cara anterior del monumento, en lugar del indio, la carabela de los conquistadores. — N. DE LA D.

CRONICA

ESTAMOS organizando, bajo la dirección de Roberto F. Gius-ti y con la colaboración de un escogido grupo de críticos, la sección de *Letras Argentinas*, la cual será cuidadosamente atendida desde el próximo número.

NOSOTROS informará sobre todos los libros publicados en el país, que merezcan ser conocidos: la próxima crónica tratará de los aparecidos a fines de 1935 y en el transcurso de 1936.

Lo mismo se dice de las demás secciones permanentes.



* *Los amigos de ALBERTO CORDONE han resuelto tributarle un homenaje. Se lo merece el que por más de un concepto puede ser llamado un gran periodista, como antes lo acreditó en La Unión y en Crítica y ahora lo prueba en Noticias Gráficas, que dirige, uno de nuestros más difundidos vespertinos, moderno, interesante y ágil. Cordone es más que un director: es un animador y es una pluma brillante, que en el fragor de la lucha política de los últimos años, ha sido empleada en servir y defender la causa de la democracia.*

Los directores de NOSOTROS se han adherido personalmente a este homenaje, no olvidados de cómo la vieja revista contó siempre con el apoyo y el estímulo calurosos y espontáneos de Alberto Cordone, periodista y director; y le expresan ahora la cordial simpatía de este órgano nuevo, que ya fué saludado por Noticias Gráficas con afecto de colega.

Publicaciones

* En un elegante opúsculo el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, que dirige el profesor Amado Alonso, nos ofrece la versión de una interesante conferencia de Karl Vossler sobre *La vida espiritual en Sud América* (Col. de Estudios Estilísticos, anejo I), antes publicada en alemán por la revista *Corona*, de Munich.

Lo que el ilustre Vossler significa en los estudios de filología románica, es sabido. Nos visitó este buzo extraordinario del espíritu humano expresado en las obras literarias, en 1932, y de esta visita, que se extendió a otras dos capitales, Río de Janeiro y Montevideo, en total diez semanas, derivan las impre-

siones que sobre la cultura sudamericana virtió al regreso con brevedad y sin pretensiones, eslabonándolas apenas en una conferencia pronunciada en la Academia Bávara, ante el insistente pedido de sus colegas. Esta conferencia, como de Vossler, contiene muchas preciosas observaciones sobre diferentes aspectos de nuestra vida espiritual, sobre la lengua, sobre libros argentinos (*La gloria de don Ramiro*, *El solar de la raza*, *Don Segundo Sombra*, *Facundo*, *Martín Fierro*, *El hombre que está solo y espera*) las cuales merecerían ser más difundidas de cuanto pueden serlo por medio de un opúsculo de escasa circulación fuera de los círculos técnicos y universitarios. No es lo menos interesante de esta conferencia, la versión métrica al alemán que Vossler ofreció a sus colegas, de seis sextinas del *Martín Fierro*, versión celebrada por "su justeza y hermosura" por el traductor de este opúsculo, don Amado Alonso, con quien colaboraron el señor Raimundo Lida y la señorita Elsa Tabernig. NOSOTROS "la más antigua y leída de las revistas argentinas", dijo Vossler, le mereció asimismo un atento comentario, motivado por la encuesta de 1932 sobre la situación espiritual de la generación que ella representaba.

"DIALÉCTICA". — Aníbal Ponce, estudioso y animador, dirige esta nueva revista mensual, cuyo primer número corresponde a marzo. *Dialéctica* —dice— "aspira a poner en manos de los estudiosos, con un minimum de gastos, el vasto tesoro de los clásicos del proletariado y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura". Y agrega: "En el momento en que asistimos al choque decisivo de dos culturas, es urgente esclarecer —mediante el tratamiento directo de los clásicos del proletariado—, los caminos que conducirán a la liberación del hombre".

El sumario del primer número, muy interesante, es éste: Marx, Simón Bolívar; Plejanov, Dialéctica y lógica; Lunatcharsky, Fantasía sobre Rimsky-Korsakov; Lukacs, Zola y el realismo.

Anuncia además una biblioteca paralela de autores extranjeros y nacionales, publicados en ediciones económicas: Lafargue, Plejanov, Mathiez, Kautsky, Agosti.

* La doctora Delfina Molina y Vedia de Bastianini echó las bases, a mediados del año pasado, de una Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos, cuya Junta se ha constituido en el mes de diciembre, designando a la prestigiosa profesora como presidenta y a Jorge Luis Borges como vicepresidente.

Expresión la S. A. D. E. L. de los anhelos de depuración de nuestra lengua, encarada con espíritu americano, compartidos por muchos miembros del magisterio y el profesorado, publica un Boletín bimestral, titulado POR NUESTRO IDIOMA, que ha alcanzado una amplia difusión y merece ser leído, pues trae interesantes notas y artículos lexicológicos y críticos. El número correspondiente a febrero y marzo, recién aparecido, es el 3º.

* EL ANUARIO KRAFT, que aspiró desde su fundación en 1885, a constituir en el futuro un compendio preciso de todas las actividades de nuestro país, al celebrar sus bodas de oro, ha publicado un pequeño álbum recordatorio, cuyas

láminas y leyendas no carecen de interés ilustrativo. Apareció el Anuario, al principio, bajo la forma de un modesto tomo de 268 páginas, denominado *Guía Kraft*, durante la primera presidencia de Roca, editado por don Guillermo Kraft, que había fundado veinte años antes su establecimiento gráfico. Sus páginas resumían la naciente pujanza económica de la Capital Federal, cuyo plano, entonces cortado al oeste por las calles Boedo, Medrano y Rivera, puede consultarse en el presente álbum. La limitada ciudad de otrora se ha convertido fantásticamente en el transcurso de 50 años en la primera metrópoli de habla castellana, y aquella *Guía* extendió desde 1908 su radio de acción a todos los ámbitos del país, de cuyas actividades múltiples es sin duda con sus 700.000 direcciones y sus dos gruesos tomos, un copioso repertorio, de extraordinaria utilidad. Obra, al fin, de civilización, como tantas otras cumplidas en ese medio siglo.

“Nosotros” de ayer y de hoy

COMPLETAMOS nuestra declaración de propósitos inicial con la opinión de dos periodistas de juicio penetrante y ecuánime, que hacemos nuestra, aunque pudiéramos disentir de algunas observaciones relativas a los últimos años de NOSOTROS, a los cuales, esperamos, se los juzgará algún día menos severamente:

Acerca de una reaparición de la revista NOSOTROS. — La idea de hacer reaparecer a NOSOTROS corresponde a la naturaleza del vacío que provocó la suspensión de las entregas mensuales de la revista. Desde entonces ningún esfuerzo ha tendido a reemplazar sus páginas, que eran distintivas de un período de la literatura argentina y que, reanimadas por un soplo nuevo, hubieran podido prestar análogo servicio a las generaciones actuales, y a las venideras. Pero NOSOTROS fué cubriéndose de una pátina que sorprendió, en el instante de la crisis, hasta a aquellos que la habían hecho blanco de sus ataques, justos o enconados. Pero no hay que buscarle razones puramente espirituales o anejas a las nuevas corrientes literarias a su extinción. La verdad es que, a cierta altura de su vida, NOSOTROS se encontró desprovista de colaboradores. ¿Por qué? Porque muchos de los que en pleno fervor intelectual y artístico aportaron su inteligencia y su esfuerzo a la obra, no pudieron seguir haciéndolo por razones prácticas y objetivas. Los grandes diarios, las revistas que abonaban las colaboraciones, reclamaron esas firmas. Y allá se fueron, con legítimo derecho, preparando y afirmando el ambiente de ahora, favorable a la recompensa económica del trabajo mental. Podríamos citar nombres, y muchos. Y podríamos volverlos a citar como dispuestos a un retorno pródigo. Sumaríanse a ellos los de un núcleo calificado de escritores y todos podrían aportar a las páginas de la remozada NOSOTROS, un artículo, un ensayo, un poema, una crítica por mes. Esas colaboraciones gratuitas constituirían el caudal seguro y espontáneo de la nueva NOSOTROS. Y tendrían así

los escritores donde volcar la libertad de su pensamiento, sin ambages. Y contaría el país con la revista que le falta, espejeante de ideas. Hoy vivero literario. Mañana documento para la tradición intelectual.

Así debe surgir y así la esperamos, y así la apoyaremos, como una necesidad que no puede ser postergada. Pero con la amistosa advertencia de que nada o muy poco en ella debe recordar a la revista cuya función retoma. Ni su formato, ni su tipo de letra, ni su papel, ni su precio, ni su destino. Un NOSOTROS con los cabellos sueltos y el gesto amplio y cordial, para la mesa de la universidad, la sala de lectura de las bibliotecas, las redacciones de los diarios, y las manos de los intelectuales y los estudiantes. Guía espiritual accesible a cualquier sensibilidad, dirigida con visión panorámica. Giusti y Bianchi pueden y deben emprender la tarea cuanto antes. El país no merece la dispersión literaria que caracteriza la hora presente. Y la mejor garantía para su éxito la constituye el hecho de que no ha podido ser reemplazada. Sirva esta circunstancia para medir, de paso, la magnitud de la empresa que importó su dominio de un largo ciclo de la cultura. Los escritores de la Argentina y de América no deben, pues, desoir un reclamo alentado por la fe y el amor a las letras y a las artes.

HORACIO REGA MOLINA (*El Mundo*, 30 de diciembre).

Muerte y resurrección de una revista literaria. — Es muy probable que la revista NOSOTROS reaparezca en los primeros meses de este año.

Sus directores están empeñados en ello, y con ellos toda la gente que en el país tiene amor por la cultura.

La revista en cuestión desapareció en su 27º año de vida, después de una dura agonía. Entonces se dijo, sus mismos directores lo dijeron y era la impresión general, que había realizado su función y que no le quedaba otro remedio que sucumbir con honra. El país le debía, y eso ni sus propios enemigos dejaron nunca de reconocerlo, el haber contribuido a la solidez y el ensanchamiento de nuestra cultura literaria. En realidad, esa revista prócer fué en cierto momento el baluarte, el único, de nuestra vida literaria. En sus páginas se iniciaron todos aquellos que hoy siguen pensando y escribiendo, y otros muchos cuya vocación o no era demasiado firme y fué desviada hacia otras actividades, o dejaron de escribir porque dejaron de vivir. Cualquier literato hecho de hoy, recordando sus años de iniciación, confiesa el respeto casi inhibitorio con que se acercó por primera vez a aquella tribuna tan alta para él.

Después las cosas fueron cambiando. Los grandes diarios y algunas revistas fundadas con posterioridad a la revista NOSOTROS, empresas comerciales de más solvencia que esta gloriosa pero pobre revista, se pusieron a tono y aprovecharon de la democratización cultural a que tanto había ésta contribuido. Pagaron las colaboraciones, que NOSOTROS no pudo pagar nunca. En sus primeros años de vida el profesiona-

lismo literario no existía, pues apenas existía la literatura. Sus colaboradores de las primeras horas la abandonaron, aunque conservaran siempre hacia ella un recuerdo cariñoso.

La revista empezó a envejecer. Una generación presuntuosa de jóvenes reeditó las pullas que otras generaciones también jóvenes en su tiempo, y en sus países dirigió contra las revistas próceres como, por ejemplo, *La Revue des Deux Mondes*. Un día, con su número 300, la revista quedó liquidada.

Parecía que no iba a ser necesaria su reaparición, y sin embargo, no ha sido así. ¿Qué ha pasado? En realidad no ha pasado nada o por lo menos no ha pasado nada que pueda señalarse como un hecho, como una cosa concreta. El asunto, a nuestro juicio, se explica como una consecuencia del fenómeno de ascenso y descenso porque estamos pasando con relación a nuestros sentimientos, por la cultura. La apatía que cayó sobre el país hace cosa de cinco años, ha cumplido la mitad de su parábola y ahora comienza a ascender. He ahí explicada su muerte y su resurrección planeada ahora, y en camino de hacerse realidad.

Esta revista no pudo ser sustituida. Al desaparecer nos quedamos sin ninguna, y ahora volvemos a descubrir que un organismo de cultura nos es necesario. El periodismo, por más literario que sea, no basta. No crea el ambiente que hace nacer en su torno una revista. Por otra parte, ¿dónde dar cabida a lo que sobrepasa a la forzosa limitación periodística?

Juan Ponderado (BANDERA ARGENTINA, 4 de enero).

MESA DE LOS INMORTALES

El obelisco

EL obelisco que se levanta en la plaza de la República parece no contentar a todos. Son muchos los escritores que me han hecho llegar su protesta.

Uno, guerrerrista, propone que fundamos todos los cañones viejos y levantemos otra columna de Vendôme.

Otro, bucólico, cree que sería más argentino poner ahí un ombú.

Un novelista retraído

Un conocido crítico se quejaba en rueda de amigos de que Benito Lynch se había negado a concederle ser reportado para no apartarse de su norma invariable.

—Le avisé que no le preguntaría qué color de pelo prefiriere o si se desayuna con mate o con té; pero nada... Sabe quien soy, he escrito sobre él, me estima; pero nada...

—Es que nuestro admirable novelista —disculpó alguien — como ustedes saben, es un retraído, un misántropo...

—Lo sé; argüía el crítico; pero ¿para qué publica Lynch sus libros? Para el público. ¿Por qué contrata con los editores? Para llegar al público. ¿Por qué envía sus libros a los diarios y a los críticos? Para que informen al público. No escribe sólo para su recreo personal, sino para el público. ¿Y qué más da llegar al público bajo la forma de un reportaje animado y viviente, hecho por un crítico responsable, sobre el hombre y el artista? Misterios de la psicología literaria de los argentinos.

Una anécdota de Paul Bourget

Esta anécdota fué contada hace algunos años, en vida del novelista que acaba de fallecer.

Aspiraba Bourget a ingresar en un cerrado club aristocrático de París; pero se le oponían algunos miembros muy influyentes, ambiciosos de mantener el círculo a la altura de su tradición nobiliaria.

—Es al autor de "El Discípulo" y de "André Cornélis", colabora en la "Revue des deux mondes", es miembro de la legión de honor, pertenece a la Academia, se ha hecho a sí mismo, argumentaba con calor uno de sus defensores.

—Señor mío —le contestó altivamente un anciano gran duque, procedente de las Cruzadas, mientras izaba su monóculo—, por suerte todavía quedamos algunos que no creemos que un hombre sea hijo de sus obras.

Un asunto para dramaturgos pirandellianos

El señor John Smith se despierta a los pies de su cama, decorosamente tendido sobre la alfombra. Viste casi impecablemente como la víspera su traje de "smoking". La galera apenas se ha deslizado de su cabeza. Pero los zapatos están cuidadosamente puestos a su flanco derecho.

—No debía de estar tan borracho anoche cuando me acosté —reflexiona el señor John Smith—, porque veo que me quité los zapatos para no pisarme la cabeza cuando descendiera de la cama.

La anécdota del mes

Es conocida la polémica que ha motivado el emplazamiento de la primitiva Buenos Aires, fundada por Mendoza. Los partidarios del Alto de San Telmo, constituidos en comisión oficial, y los de los terrenos bajos del Riachuelo, han agotado todos sus argumentos.

En el momento en que más hervía la batalla, el historiador F., nada suspicaz, habiéndose encontrado con uno de los polemistas, le preguntó misteriosamente:

—Dígame usted, ¿en esto hay de por medio algún negocio de tierras?

Por supuesto, era una humorada.

CHIP.

Los colaboradores de este número

RAFAEL ALBERTO ARRIETA. — Poeta y ensayista argentino, autor de muchos libros celebrados: en verso: *Alma y momento*, *El espejo de la fuente*, *Las noches de oro*, *Fugacidad*, *Estío serrano*; en prosa: *Las hermanas tutelares*, *Ariel corpóreo*, *El encantamiento de las sombras*, *Dickens y Sarmiento*, *La Ciudad del Bosque*, etc. Dirigió en La Plata la revista *Atenea*. Es catedrático de literaturas extranjeras en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Instituto Nacional del Profesorado, y miembro de la Academia Argentina de Letras.

EMMY NEÜDERMANN. — Joven filóloga alemana residente en Buenos Aires. Nació en Hannover y ha estudiado en las universidades de Berlín, Heidelberg, París, Barcelona y Hamburgo, donde se doctoró bajo la dirección del prof. Fritz Krüger. Su primer trabajo orgánico es el libro que ha publicado el Seminario de Idioma y Cultura románicos de Hamburgo en 1935 sobre "Los elementos estilísticos simbolistas en la obra de Juan Ramón Jiménez" (*Die symbolistischen Stilelemente im Werke von J. R. J.*). El ensayo que publicamos sobre el mismo autor ha sido escrito expresamente para NOSOTROS.

CARLOS IBARGUREN. — Historiador y publicista. Ha publicado *De nuestra tierra*, *La literatura y la gran guerra*, *Historias del tiempo clásico*, *Manuelita Rosas*, *Juan Manuel de Rosas*, etc. Doctor en jurisprudencia. Ex ministro de Instrucción

Pública. Presidente de la Academia Argentina de Letras y actualmente del P. E. N. Club y del Instituto Popular de Conferencias.

ENRIQUE AMORIM. — Novelista y poeta uruguayo, incorporado a la literatura argentina. Ha publicado cinco volúmenes de cuentos, dos de versos (*Veinte años*, de 1920, y *Visitas al cielo*) y las novelas *Tangarupá*, *La Carreta* y *El paisano Aguilar*. Actualmente es colaborador de *La Prensa*.

HUMPHREY HALLAM HIPWELL. — Publicista inglés residente en la Argentina desde 1905. Antes de establecerse en Buenos Aires, y después de 1934, viajó largamente por Africa, Asia y el Archipiélago Indo-Malayo. Sobre temas económicos y financieros ha sido corresponsal de *The Economist*, *Morning Post*, *The Times* y otros periódicos ingleses; así como de *Studio*, revista de arte. Colaborador aquí, de *Buenos Aires Herald* y *Review of the River Plate*.

ARIEL MAUDET. — Joven escritor argentino, doctorado en París. Bajo el seudónimo de *Ariel Atlán* colaboró asiduamente en NOSOTROS desde 1933.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO. — Es un poeta de talento que ya se afirma, apenas adolescente, pues sólo este año terminará los estudios secundarios. NOSOTROS, hace treinta años reveló desde el primer número a Enrique Banchs y a Evar Méndez. Ahora lo hace con el hijo de B. Fernández Moreno, el poeta ilustre. El libro anunciado, al cual pertenecerán las poesías que se publican, se titulará *Examen de ingreso*.

JUAN TORRENDELL. — Periodista, crítico, novelista y dramaturgo catalán, radicado en la Argentina desde hace largos años. Nació en Mallorca. En su juventud residió en Montevideo, donde publicó sus primeros libros. Su novela montevidéana *El Picaflor*, es de 1894. Actuó también largamente en el periodismo de Barcelona. Ha escrito asiduamente con grande autoridad crítica sobre las letras del Plata. Algunas de las crónicas que publicó en la revista *Atlántida* a partir de 1918, han sido reeditadas en 1933, en dos volúmenes, bajo el título de *Crítica menor*. Colabora en *La Nación*.

JOSÉ MARÍA MONNER SANS. — Crítico y autor dramático. Abogado. Profesor de la Facultad, de Filosofía y Letras. Fué del grupo director de las revistas *Ideas* y *Clarín*. Escribe asiduamente sobre teatro en *El Hogar* y *La Nación*.

SAMUEL EICHELBAUM. — Escritor dramático, cuentista y crítico de teatro. Ha representado *La mala sed*, *La hermana terca*, *Señorita*, *En tu vida estoy yo* y otras comedias de éxito. Su libro de cuentos *El Viajero Inmóvil* mereció en 1934 el premio Jockey Club a la mejor obra del año. Es el vicepresidente de la Sociedad Argentina de Escritores.

ANTONIO PÉREZ VALIENTE DE MOCTEZUMA. — Poeta y crítico de arte. Español, reside en la Argentina desde hace largos años. Ha publicado, en verso: *Sortilegio*, *Un viejo resplandor*, *Tedio en otoño*, y en prosa *Los panoramas en la órbita*, *Muebles coloniales*, *Fronteras*. Colabora en *La Nación*, *Caras y Caretas* y *El Hogar*.